

CRISTIANDAD



35 RAZON DE ESTE NUMERO

Con ocasión de la festividad de San Bernardo, CRISTIANDAD dedica el presente número al Santo Abad de Claraval, figura cumbre del siglo XII,

gran reformador, polemista apasionado y ferviente defensor de la fe ante los ataques del racionalismo, que en este tiempo empezaron a ser cada vez más violentos.

San Bernardo llena con su personalidad toda una época. Su espíritu, vigoroso y lleno de caridad, le hizo acometer las mayores empresas y llevarlas adelante sin desfallecer jamás. Y al lado de la aspereza de una lucha tenaz, la delicadeza y la ternura de sus bellísimos sermones en loor de la Virgen.

San Bernardo, con un espíritu de ofensiva que hoy echamos muy de menos, fué un ejemplo vivo para la Cristiandad pasada: tanto más lo es para la presente.

El **Editorial** glosa la figura del Santo Doctor a quien la Iglesia ha dado el título de Meliflúo.

De trazar una visión de conjunto de la obra y vida de San Bernardo se ocupa el documentadísimo artículo de José M. Bardes Huguet, Pbro. titulado **Semblanza espiritual de San Bernardo** (págs. 378 a 380) en el cual se estudian sobre todo las facetas mística y ascética de la vida y de la doctrina del Santo.

Aspecto principalísimo de la vida de San Bernardo y de toda la época, lo constituye la posición firme de aquél, enfrente de Pedro Abelardo, famoso filósofo que enseñaba en París doctrinas contrarias al dogma de la Iglesia. Francisco Canals recoge en su artículo **San Bernardo y Pedro Abelardo** (págs. 381 y 382) los más importantes episodios de esta rivalidad, y estudia la significación honda que ella encerraba.

Por otra parte sabido es de todos la influencia de San Bernardo en la 2.ª Cruzada; sus sermones, su actividad, su entusiasmo, puestos al servicio de esta empresa dieron óptimos frutos. De ello trata el artículo **San Bernardo y la 2.ª Cruzada** (págs. 383 y 384), debido a la pluma de Luis M.ª Figueras.

Finalmente, Manuel de Montoliu, con su habitual maestría, estudia en el artículo titulado **San Bernardo, la poesía de los trovadores y la «Divina Comedia»**, (págs. 385 a 387), la influencia que el Abad de Claraval, debido a la propagación que realizó de la devoción a María, tuvo en la poesía provenzal y, a través de ésta, en Dante.

Acompaña a este estudio un fragmento de la «Divina Comedia»: la **Oración de San Bernardo a la Santísima Virgen en la «Divina Comedia»**, con su correspondiente traducción (pág. 387).

En la sección de documentos presentamos en primer lugar fragmentos de la **Vida de San Bernardo**, del famoso autor medieval Vorágine (págs. 388 a 390).

Sigue luego un escrito de Balmes: **San Bernardo y su siglo**, (pág. 392). Y a continuación trozos de algunos escritos de San Bernardo con los títulos: **San Bernardo y la Virgen** (págs. 393 a 395), en que se manifiesta la devoción del Doctor Meliflúo a María; **San Bernardo contra Abelardo**, con objeto de destacar su lucha contra este filósofo racionalista (págs. 396 a 398); y, por último, **San Bernardo y los Templarios**, donde transcribimos una pequeña pero interesantísima parte de su obra «De laude novae militiae» (págs. 399 a 401).

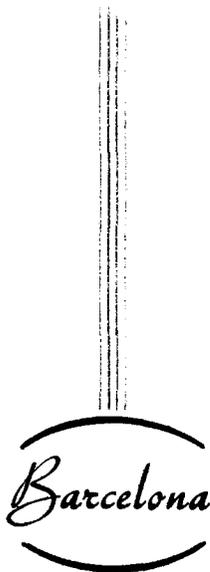
Completan el número el artículo **El veraneo y el cine**, por Ernesto Foyé (págs. 402 y 403) y un fragmento del «Catolicismo Liberal» de Gabino Tejado, titulado **Los católicos liberales y el Cesarismo** (págs. 404 y 405).

Además en la sección **«A la luz del Vaticano»**, el acostumbrado **Comentario internacional: Momentos decisivos (II)** por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 406 y 407).

Notas bibliográficas y libros recibidos: «San Agustín o el amor a la belleza». «Hombres que vuelven a la Iglesia». Los dibujos son originales de Ignacio M.ª Serra Goday.



Industrial
Anónima



G. V. C.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual. . . 48'00 ptas.

Trimestral. 12'00 "

Número ordinario 2'50 ptas.

El presente número es extraordinario, y su precio es de **3'75** ptas.

R. T. S. A.



Madrid



CRISTIANDAD

NÚMERO 35 - AÑO II

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Septiembre de 1945

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

SAN BERNARDO Y EL SIGLO XII

Si el nombre de una orden: Cluny, llena la historia del siglo XI, en que la Cristiandad medieval aparece, el de un solo hombre, Bernardo, basta por sí solo para llenar la del siglo XII, quizá el más exquisito de la Edad Media.

La influencia de la Iglesia había ya penetrado profundamente en la sociedad europea. Basta como prueba de ello el siguiente ejemplo: de los cuatro príncipes que en 1125 eran candidatos a la corona Imperial, dos murieron en olor de Santidad; y el elegido, Lotario, dió a la Iglesia y al Imperio fecundo período de paz.

Los torneos habían estilizado el ideal del caballero: el humanismo florece. La brillante fantasa de Bernardo siente simultáneamente el atractivo de las armas y el de las letras. Pero el espíritu de meditación le llevó a consagrarse enteramente a Dios.

Y entonces vemos producirse un hecho maravilloso. Vemos a Reyes, Obispos, Papas, turbar la soledad de su retiro, solicitar su consejo e intervención en los más difíciles asuntos, dejar en sus manos la dirección del mundo occidental.

Vémosle aconsejar a Francia e Inglaterra en el cisma producido por un anti-papa de ascendencia judía; vémosle evitar la renovación de la lucha entre el Pontificado y el Imperio: vémosle (versión anticipada del milagro de Gubio) convertir a los salteadores de caminos en sus más fieles auxiliares; vémosle contener en sus disputas con Abelardo, los desbordamientos de la metafísica; vémosle incitar a los príncipes a superar rivalidades pequeñas, y a lanzarse, por consejo del Papa, en ayuda del Reino de Jerusalén.

La Cristiandad, presidida por el Papa y el Emperador, ha encontrado, en Bernardo, su voz.

* * *

También tiene su voz la llamada "civilización moderna"; quien preste oído atento la sorprenderá susurrando unas veces, voceando otras, que la obra de la Revolución debe seguir realizándose hasta el fin.

* * *

La Cristiandad era una aspiración a la unidad; igualmente lo es la Revolución. Pero la Cristiandad aspiraba a la unidad que viene de Dios, la Revolución a la unidad que viene de la materia. Aquélla quería fundir a los hombres en un orden; ésta quiere fundirlos en la negación de todo orden, pues suprime toda distinción, y ahoga toda jerarquía bajo el peso del número. Aquélla unificaba naciones bajo un código de leyes comunes; ésta unifica masas bajo la arbitrariedad de los poderosos. Aquélla se sentía peregrina en el mundo, y suspiraba por la Patria; ésta se siente en el mundo como en su casa y va borrando el amor a la Patria.

* * *

No da ya temor el mal que se presenta como inevitable. Y el mal que no se teme, poco a poco deja de valorarse como un mal. Interpretemos de esta manera la indiferencia con que dejamos progresar avasalladoramente el materialismo, y la facilidad con que pactamos con él.

¿Qué podemos hacer? Tal es la pregunta. Pero no escuchamos seriamente, con propósito de llevarla a la práctica en nuestra vida de cada momento, la respuesta que nos da la Iglesia.

No pensamos ya que los males sean males; ni que los bienes verdaderos merezcan que sacudamos nuestro espíritu y empuñemos las armas por ellos.

Una falsa caridad hacia los infieles nos impide sentirnos cruzados.

Buscamos, no un maestro que nos enseñe la verdad, sino quien agasaje nuestros oídos. Si un San Bernardo apareciera enardecido en celo, llamando herejes a los herejes, y blanqueados sepulcros a los sepulcros blanqueados, estallaría nuestra irritación, seguramente, ante un tan inoportuno perturbador de nuestra precaria paz.

Como en los momentos de la Pasión, parece que sea esta la hora del poder de las tinieblas.

Pero, en fin: ¡Qué le vamos a hacer! "Dormite et requiescite". También son palabras de Cristo...



Semblanza espiritual de San Bernardo

Estudiar la vida de S. Bernardo, es, sin ningún género de exageración, estudiar la historia de Europa occidental durante la primera mitad del siglo XII. Bernardo es el doctor insignie que legó a la posteridad delicadas y elevadas doctrinas místicas, que señaló en algunos aspectos seguras orientaciones a la Escolástica, que confundió los errores de sus contemporáneos Abelardo, Gilberto de la Porrée, y otros herejes. Es quien encarnó el movimiento monástico y de reforma eclesiástica de la época; nacido en 1090, en Fontaines-les-Dijon, profesó a los 22 años en el recién fundado monasterio del Cister (1098), y a los 25 fué hallado digno de ser maestro de vida espiritual, siendo nombrado fundador y abad del monasterio de Claraval (1115); el nuevo abad fué el alma de toda la vida monástica de su tiempo y en especial de la reforma cisterciense que a su muerte en 1153, contaba con 350 abadías, de las cuales 160 habían sido fundadas por el monasterio de Claraval o por sus filiales. Es el hombre de la iglesia que aparta a los fieles de los falsos pastores, los antipapas Anacleto II y Víctor IV, que asiste con sus consejos al Papa Eugenio III en los revueltos tiempos de Arnaldo de Brescia, y que con su "De Consideratione" echa los fundamentos de la reforma de la Curia romana. Es finalmente el hombre de la cristiandad, para cuya defensa predica la segunda cruzada, y en cuyo beneficio interviene cerca de los Emperadores Lotario II y Conrado III, de los reyes de Francia Luis VI y Luis VII, y del rey de Inglaterra Enrique I.

Pero ante todo y sobre todo es un santo y un maestro de la vida espiritual. La santidad y doctrina de Bernardo son su mayor título de gloria, la causa de su influencia a través de los siglos, y el por qué de su actualidad en los tiempos modernos. Por estas razones, entre los múltiples aspectos que presenta la figura del abad de Claraval, ninguno en sí de mayor interés, ni más apto para dar a conocer su obra, que el estudio de su espiritualidad.

Bernardo es una de estas personalidades fuertes y eminentes de la historia, dotadas de riquísima unidad, en las cuales el hombre y la doctrina forman un todo perfectamente armónico e indestructible. Es imposible comprender la doctrina sin estudiar al hombre, de suerte que, aun el más breve diseño de su semblanza espiritual debe comprender el estudio de las características psicológicas de su persona y la exposición del contenido de sus enseñanzas (1).

El hombre

Bernardo es un trabajador infatigable, que, a pesar de sus múltiples ocupaciones externas, dedica lo mejor de su actividad a la vida interior y al estudio. Sin embargo el santo no es original en su pensamiento: los santos Padres, en especial S. Agustín, la tradición monástica, y sobre todo la Biblia, son las fuentes de su doctrina. Pourrat dice que el pensar del santo es en cierta manera bíblico (2), y Dom Besse

le llama el hombre de la Biblia (3). La influencia de sus escritos en los tiempos posteriores fué extraordinaria, especialmente en el campo de la mística. Según Cayré, S. Bernardo ha sido leído y meditado casi tanto como S. Agustín, y Mabillon le saluda como el último de los Padres e igual a los más esclarecidos.

La obra intelectual de Bernardo, además de ser tradicional como acabamos de indicar, es profunda (4), práctica y realista. No es ciertamente un especulativo a la manera de San Anselmo ni de los victorinos, pero, a pesar de ser un gran místico de tendencias intensamente afectivas, establece su doctrina espiritual sobre los más sólidos fundamentos teológicos y racionales, aunque orientando sus enseñanzas a la práctica del progreso espiritual del alma (5). El santo está dotado de un gran sentido de realidad: orienta las cuestiones directamente hacia el punto esencial de las mismas, desconoce los rodeos y los temores, y obra con santa y absoluta libertad (6); es extraordinariamente sincero, descubre sin piedad los engaños espirituales y las formas aparentes de virtud (7), y ama profundamente a la verdad; ésta es considerada por el abad de Claraval como el término del ejercicio de la virtud y como la última preparación inmediata a la caridad perfecta (8).

La nota más saliente de carácter que presenta el santo es su fuerte, exquisita y equilibrada sensibilidad. Ésta, iluminada por una inteligencia clara y recta, y apoyada en una voluntad y en un corazón purísimos de santo, a pesar de su intensidad, es siempre equilibrada y libre de excesos y de extravagancias. De esta sensibilidad fuerte y delicada a la vez, fluyen como de un solo principio sin contradecirse, los más tiernos y delicados afectos ante las manifestaciones del amor divino y del recto amor humano, y las fuertes y terribles investivas ante la relajación y la tibieza. Una misma y única causa que produce diferentes efectos según los objetos en que recae, como un mismo sol beneficia a los ojos sanos y molesta a los enfermos. Léanse por un lado las cartas a sus amigos, la dedicatoria del "De Consideratione" al Papa Eugenio, el discurso por la muerte de su hermano Gerardo (9), y se hallarán las formas más delicadas y suaves del amor fraterno y de amistad, del amor casi maternal y de amante, como dice el mismo santo. Pero léanse algunas de sus cartas y sermones, léanse sus tratados morales, polémicos y de reforma, y se hallarán fuertes y casi crueles increpaciones, argumentos tajantes que cierran toda salida al adversario y una machacona insistencia en los mismos temas, que sólo una mirada penetrante puede atribuir a la misma pluma que produjo los delicados escritos anteriormente citados (10).

La nota que sobresale en la voluntad del santo es la constancia. La constancia entusiasma a Bernardo; ella engendra en el alma la perseverancia, y por la perseverancia imitamos, aunque muy imperfectamente, la eternidad divina (11).

(1) Obras del Santo: Migne, P. L., vols. 182-185. Traducción castellana por el P. Pons, S. I., Casulleras, Barcelona, 1925-1929, 5 vols. — De la Consideración, traducción catalana, por el P. Busquets, O. S. B., Montserrat, 1934. — Obras de consulta: Vie de St. Bernard, Vacandard, París, 1900. — La spiritualité chrétienne, II, Le Moyen age, Pourrat, París, 1921. — Patrologie et Histoire de la Théologie, Cayré, A. A., Tournai, 1933. — L'ascèse bénédictine des origines à la fin du XII siècle, Berlière, O. S. B., Maredsous, 1927. — Bénédictine Monachism, Butler, O. S. B., Londres, 1919, traducción francesa, Le monachisme bénédictin, Grolleau, París, 1924. — L'idéal monastique et la vie chrétienne des premiers jours, Morin, Maredsous, 1921, traducción catalana y castellana, Montserrat.

(2) Spiritualité, c. 1, p. 14.

(3) Les mystiques bénédictins, p. 163, citado por Berlière, L'ascèse, p. 103.

(4) Vacandard, le llama teólogo profundo, Dict. Théol., art. Bernard, col. 782.

(5) «Comience siempre por vos, y acabe siempre en vos vuestra consideración; aunque la extendáis a otros objetos, volved a vos para vuestro provecho». De Con., I, II, c. 3.

(6) De consi. cap. IX y X del libro I y todos los libros III y IV.

(7) In Can. LXXIV, 5; Apología a Guillermo de St. Thierry, cap. VII-XII; Sermón III de la Circun. 11.

(8) De gradibus humilitatis, cap. II y IX.

(9) In Can. XXVI en especial n.º 10; Epist. I y CXVI.

(10) De Consideratione y Apología, lugares citados. Epist. CIV, 3; CV; CXI, 2; CXII.

(11) De Cons. V, 14.

Conocida la naturaleza del santo y teniendo en cuenta el ambiente cortesano en que se desarrollaron los primeros años de su juventud, nadie extrañará que Bernardo sintiese fuertemente el halago del mundo, y que experimentase vehementes tentaciones, de las que triunfó su enérgica voluntad sostenida por la gracia, después de intensa lucha. Los primeros años de su vida monástica fueron también años de lucha, esfuerzo y vencimiento propio, lucha a la que se animaba el santo preguntándose con frecuencia: ¿Bernardo, Bernardo, a qué has venido, y por qué has abandonado el mundo?

Este es Bernardo. La vida sobrenatural se infundió en una naturaleza admirablemente dotada que correspondió generosamente a la acción de la gracia; esa acción santificadora de la gracia, sin la cual serían incomprensibles su vida y su obra, llega en el santo a su plenitud por la vocación monástica. Es necesario tener presente que Bernardo fué monje; que amó intensamente su vocación, y que siempre se mostró partidario decidido del retorno al espíritu y a la letra de la Regla de S. Benito. En el ambiente de la Regla se formó Bernardo y por esto no es un escritor encerrado en su personalidad (12), sino un monje, que vive en comunidad todos los aspectos de la vida monástica, y que a los monjes dedica sus mejores tratados. La doctrina de Bernardo es intensamente monástica, pero debido al espíritu evangélico, universal y de moderación de la regla benedictina, sus enseñanzas no son patrimonio exclusivo de los monjes, sino que son del dominio universal de la Iglesia y en provecho de todas las almas que aspiren a la perfección (13). Una vez más en Bernardo son inseparables el hombre y la doctrina, esto es, el monje y las enseñanzas. Bernardo por ser monje no es el hombre de una actividad particular sino que es el hombre de la Iglesia.

La doctrina

El pensamiento central de la doctrina ascético-mística de San Bernardo es el constante ascender de las almas hacia el grado máximo de perfección señalado por Dios en concreto a cada una de ellas. Este pensamiento inspira a su espiritualidad fuerte y delicada que, de acuerdo con la profesión monástica y la manera de ser del santo, se orienta a la contemplación, vive del amor a Dios y de la devoción a Jesucristo, y se sostiene en la práctica de la austeridad y de la piedad.

Es cierto que conoce el santo las dificultades que experimenta la naturaleza humana para vencerse, y que no ignora que existen almas pecadoras y aun almas buenas poco generosas y decididas en el servicio divino (14), pero no obstante, no entiende de medianías, y, sin atender a cuestiones discutidas, ni parar mientes en distinciones y sutilezas, de una manera constante, suave y a la vez enérgica, recuerda a todas las almas la obligación de tender a la santidad, y en todas ellas procura infundir nobles y santas ambiciones de elevada perfección (15).

Enseña el santo que no aspirar a ser mejor es dejar de ser bueno, y que no adelantar en la práctica de la virtud es retroceder, pero en cambio afirma que tender constantemente a la perfección es en cierto modo poseerla (16). La necesidad del progreso espiritual es uno de los temas más frecuentemente tratados por el santo. El abad de Claraval pone muy de manifiesto la parte que corresponde a Dios en nuestra santificación, y la confianza que ello debe engendrar en el alma generosa (17), pero insiste constantemente en la necesidad del esfuerzo personal por parte del alma. Este esfuerzo es doble: vida austera y piedad constante.

(12) Berlière, op. cit. p. 101.

(13) San Benito no señala a los monjes una actividad particular en preferencia a cualesquiera otras; su fin es vivir la perfección evangélica sin otra especificación de actividades que la impuesta por la vida de comunidad en el monasterio. Véase Butler, op. cit. cap. III y XVIII p. 323-325; Morin cap. VII.

(14) Serm. III sobre el ayuno 1.

(15) In Cant. LXXXIII, 1.

(16) Epíst. XCI, 3; Epíst. CCLIV, 4; Ibid 3.

La austeridad de Bernardo, sin mitigaciones ni engaños, tiene severamente al fin deseado. No es solamente un lento proceso negativo de apartamiento de dificultades, sino que es un esfuerzo positivo y constante, que con el auxilio de la divina gracia conduce directamente a la santidad. La austeridad debe guardarse en todo aquello que pueda relajar o distraer: severo uso de los sentidos, trabajo manual, ornato de los templos, ejercicio del culto litúrgico, pero principalmente debe guardarse en el dominio de las potencias superiores y de los afectos. La austeridad perfecta es el buscar sinceramente a Dios y es la práctica de la obediencia y de la humildad (18), que según el santo son las virtudes más necesarias por cuanto conducen a la práctica de la voluntad divina y a la verdad, y por ellas a la caridad perfecta y a la misma contemplación (19). Solo la humilde sumisión al maestro espiritual puede librar al alma de muchos errores y engaños que se padecen en el camino de la virtud (20). A pesar de la severidad del santo su austeridad es suave y se ordena a las dulzuras de la devoción y del amor (21), y debe regirse siempre por la norma suprema de la discreción, a la que el santo llama "madre de las virtudes y consumación de la perfección" (22).

La piedad en S. Bernardo es el medio connatural de su existencia. La piedad es la virtud que para todo sirve y ayuda, y cuyo ejercicio, que debiera ser la ocupación constante del alma, debe, por lo menos, ocupar el primer lugar entre las actividades del espíritu (23). La piedad en el santo es intensamente afectiva, se nutre de la lectura de las Escrituras, de la liturgia y del examen de sí mismo, y se une intensamente con la austeridad de vida de tal suerte que la una es imposible sin la otra, y así, la austeridad conserva y produce la dulce piedad, y esta sostiene y suaviza la austeridad (24).

La piedad es el homenaje del culto litúrgico, alabanza perfecta al Señor que requiere en quien lo presta santidad de vida e interna devoción (25), es la práctica de la oración privada con súplicas, peticiones y acción de gracias (26) y es el ejercicio de la consideración u oración mental discursiva para investigar y hallar la verdad (27). El santo especifica muy detalladamente los objetos sobre que debe versar la consideración o meditación: origen y naturaleza del hombre, examen de las obligaciones del propio estado y del progreso o retroceso en la virtud, la vida eterna, los ángeles, la Santísima Trinidad y la Encarnación, y los misterios de la vida humana de Cristo, en especial los de su Pasión y Muerte (28). La consideración y la oración se unen muy íntimamente; aquella busca, esta obtiene: "Se busca más dignamente a Dios y se le encuentra más fácilmente con la oración que con disquisiciones" (29).

El ejercicio de la austeridad de vida y de la piedad en el santo se orientan a lo más característico de su espiritualidad: a la contemplación mística y al amor de Dios. La doctrina mística de Bernardo no es completa y sistemática como

(17) In Cant. III, 5; De gratia et libero arbitrio, cap. XIV.

(18) Regula Sancti Benedicti, cap. VII y LVIII.

(19) De gradibus humilitatis, cap. II y IX; De praecepto et dispensatione, cap. IX; In Cant. LXXXIII, 3.

(20) De praecepto, cap. IX; serm. III, Circuns. 11.

(21) Serm. IV, sobre el ayuno.

(22) Serm. III de la Circuns. 11.

(23) De Consid. 1. I, cap. VII.

(24) La humildad produce la devoción de la oración, la dulce meditación, la agradable rumiación de los salmos y la consolación de las Escrituras; Serm. II, 2.

(25) In Cant. VII, 4-6; XLVII, 8.

(26) Serm. de diversis XXV.

(27) De Cons. 1. II, cap. II.

(28) De Cons. I. II, cap. III; C. V entero; Serm. In Nativ. B. M. V. 11; Serm. de diversis XXIX.

(29) De Cons. 1. V, cap. XIV.

la de Santa Teresa de Jesús o la de S. Juan de la Cruz; ni estudia y distingue las cuestiones discutidas que analizan los autores modernos, pero sin embargo presenta un conjunto de doctrina espiritual armónico y con gran unidad de pensamiento. Prácticamente el santo identifica la perfección y la contemplación; de hecho perfección y santidad, contemplación y caridad perfecta son para Bernardo expresiones sinónimas. El amor y la contemplación llenan por entero la vida y la obra del santo.

El amor es el motivo fundamental del cristianismo; lo que distingue a santo de santo es el modo de amar (30). En unos santos el amor no se muestra directa y expresamente como tal, sino que su manifestación es gradual y a través de alguna idea o actividad determinada, en otros el amor vive y se manifiesta clara y explícitamente por sí mismo: de estos es Bernardo. Según el abad de Claraval el amor, propuesto directamente como tal, es el inicio, el sostén y el término de toda clase de actividad del alma lo mismo para el alma perfecta que para el pecador. "La razón de amar a Dios es el mismo Dios y la medida del amor es amar sin medida" (31). S. Bernardo es el iniciador de un movimiento espiritual de tierna devoción y amor a la Humanidad de Jesucristo; San Francisco de Asís lo aumentará y acelerará (32). Este movimiento se orienta a una íntima interiorización de Cristo que no es considerado solo como Redentor y Maestro sino como Amigo y Esposo del alma fiel. El santo, con muchísima más frecuencia que los Padres en sus homilias, trata en sus sermones temas de la vida humana de Cristo y de su santísima Madre; el pesebre y el Calvario le atraen poderosamente. De esta devoción a Jesucristo fluye naturalmente una de las características más conocidas y simpáticas del santo: su tierno y filial amor a la Santísima Virgen.

Abundantísima es la doctrina del santo sobre el amor (33).

El amor a Dios debe ser dulce, para que los deleites humanos no soliciten al corazón, pero debe ser prudente, para evitar todo engaño sobre la necesidad de la cruz, y llegar así al amor fuerte y perfecto, que se abraza enteramente con esta. El primer término del amor divino es la dulce Humanidad de Cristo y los misterios de su vida humana, para sentir después de Cristo, no según nuestra sensibilidad y juicio, sino como siente la Iglesia, y llegar así por la santa Humanidad al amor perfecto del Verbo Divino (34). Sin gozo del corazón no hay amor perseverante, pero sin cruz no hay amor verdadero.

Son necesarios el temor y el honor pero el amor es más excelente, y solo el amor es suficiente por sí mismo, y es para sí mismo su mérito y recompensa. De todos los afectos del alma solo el amor permite a ésta ponerse, en cierta manera, a la altura de Dios y pagarle en la misma moneda con que El nos paga (35).

Según el santo la perfección del amor es la misma contemplación mística, y ésta prácticamente se identifica con la perfección cristiana. La contemplación es un don enteramente gratuito que Dios concede según su beneplácito a quien quiere y como quiere, y que no está en la mano del hombre obtenerlo o retenerlo; sin embargo este don Dios lo ofrece en general a toda clase de almas, aun a las pecadoras (36), pero de hecho, ordinariamente, solo lo concede a las almas que halla debidamente preparadas. Esta preparación es necesaria, es lenta y laboriosa, y frecuentemente es obra de años; se realiza por la purificación de alma en la penitencia y en la compunción, por la práctica de la virtud, en especial de la humildad y de la obediencia, por la oración perseverante y por la pacificación del espíritu (37).

El santo no define la contemplación, sino que solo la des-

cribe y señala sus efectos. No es contemplación cualquier forma de devoción o consuelo espiritual intenso, ni tampoco lo es cualquier forma de intelección simple y gozosa de la verdad. La contemplación es la visita del Verbo Divino al alma como Esposo de la misma. En esta visita, Dios muestra claramente y sin dudas su presencia, y el alma tiene un íntimo conocimiento experimental de la presencia divina, lo cual se realiza sin necesidad de visiones ni éxtasis extraordinarios, y sin intervención de los sentidos ni de la imaginación. Es un doble transporte enteramente espiritual de la inteligencia y del corazón, es acción manifiesta de Dios en el alma, quedando toda esta mejorada y elevada en Dios, que asume claramente la iniciativa así en la oración y santificación propia como en la acción apostólica (38).

La unión de la contemplación frecuentemente es un transporte divino de breve duración; su dulce sabor espiritual engendra en el alma vivos deseos por el retorno del Verbo Esposo; la contemplación llena el alma de paz, pero no la deja libre de dulces e intensas penas y solicitudes. Finalmente la verdadera contemplación conduce a la acción, alternándose una y otra en el alma verdaderamente mística. El alma contemplativa realiza la forma más gozosa y fructuosa del apostolado (39). La conformidad de voluntades y la reciprocidad de afectos es tan intensa entre el Verbo Divino y el alma contemplativa, que su íntima unión constituye un verdadero y santo matrimonio espiritual y un efusivo abrazo de amor (40).

* * *

Sean estas líneas un ligero esbozo de los elementos que integran la espiritualidad del abad de Claraval. Presentados estos elementos en visión de conjunto nos descubren en Bernardo: *Un gran místico* que considera la contemplación como término de la actividad sobrenatural del alma y como perfección de la vida cristiana; la contemplación es en sí para toda clase de alma; se puede y aun en cierta manera se debe desecharla y buscarla. *Un severo pero dulce asceta*, que establece firmemente la necesidad, para la verdadera vida cristiana, del progreso espiritual, de la práctica de la virtud, y del ejercicio del culto litúrgico y de la piedad privada; tales prácticas solo consiguen su plenitud si se orientan a la contemplación, y son también la preparación necesaria para la misma; sería temerario y engañoso pretender llegar a la contemplación en los inicios de la vida espiritual, pero de hecho Dios concede este don a las almas debidamente preparadas. *Un infatigable trabajador apostólico* que establece la vida interior y aún la misma contemplación como medio necesario del apostolado eficaz. *Un alma llena de amor a Dios y a la santa Humanidad de Cristo*; el amor directamente y como tal es el inicio, el sostén y el fin, en cierta manera casi único, de la actividad del alma.

Las grandes lecciones que San Bernardo ofrece a nuestros días son: Necesidad de la vida interior para el ejercicio del culto litúrgico y del apostolado. Necesidad de la austeridad de vida y del vencimiento propio para la sólida piedad y el sólido progreso espiritual. Este no se improvisa, sino que es un proceso disciplinado que requiere tiempo y constancia, y cuyos primeros pasos son los más difíciles. La legitimidad y aun en cierta manera la necesidad de la orientación mística de las almas si tal orientación descansa en una sólida y firme purificación ascética y en la práctica constante de la virtud.

Este es S. Bernardo. La Iglesia ha aprobado su doctrina al admitirlo entre sus doctores. La tradición le recuerda como el Doctor *Mellifluus* para designar la dulzura y el carácter afectuoso de su obra y de su doctrina. No sin razón el insigne Mabillon le coloca entre los Padres y entre los más esclarecidos; a pesar de ser personalidades muy propias y distintas, los Padres con los cuales mayores analogías presenta nuestro santo son S. Jerónimo y S. Agustín.

José M.^a Bardés Huquet, Pbro.

(30) El franciscanismo, Gemelli, O. F. M. cap. I, 4, traducción castellana de Fr. Gil Monzón.

(31) De diligendo Deo, cap. I.

(32) Pourrat, op. cit. cap. II, p. 31; Cayré, vol. II, pl. 432.

(33) A este tema dedica la Epist. XI a Guido el Cartujo, el tratado De diligendo Deo y los 84 sermones sobre el Cantar de los cantares.

(34) In Cant. XX, 4-9.

(35) In Cant. LXXXIII, 4.

(36) Id. 1.

(37) In Cant. XVIII, 5-6; XXXII, 2-3; LVII, 11; III, 1-5; IX, 7; XLIX, 4.

(38) In Cant. IX, 7; LVII, 9; LXXIV, 5-7.

(39) In Cant. LVII, 9.

(40) In Cant. LXXXIII, 3. Para las nociones de ascética, mística y contemplación, véase Cayré, vol. I, p. 19, introducción, y Calveras, «Qué fruto se ha de sacar de los ejercicios espirituales de San Ignacio, t. I, cap. II, art. III, páginas 80-99, principalmente en las notas.

San Bernardo y Pedro Abelardo

Al terminar la centuria XI la vida cultural de Europa no ofrecía el mismo panorama que un siglo antes, cuando allá por el año 1000 se cerraba la llamada edad de hierro. Aquel siglo de lucha había sido también de reforma y renacimiento, puesto que mientras caminaban hacia su fin las luchas de las investiduras, y Europa, manifestando la conciencia de su unidad cristiana, iniciaba la epopeya de las Cruzadas, la inteligencia despertaba y apuntaba hacia el primer florecimiento de la Escolástica.

Las escuelas fueron el centro de las más enconadas disputas que pronto se plantearon en un plano de sutileza y de ingenio que llegó a desvirtuar en ocasiones el fondo puro de la doctrina. Entre todas, la cuestión llamada de los universales habíase situado en primer plano y apasionaba a los espíritus, inclinados unos hacia la posición nominalista cuyo principal defensor era *Roscelino de Compiègne*, otros hacia la realista sustentada por *Guillermo de Champeaux*.

Sin embargo, algo profundo y grave latía debajo de la simple discusión. Prueba de ello es que bajo la capa de ciertas opiniones filosóficas se defendían herejías manifiestas. San Anselmo tuvo que impugnar los errores que sobre la doctrina de la Santísima Trinidad divulgaba Roscelino y defender la pureza del dogma.

En París, cuyas escuelas, germen de la famosa Universidad, empezaban a ser centro intelectual de Europa, había surgido una figura célebre, representativa de las muchas veces vana sutileza de la inteligencia ensoberbecida, en frente del espíritu de fe. Este personaje es Abelardo. Cultivador del ingenio, polemista tremendo, inteligencia aguda, racionalista decidido, fué Abelardo famosísimo en su época, pero su nombre no merecería haber pasado desde su siglo a la posteridad con tal prestigio, a no ser por el contrincante acérrimo que le salió: el adalid de la fe católica, San Bernardo, columna de la Iglesia en su siglo, y cuya fama se extendía por toda Europa.

Prescindiremos del aspecto novelesco de la vida del filósofo Abelardo. Una simple alusión basta para nuestro propósito, que consiste en hacer notar el contraste entre lo mundano de aquella, y la austeridad de la vida del santo abad de Claraval, figura al mismo tiempo atrayente y simpática, melifluo cantor de las glorias de María, "popularizador" entre las gentes de esta devoción, cuya palabra arrastró de igual modo a los reyes que a los humildes del pueblo. Es San Bernardo uno de los ejemplos más grandiosos de la historia de la influencia social de la santidad.

Por otra parte tampoco nos interesa estudiar aquí la posición de Abelardo en la cuestión de los universales. A los veintitrés años —por su afán de originalidad— se había formado un sistema propio, el conceptualismo, más afín al nominalismo, como correspondía a su genio "disputador y formalista".

En realidad la causa de la vehemente oposición del santo contra el engreído maestro de Sainte-Geneviève no hay que buscarla en una mera diversidad de opiniones filosóficas; el verdadero motivo está en el contraste entre el espíritu de fe de San Bernardo, defensor ardiente de la autoridad de la Iglesia y de la Sede Apostólica; y una actitud racionalista, individualista, primer anuncio del *humanismo* renacentista y del libre examen luterano.

En efecto, a fines del siglo XI y principios del XII, se iniciaba ya un renacimiento clásico en el que participaron los hombres más ilustres de la época: Lanfranco, San Anselmo, Ivo de Chartres; renacimiento que había de contribuir al progreso de los estudios jurídicos romanistas concre-

tado más tarde en la escuela de Bolonia. Abelardo estuvo imbuído de este afán por los clásicos paganos, y con la exageración característica de todas sus posiciones lo llevó a extremos peligrosos. "Mientras se afana por hacer a Platón cristiano, sólo consigue hacerse él mismo pagano", dice de él San Bernardo.

Ya desde los primeros años dedicados a la enseñanza, Abelardo habíase hecho famoso; su celebridad se acrecentó rápidamente de tal modo que no tardó en reunirse a su alrededor toda una multitud de discípulos llegados de los más diversos países atraídos por la fama del filósofo.

Abelardo mismo nos habla de sus explicaciones, de sus enseñanzas, de su esquema doctrinal, manifiestamente racionalista:

"Me consagré primeramente a discutir el principio fundamental de nuestra fe por los principios de la razón humana. Compuse sobre la Unidad y Trinidad de Dios un tratado para uso de mis discípulos que pedían sobre este asunto razonamientos humanos y filosóficos, y que necesitaban demostraciones mejor que explicaciones. Decían que es inútil hablar para no ser comprendido y que no se puede creer más que lo que se comprende".

Con estas premisas en su especulación no es extraño que cayese en errores sobre la Trinidad principalmente, y sobre otros dogmas, por lo cual fué condenado, ya antes de que interviniera San Bernardo, en el Concilio de Soissons en el año 1121.

No tardó mucho en volver Abelardo a la carga, por medio de sus escritos y de la enseñanza pública, insistiendo en los mismos errores, y sustentando otros nuevos. Es la época de la redacción de la *Introductio ad Theologiam*, y las célebres obras *Scito teipsum* y *Sic et non*, formada esta última a base de pasajes de los Santos Padres distribuidos de forma que venían a ser contradictorios unos de otros.

En el año 1136 volvió Abelardo a su cátedra de Sainte Geneviève y poco después —el año 1140— fué cuando se produjo el choque y la célebre polémica con San Bernardo. Resulta interesante poner de relieve que San Bernardo mantuvo conversaciones privadas con Abelardo antes de que aquélla se produjera y aún obtuvo de él promesa de retractar sus errores; la adulación de sus discípulos hizo que pronto el filósofo la olvidara y que por fin se atreviese a citar a San Bernardo a una discusión pública en defensa de sus doctrinas en el Concilio de Sens. En ella y en presencia de numerosos obispos, abades y del mismo rey de Francia la cálida elocuencia del abad de Claraval dejaría confundido de tal modo al incansable sutil disputador que no se atrevería a contestar una sola palabra en defensa de sus opiniones.

En las cartas que por entonces escribió San Bernardo sobre este asunto y en el Tratado sobre los errores de Pedro Abelardo contenido en una carta al Papa Inocencio II se puede apreciar no sólo la gravedad de los errores de aquél referentes a la Trinidad, a la Redención y al concepto mismo de la fe, sino también su peligrosa tendencia racionalista.

El lenguaje empleado por el melifluo Doctor nos parece hoy, como hace notar el Padre March, excesivamente violento. He aquí la presentación que al principio de la impugnación de sus errores hace de Abelardo dirigiéndose al Papa: "Tenemos en Francia un sujeto que de viejo maestro se ha trocado en teólogo, y después de haber pasado toda su juventud en los escarceos de la dialéctica, tiende ahora a enfurecerse hasta el frenesí contra las Sagradas Escrituras. Esfuérase por resucitar todos los antiguos errores, condenados hace tiempo y sepultados en el olvido, tanto suyos

como de otros autores, y encima de esto todavía pretende conocer cuanto hay de más subido en lo más encumbrado del cielo y cuanto hay de más recóndito en lo más profundo de la tierra; y manifestando con su manera de proceder que de lo único de que aún no se ha enterado es de su insigne necesidad, éntrase por los mismos puertos de la gloria para escudriñar los más sublimes arcanos de Dios, después de lo cual vuelve a bajar a nosotros para narrarnos las palabras inefables que no es dado expresar a ningún hombre”.

Este intento de alcanzar con la razón las verdades que están sobre ella y de negar la fe a las que no puedan comprender, debía encontrar como es natural en San Bernardo una oposición formidable; se indigna al comentar la interpretación absurda que daba Abelardo a las palabras de la Sagrada Escritura: “El que cree de ligero manifiesta ser ligero de corazón”, que entendía en el sentido de que hay que comprender racionalmente las verdades de la fe antes de prestar asentimiento a ellas. Esta posición de Abelardo parece a San Bernardo no ya sólo destructora de la fe sino contraria a la misma razón: “¿Qué puede haber más fuera de razón que querer servirse de la razón para sobrepujar lo que está más allá de la razón? ¿Qué cosa más contraria a la fe que no querer creer más que aquello que se puede entender con la razón?”.

Consecuente con su doctrina definía Abelardo la fe como una simple estimación u opinión. Resultan interesantísimas las frases de San Bernardo sobre este asunto: “Ya en las primeras líneas de su Teología, que con más propiedad podríamos llamarla Estultología, define la fe como una estimación u opinión, cual si le fuera permitido a cada uno de los hombres pensar y decir lo que se les antojara en esta materia, o como si los misterios y sacramentos de nuestra fe dependiesen del capricho de las gentes y estuviesen fluctuando según las veleidosas opiniones de las multitudes, y no descansarían como descansan sobre los fundamentos inquebrantables de la verdad”.

Si tal vez nos causan admiración algunas de las frases algo violentas del melifluo Doctor de Claraval, antes de sospechar tal vez una falta de caridad en el Santo, tengamos en

cuenta la posterior evolución de los acontecimientos que siguieron a la condenación de Sens; habiendo apelado Abelardo de la sentencia del Concilio al Sumo Pontífice, la confirmó Inocencio II; ni aun esto movió a Abelardo a acatarla, antes bien pensando que se debía la sentencia pontificia a estar el Papa mal informado, decidió dirigirse él mismo a Roma. En tan temeraria actitud a su paso por Cluny, fué convertido a mejores disposiciones por uno de los grandes hombres de la época: el abad Pedro el Venerable logró aquietarle y aquel hombre que había alzado su cabeza con independencia y audacia contra toda suerte de autoridad, llegó a reconciliarse y recibir muestras de caridad y afecto del mismo San Bernardo, el que inflingiera la mayor humillación a su orgullo de filósofo y dialéctico, reduciéndole a silencio ante numerosa asamblea.

Desde entonces, vivió Abelardo en Cluny llevando una vida llena de virtud y edificación; dos años más tarde murió cristianamente en el mismo monasterio. Había en Europa mucha fe en el siglo XII, y aun el hombre que llegó casi a la pertinacia en la profesión de opiniones heréticas y en la insumisión contra la autoridad y la tradición, conservaba en el fondo un resto de fe y respeto a la Iglesia.

Sin embargo, ello no desmiente el significado de aquellos gérmenes de rebeldía; era el preludio de una tendencia secularizadora del pensamiento, que traducida como no podía menos de ser al terreno de lo social y político, había de encarnarse en las actividades del peligroso amigo de Abelardo y secuaz de sus ideas: Arnaldo de Brescia; cuya vida en lugar de limitarse a disputas de escuela transcurrió en medio de agitaciones políticas; fué uno de los primeros revolucionarios, que renovando un ideal pagano del Imperio Romano llegó hasta expulsar al Papa de la Ciudad Eterna.

En aquella primera mitad del siglo XII, la figura grandiosa de San Bernardo representa como las órdenes de Santo Domingo y San Francisco ante las herejías del siglo XIII, la gran lucha de los siglos medioevales por mantener el ideal de la Cristiandad, la soberanía social de Jesucristo y su Iglesia sobre las naciones del Occidente europeo.

Francisco Canals

Derechos nativos

Síguese de lo dicho que no es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos **derechos nativos del hombre**. Síguese también que, si hay justas causas podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación, para que no degeneren en liviandad e insolencia. Donde estas libertades estén vigentes, usen de ellas para el bien los ciudadanos, pero **sientan de ellas lo mismo que la Iglesia siente**. Porque toda libertad puede reputarse legítima, con tal que aumente la facilidad de obrar el bien; fuera de esto nunca.

LEÓN XIII – Enc. Libertas.

San Bernardo y la Segunda Cruzada

La doceava centuria

Cuando el siglo XII hizo su entrada en el marco de la Historia, Europa alcanzaba su plena juventud. En el largo período que media entre la aparición del Imperio carolingio y la época de la caballería se habían asentado las bases de una sociedad jerarquizada —la *sociedad feudal*—, que poseía afinadísimo el sentido del honor —plasmado en la *institución de la caballería*—, y que producirá un ideal de clase —precursor de las *diferenciaciones nacionales*— que poco a poco irá aumentando en intensidad “logrando realizar en gran manera eso que hoy dentro de las naciones se considera y siente como pura raza”. Tal es la significación de la doceava centuria.

Iglesia e Imperio

Pero no obstante mantenerse aún, en todo su vigor, el milagro del Sacro Imperio Romano Germánico, síntomas de inestabilidad política quebrantaban ya aquella concepción armónica del poder que venía realizándose desde los días de Carlomagno —y de la que eran expresión el símbolo de las dos espadas, la teoría del Sol y de la Luna, o bien aquella otra del Macrocosmos y del Microcosmos, idealizadas en las miniaturas románicas del siglo XI— experimentando la aguda crisis del conflicto de las Investiduras.

Racionalismo político

Y no eran sólo cuestiones de competencia las que agitaron los espíritus medievales. Se discutieron también los principios del orden político y las bases en que se apoyaba. Dos fórmulas explican, en realidad, la teoría de las doctrinas políticas: *Imperio y Equilibrio político* (éste iniciado en el siglo XII y confirmado en Munster y Westfalia). Ambos entraron entonces en conflicto. A la primera respondió la oposición entre los partidos Güelfo y Gibelino; por ella se concibieron las doctrinas teocráticas del Poder, cuestiones en sí fundamentales y que han perdurado hasta nuestros días: escuela tradicionalista de De Maistre y Donoso. A la segunda respondió, por aquel entonces, la *revolución comunal*; por ello fueron posibles las teorías racionalistas de Arnaldo de Brescia, doctrinas que más tarde renacerán con Lutero y en nuestros tiempos con el socialismo y el comunismo.

Espíritu de emancipación

Así es como el siglo XII se nos presenta, a la vez, como época de tránsito. Entonces “se trataba de conservar la unidad de la Iglesia dentro de la diversidad de constituciones políticas y organizar la libertad sin desprestigio de la autoridad”. Pues una fuerza descentralizadora impulsaba a las comunidades a desligarse del yugo feudal —aparición del *movimiento comunal*, surgen las Villasfrancas y Villanuevas en tanto que las antiguas ven confirmados sus derechos en Fueros y Privilegios. Lo propio ocurre con las demás comunidades que formaron las Cofradías.

Geografía política

Consecuencia de aquella agitación fué el fraccionamiento de Europa y en particular del Imperio, en multitud de soberanías. Si contempláramos el espectáculo de aquella Europa románica la crearíamos un extenso mosaico cuyos diminutos fragmentos serían otros tantos estados feudales, o señoríos. Por entonces Europa había ensanchado, hacia Oriente, sus fronteras. Salvada la crisis de las invasiones húngaras del siglo XI, nuevas comarcas fueron entrando en el círculo cultural románico: Pomerania, Polonia y Hungría.

San Bernardo y su época

Tal es la breve síntesis que podemos hacer al estudiar San Bernardo y su época. En ella vemos agitarse la revolución, la demagogía y la guerra, y en todas estas circunstancias intervino, con tacto excepcional, el Abad de Claraval. Su mérito consistió en que supo encauzar aquellas fuerzas opuestas hacia un mismo fin: la Cruzada.

San Bernardo ha sido una de las grandes figuras de la Historia. Universalista por naturaleza, tanto intervino para evitar el Cisma, con ocasión de la muerte de Calixto II, como para evitar nueva ruptura entre el Papado y el Imperio al hacer desistir al emperador alemán Lotario de sus aspiraciones a las Investiduras, tal como las disfrutara el Imperio antes del Concordato de Worms 1122.

Se ocupó, pues, de diversidad de cuestiones que afectaban al *orden europeo*, y si bien no pudo dar efectividad a la idea del Imperio, cual lo concibieran León III y Carlomagno, sí contribuyó a dar a Europa esa unidad de pensamiento que entonces se plasmó en las Cruzadas.

Las Cruzadas

Fueron éstas el remate de la evolución política y social que por entonces se venía realizando. Su trascendencia ha repercutido en muy diversos órdenes. En lo político dos consecuencias saltan a la vista, que interesaron particularmente a los incipientes estados europeos: traer la paz entre los inquietos feudales y acabar con los terribles azotes del hambre, que periódicamente assolaban las comarcas de occidente, como consecuencia de un sistema de economía cerrada, que había predominado durante la alta Edad Media. Así, haciendo referencia a la cruzada, escribía Guiberto: “Antes de que los pueblos estuvieran en movimiento por estas grandes expediciones el reino de Francia era solar de toda clase de turbulencias y crueles hostilidades... Pero al punto los espíritus hallaron la paz... Como el rugir de un tempestuoso viento puede ser aplacado por una suave llovizna, así mismo las luchas y disputas entre los ciudadanos se apaciguaron”. La partida de los feudales hizo, a su vez, más influyentes la supremacía de los monarcas preparando así el camino a las monarquías nacionales del siglo XV. El señor feudal, que durante la alta Edad Media había tenido por misión fundamental el defender a sus vasallos de los excesos de sus vecinos, agrupándolos en torno al castillo fortificado y echando con su patronaje, los cimientos de los primitivos núcleos urbanos, ejercía ahora una acción contraproducente a las miras políticas de los monarcas —quienes se apoyaron en las clases populares en su lucha contra el feudalismo durante la revolución comunal—. Por tanto, las Cruzadas fueron la solución a este problema cuando una gran parte de la nobleza, partiendo para Oriente, pereció o fundó nuevos feudos.

El Oriente en el siglo XII

Fué así como el Oriente experimentara la influencia del Occidente. Un imperio “franco” se constituyó a lo largo del litoral siríaco y su estructura se realizó de acuerdo con el patrón feudal; el barón se hallaba unido a otro señor superior a él por los lazos del vasallaje. Surgen el reino de Jerusalén, los condados de Edesa y Trípoli, el principado de Antioquía. Una perfecta inteligencia reinó entre los nuevos señores y sus vasallos sirios, y quizás, como dice Bréhier, “sería preciso buscar en la simpatía que unía los cruzados con los siríacos indígenas el secreto de la larga existencia que los Estados cristianos de Oriente supieron oponer a los peligros que los amenazaban de todas partes”.

Naves occidentales recalaban en las tranquilas aguas le-

vantinas llevando en sus negras entrañas los productos del occidente románico, en tanto que cronistas occidentales trasladaban a la *lingua franca* —idioma internacional del Levante del siglo XII— los recuerdos de la mitología clásica, conservados en los viejos manuscritos siríacos y bizantinos, y que nosotros conocemos, romanceados, en obras posteriores, como el Poema de Aliexandre y otros del siglo XIII.

Políticamente todo el litoral del Asia Menor era un escollo bizantino que penetraba hasta el fondo de Capadocia, en cuyos alejados "themes" encontró el viejo Imperio de Oriente sus defensores ante el empuje turco. En las comarcas interiores, una dinastía selyúcida consolidaba el reino del *Rum* cuya capital fué la antiquísima Iconium. En el *hinterland* siríaco, desde Cilicia hasta el Sinaí, se mantenía, fragmentaria, la tradición helenística, y en sus desiertos se erigían, aún intactas, pero abandonadas desde la invasión mahometana, las viejas ciudades helenísticas entre cuyas ruinas van, hoy día, los arqueólogos a estudiar los orígenes del arte bizantino.

Por su parte Bizancio estaba gobernada por la dinastía comnena, que logró restablecer, en favor del Imperio, la desventajosa situación que el crecimiento del Reino búlgaro le había ocasionado. Con la ayuda de Venecia expulsó a los normandos de sus feudos del Epiro y la diplomacia de los *Porfirogenetas* se dejaba sentir especialmente en Croacia y Hungría. De esta manera el Imperio pudo mantener, por espacio de un siglo, su antiguo esplendor apoyado por el arte de sus "estrategas" —de esta época se conocen varios tratados militares— y el ingenio y magnificencia de sus embajadores. Pero el imperialismo bizantino, tal como lo reflejó el historiador Cinnamos, no persistía en considerar desdeñosamente a los barones occidentales, esforzándose en imponer la soberanía bizantina a los príncipes latinos de Siria. Bizancio fué siempre un obstáculo para los cruzados; pero el amor propio de los occidentales se vengó cruelmente de esta arrogancia cuando en 1204 un emperador latino gobernó a la *Ciudad protegida de Dios* desde el *Palacio de las Blancuernas*.

La segunda Cruzada

Pero el fenómeno más importante en la historia del Oriente es la decadencia del Califato y la supremacía alcanzada sobre los Estados musulmanes por las tribus turcas, establecidas sobre las márgenes del Tigris y en las estribaciones del Cáucaso.

Por entonces, un ministro del Sultán de Mosul, llamado Zenki —obsérvese el parecido de este ministro con Pepino de Heristal, mayordomo de la casa de Austrasia, que valiéndose de la debilidad de los reyes holgazanes se talló, a costa de Neustria un reino: el de los Francos—, obtuvo Mesopotamia y Siria, de manos del Sultán de Bagdad, al que persuadió de la conveniencia de unir en una sola mano a los pequeños estados comprendidos entre el Tigris y el Mediterráneo. Con ello estaba pronunciada la sentencia de los

Estados latinos del litoral siríaco, y en 1144 Edesa era asaltada y sus habitantes acuchillados.

La caída de Edesa fué comunicada al Pontífice Eugenio III en Viterbo, en 1145, por Hugo, obispo de Cilebet, la Byblos fenicia.

El peligro que gravitara sobre el reino de Jerusalén consternó al Pontífice, quien al ver la ruina que amenazaba la obra del Ermitaño pensó en renovar, al punto, la Cruzada; su primera gestión fué escribir a Luis VII de Francia, comunicándole sus inquietudes.

El monarca francés, congregó, en las Navidades de 1145, a sus barones dándoles a conocer su decisión de reemprender la Cruzada, decisión ratificada por Eugenio. Bernardo fué encargado de predicarla.

Era por Pascua de 1146 cuando una Asamblea fué convocada en Vezclay. Por su magnificencia recordaba al, ya entonces histórico, Concilio de Clermont —una imagen de tal Asamblea nos la procura una miniatura francesa del siglo XV de la Biblioteca Nacional de París—. Fué allí donde San Bernardo pronunció el más bello discurso de toda su vida. El recuerdo de las hazañas de Godofredo y Tancredo, enardecieron a la multitud, que no cesaba de gritar: "Dadnos cruces; dadnos cruces".

Bernardo recorría ciudades y provincias predicando con renovado espíritu. Un día escribió al Pontífice: "me lo habéis ordenado y he obedecido; los castillos y ciudades se despueblan para acudir en socorro de Jerusalén". Seguidamente pasó a Alemania. Por aquel entonces, nos dice el cronista Otton de Freisingen, "frisaba Bernardo los 55 años encontrándose en el apogeo de su gloria. Los pueblos de Alemania y Francia le veneraban como a un Apóstol y un profeta".

Reunióse una Asamblea en Spira, con asistencia del Emperador Conrado y como fuere que el monarca dudare emprender la Cruzada, entonces Bernardo le increpó, e interpeándole en nombre de Cristo le dijo: "Oh hombre, ¿qué es lo que yo no he hecho por ti? Te he dado la gloria, las riquezas, los buenos consejos, la salud del cuerpo y la fortaleza de espíritu. Oh hombre, oh rey ¿qué harás por tu Dios?", a lo que Conrado no supo resistir.

* * *

Las Asambleas de Vézclay y Spira fueron dirigidas a interesar, en particular, la atención de la nobleza y los reyes. Mas no por ello la predicación de Bernardo dejó de ser popular, cual lo fuera la de Pedro el Ermitaño 150 años atrás; las cartas y discursos del Abad de Claraval tuvieron igual fuerza para decidir el ánimo de un Conrado como para henchir de entusiasmo a las masas de Francia y Alemania y aún de Bohemia e Inglaterra; así fué posible crear dos ejércitos de 70.000 cruzados cada uno; ejércitos dispuestos a renovar las hazañas de los primeros conquistadores latinos, los que todavía velaban sus armas prendidos en la pollicromía de los ventanales del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Luis María Figueras Fontanals

Un hombre que no es del mundo y que es como el alma del mundo; un hombre retirado del mundo y que está en relación con todo el mundo, con los Papas y emperadores, con los reyes y reinas, con príncipes y obispos, con monjes y soldados, con los sabios e ignorantes, con los habitantes de las ciudades y con los anacoretas del desierto, con el Occidente y con el Oriente; un hombre, un monje que sólo respira soledad y que gobierna al mundo y a la Iglesia por la atracción de su palabra, el ascendiente de su genio, el prodigio de sus virtudes y la virtud de sus prodigios; un hombre, el más suave y el más firme de los hombres, que domina los caracteres más indomables, apacigua las guerras civiles y las disensiones religiosas; un hombre que recuerda sus deberes a todo el mundo y que es amado por todos; este hombre es San Bernardo; y el siglo que así supo honrar el genio y la virtud es el siglo XII.

ROHRBACHER

San Bernardo, la poesía de los trovadores y la «Divina Comedia»

Nunca se ponderará bastante la influencia universal que tuvo la gigantesca personalidad de San Bernardo en la Europa del siglo XII en todos los órdenes de la vida y la cultura. Se ha reconocido y se ha estudiado esta profunda e inmensa influencia en la devoción y en la piedad católica, en las costumbres y en la moral, en las cortes de los reyes y príncipes y en el Papado, en la política y en el orden social, en la Ascética y en la Mística, en el arte y en la literatura. La contribución decisiva que el Santo Abad de Claraval tuvo en la evolución de la cultura del mundo civilizado fué de tal profundidad y de tales dimensiones que aún está lejos el día en que la obra de los investigadores pueda darse por completa y agotada. Y es principalmente en la esfera de la literatura donde se dejan sentir todavía huecos importantes en la tarea exploradora de la erudición y de la crítica histórica; y puede asegurarse que en el campo de la historia literaria el estudio de la influencia de San Bernardo nos reserva aún grandes e interesantes sorpresas. El ensayo con el que hoy nuestra modesta pluma intenta contribuir al homenaje que nuestra Revista tributa al glorioso Abad de Claraval, no tiene más importancia que la de un esbozo de algunas ideas y puntos de vista sobre las huellas que dejó el paso del gran Santo en el terreno concreto de la poesía provenzal en su último período y en el de la lírica italiana en su período inicial; ideas y puntos de vista que en mejores manos que las nuestras podrían dar lugar a todo un libro sobre el tema.

* * *

Sabida es la decisiva cuanto adversa influencia que tuvo la guerra y cruzada contra los Albigenses en la suerte de la poesía de los trovadores. A partir de los sitios de Béziers y Carcasona en 1209 la poesía provenzal, tan original, fecunda y brillante en el siglo XII, inicia un rápido descenso que la lleva a una fulminante decadencia, de tal suerte que desde principios del siglo XIII quizá no sean más que dos las figuras de trovadores provenzales que por la talla de su personalidad puedan admitir comparación con las tan numerosas que descollaron durante el siglo XII: Pere Cardenal y Guirau Riquier. Uno y otro, sin embargo, en su mismo aislamiento, son eslabones que unen indisolublemente las últimas manifestaciones originales de la poesía trovadoresca a las primeras de la lírica italiana del *dolce stil nuovo*; y en Pere Cardenal, como en Riquier, podemos apreciar ya la huella de la intensificación del culto y devoción a la Virgen María que había traído, como un celestial mensaje a los pueblos de Europa, el iluminado y ardiente Abad de Claraval. La cruzada contra la herejía albigense dió ocasión a revelarse al inflamado celo apostólico de otro gran santo, el español Domingo de Guzmán el cual, nacido en 1170, había recogido la herencia de la tierna y fervorosa devoción a María hacia poco propagada incansablemente, como universal remedio de la miseria humana, por San Bernardo, que había muerto diez y siete años antes, en 1153.

Lo cierto es que tanto en la obra de Cardenal como en la de Riquier apuntaba ya, entre una masa considerable de poesía profana, erótica o satírica, un sentimiento que, por lo escasamente que había sido cultivado por los trovadores del siglo XII, constituía sí no una rareza, sí una positiva novedad: el sentimiento religioso. Este, puede decirse, estaba totalmente ausente de la poesía de los trovadores del primero y del segundo período. En el segundo, esto es, en la edad de oro de esta poesía, sólo apunta esporádicamente en una que otra composición de Jaufre Rudel, Bernat de Ventadorn, Arnau Daniel y Bertrán de Born. Con alguna mayor frecuencia e intensidad campea en Guerau de Bornell, el cual, por otra parte, trata temas de moral en buena parte de sus

composiciones. Pero el trovador, entre los del período clásico, que muestra mayor tendencia a tratar temas de carácter religioso es Pere d'Alvernha. Se ha hablado muchas veces del sentido pagano que inspira una buena parte de la poesía amorosa de los trovadores. Es innegable que este sentido se encuentra en la obra de algunos de ellos, como Guillermo de Poitiers y Bertrán de Born. Pero éste es un paganismo propio de los poetas eróticos de todos los tiempos y no tiene nada que ver con el ambiente social y religioso de la época. Más acusado es el espíritu pagano en otras manifestaciones literarias contemporáneas, por ejemplo en los poemas del ciclo bretón. Y no hay que olvidar que la antigua literatura provenzal se inaugura con poemas religiosos, como el *Boccio*, el *Poema de Santa Fe* y traducciones del Evangelio y Vidas de Santos. Nada tiene, pues, de particular que en la lírica amorosa de los trovadores encontremos un espíritu más pagano que cristiano. Por lo demás, se podría demostrar que en las ideas sobre el amor y en la casuística amorosa de los trovadores hay influencias de la Mística cristiana de los siglos XI y XII.

La poesía religiosa provenzal no se manifiesta como género aparte ni adquiere plenitud de desarrollo hasta los primeros decenios del siglo XIII. El primer trovador que dió un firme impulso a la poesía religiosa fué Pere Cardenal que, si debido a las circunstancias de su tiempo, fué poeta satírico y anticlerical, se nos muestra, por otra parte, hombre de fe robusta y acérrimo defensor de la pureza de la moral católica. Sus poesías morales y religiosas son verdaderos sermones. Este trovador nos ha dejado una poesía que nos lo presenta al vivo en esta dualidad de aspectos, pues empieza con una ardiente profesión de fe para continuar hasta el final en forma de una virulenta sátira contra el clero corrompido. Lo importante para nuestro objeto es que una de sus poesías religiosas termina con una sentida invocación a la Virgen María y que otra es una canción en honor de la misma, imitación de los himnos litúrgicos o, como creen algunos, de las Letanías. Esto era una gran novedad en la poesía provenzal. Añadamos que en el período de Pere Cardenal se escribieron otras poesías en loor de la Santísima Virgen. Se preparaba una transformación radical de la poesía trovadoresca.

Los acontecimientos que siguieron a la Cruzada contra los albigenses tuvieron una influencia decisiva en esta transformación. Poco después de la cruzada, Santo Domingo de Guzmán instituye la Orden de los Frailes Predicadores que se extendió rápidamente por todo el Sur de Francia. Su influencia se dejó sentir inmediatamente en el campo de la poesía. En las nuevas circunstancias creadas por la extirpación de la herejía albigense, el sentimiento religioso tomó poderoso incremento y el dominio de la poesía religiosa se ensanchó considerablemente. Un hecho muy importante para nuestro tema es que entre las poesías líricas de carácter religioso que se escribieron a principios del siglo XIII, predominan cada vez más las Canciones a la Virgen María. Podríamos decir que la poesía provenzal fué la primera que se benefició de la herencia espiritual de San Bernardo. Este gran propulsor del culto y devoción a María no hacía aún medio siglo que había estado una larga temporada en el Sur de Francia predicando la segunda Cruzada y había dejado sembrada en aquellos territorios aquella semilla providencial que había de ser, al cabo de cincuenta años, la salvación de sus habitantes amenazados por la herejía albigense: la tierna y filial devoción a María, la cual había de germinar y fructificar poco después gracias al celo de Santo Domingo de Guzmán y sus frailes, herederos principales de aquel valioso legado del Santo Abad de Claraval al mundo civilizado.

Los hechos positivos que registra la historia son estos: A mediados del siglo XII muere en el Monasterio de Claraval, el gran propulsor de la devoción a María. A principios del siglo XIII Santo Domingo y sus Predicadores, continúan la gran propaganda mariana de San Bernardo en el Sur de Francia y arraigan en el pueblo la recitación frecuente y repetida del *Ave María*, como la devoción más eficaz y la más grata a la Reina de los Angeles. Ya desde principios del siglo XIII la poesía y, en general, la literatura mariana adquiere un volumen y una importancia extraordinaria y jamás vista. Es en este período cuando la Virgen María empieza a ser invocada por sus devotos como la mediadora e intercesora por excelencia entre el hombre y Jesucristo; es entonces cuando se completa el *Ave María*, que es una mera salutación, con la plegaria del *Sancta María*; cuando Jacopone da Todi escribe el *Stabat Mater*, cuando se incorporan a la Letanía mariana las más dulces y tiernas invocaciones. Ya en el siglo XII, debido principalmente a la influencia de San Bernardo y a la Orden del Cister, el culto a María, lleno hasta entonces de gravedad, comienza a unirse de ternura y, por decirlo así, se humaniza. Así como en Jesucristo se había visto hasta entonces más a Dios que al Hombre, del mismo modo, María que había sido hasta entonces venerada como Reina, acaba por aparecer a los ojos de sus devotos principalmente como Madre: *Salve Regina Mater*. Esta gran oración de la Iglesia, en que se invocan las dos dignidades de Reina y Madre data seguramente de fines del siglo XI o principios del XII. La salutación angélica del *Ave María* comenzó a propagarse, como oración habitual, precisamente en el siglo XIII. A partir de los siglos XII y XIII la literatura dedicada a la Virgen crece extraordinariamente en volumen y calidad. Son a millares las prosas litúrgicas, los himnos, las oraciones en que se implora a la excelsa Madre de Dios para remedio de todas las necesidades. El siglo XIII es el de las grandes colectáneas de milagros de la Virgen (Gautier de Coincy, Berceo, Alfonso el Sabio, etc.). Al principio la Virgen María era representada siempre con su divino Hijo en los brazos. Pero ya a fines del siglo XII empieza a ser representada sola, en todas las artes plásticas.

Todos estos hechos, y muchos más que podríamos citar, sirven para demostrar la huella profunda y perdurable que la tierna devoción a la Madre de Dios propagada por San Bernardo dejó marcada en la liturgia, el arte religioso y en la piedad popular. Esta influencia ha sido estudiada y puesta en evidencia por trabajos de eminentes historiadores. Pero lo que no ha sido hasta hoy debidamente estudiado es la influencia y las consecuencias importantísimas que la nueva devoción a la Virgen María, propagada por el Abad de Claraval, tuvo en el campo de la poesía. Positivamente, la fervorosa devoción a la Virgen María, lucero que el pueblo cristiano vió brillar con un esplendor desconocido hasta entonces en el cielo de la piedad católica, tiene desde mediados del siglo XII hasta fines del XIII una importancia muy superior a la que se le atribuye, en la historia de la literatura del Occidente europeo.

Y esta importancia reside principalmente en el hecho de que la poesía religiosa provenzal del siglo XIII, cuyo foco más activo es la devoción a María, prepara la transición de la antigua poesía trovadoresca a la de la escuela italiana del *dolce stil nuovo*. Si por un lado la poesía mariana provenzal significa la divinización de la poesía amorosa de los trovadores, por otro lado la lírica del *dolce stil nuovo* es, en substancia, una especie de secularización de aquella poesía mariana. Si por un lado la *domna* de la lírica trovadoresca se transfigura en la figura celeste de la Virgen María, por otro, ésta deja en herencia a los poetas de la escuela italiana un algo de su carácter sobrenatural y de su simbolismo ultraterreno que se incorpora a la Beatriz dantesca (*Beata Beatrix*) y en menor grado a la Laura del Petrarca.

Esta transformación no fué difícil ni laboriosa. Pere d'Alvernha, trovador del período clásico, ya había cantado un amor celeste en términos que se prestan al equívoco. La concepción que tuvieron del amor los trovadores se prestaba maravillosamente a esa transformación. El amor trovadoresco, en su concepto originario, era un principio de pureza y un estímulo de todas las virtudes. Así que los términos y

las expresiones que habían servido a los trovadores para cantar el amor terrenal, podían servir también para cantar el amor a la más ideal y perfecta de todas las hijas de Eva. María apareció de pronto a los trovadores como la más amable, atractiva, graciosa y bella de todas las mujeres. El trovador echó en olvido todos los amores profanos para declararse amante perfecto de la mujer celestial, Virgen y Madre. Son muy numerosas las composiciones de poetas provenzales del siglo XIII en las que éstos remedan, dentro de los límites de la reverencia, las expresiones del amor cortés de los trovadores del período anterior. La lírica provenzal, cumplido ya el proceso de su evolución que la había reducido casi al género de la poesía mariana, tuvo su último destello, aún esplendoroso, en la obra del que ha sido llamado "el último gran trovador": Guerau Riquier, del siglo XIII. Las poesías de Riquier cantan un amor que más que un afecto humano del corazón parece una pura creación intelectual, un amor que tiene el carácter irreal de una creación metafísica y de sentido simbólico. Un paso más, y ya nos encontramos en la poesía de Guinizelli, de Guido Cavalcanti y los demás poetas primitivos de la escuela del *dolce stil nuovo* de la que había de salir Dante. Pero aún acerca más a Riquier a esa escuela italiana su teoría de los tres amores: amor carnal, amor natural y amor celeste. El es el trovador del amor celeste, sólo que esta tendencia suya a la abstracción metafísica del amor llega en los líricos italianos a plasmarse en la figura de una mujer ideal, mientras en Riquier se pierde en la vaguedad de un amor a una criatura invisible e incorpórea.

Las fases de la evolución de la poesía trovadoresca a la poesía mariana provenzal del siglo XIII y de ésta a la del *dolce stil nuovo* y, particularmente a la lírica de Dante, podrían señalarse por estos cinco jalones indicadores de su desarrollo: 1) El trovador italiano Sordello, de Mantua; para él el amor es una cosa etérea, celestial, y la mujer amada no tiene cuerpo ni figura; es más bien una abstracción metafísica creada por la inteligencia. 2) Las poesías de Montanhol, poeta provenzal del XIII, que presenta los mismos rasgos de la transfiguración de la *domna* provenzal, que encontramos en Sordello. 3) Guerau Riquier, el último trovador que, como hemos visto, canta un amor irreal y abstracto, el amor celeste. 4) La escuela de Bolonia que tiene por jefe a Guido Guinizelli, cantor de un amor de esencia metafísica con reminiscencias platónicas. 5) La escuela del *dolce stil nuovo* con su más excelso representante, Dante Alighieri, que pone término a esta evolución idealizadora de la mujer amada, con la angelización de Beatriz, transfigurada en mensajera del cielo, en guía de Dante a través del Paraíso, en intercesora cerca de la Virgen María para obtener del Altísimo a favor de Dante la gracia extraordinaria de contemplar por un instante cara a cara con sus ojos de carne el misterio de la Luz increada; en una palabra, en la bienaventurada *Beata Beatrix*. Que en todo el desarrollo relativamente rápido de esta transfiguración intervino, como factor activo, la nueva y creciente devoción a la Virgen María propagada por el verbo inflamado de San Bernardo, lo demuestra no sólo la elocuente coincidencia cronológica entre la aludida transformación de una lírica profana en sagrada en honor de la Virgen María, y la creciente difusión y popularidad de la nueva devoción a la Madre de Dios, predicada por el Santo Abad de Claraval, sino aún más concluyentemente el papel que Dante hace representar a Beatriz en el "Paraíso" en su obra inmortal.

Lo positivo es que Beatriz se encuentra, en la *Divina Comedia* íntimamente asociada al culto de la Santísima Virgen. Dante en la apoteosis final del Paraíso hace participar a Beatriz del glorioso atributo, que en la más alta esfera de la gloria celestial, tiene la Virgen María, de intercesora y mediadora entre las criaturas humanas y Dios. El poeta al llegar a la región más excelsa del Paraíso ("*del maggior corpo al ciel ch'è pura luce*"), contempla extasiado la Rosa de los Bienaventurados que se abre, inmensa y deslumbrante, en lo alto del Cielo Empíreo:

*In forma dunque di candida rosa
Mi si mostrava la milizia santa,
Che nel suo sangue Cristo fece sposa.*

Dante obtiene la gracia extraordinaria de contemplar faz a faz por un instante la Luz del Amor Increado:

*E drizzeremo gli occhi al primo Amore
Si che guardando verso lui, penetri,
Quant'è possibil, per lo suo folgore.*

Para alcanzar esta gracia extraordinaria necesita el poeta una intercesión también extraordinaria. Para ello Dante construye con genial imaginación, pero con la más estricta fidelidad a la doctrina teológica, una cadena o jerarquía de intercesores, en la cual Beatriz viene a participar, en el grado correspondiente, del poder mismo de intercesión y medianería propio de la Virgen María. Es en este instante cuando el poeta introduce y hace actuar en su poema la figura de San Bernardo. Beatriz, una vez llegado Dante, junto con ella que le guía, a la Rosa de los Bienaventurados, pasa a ocupar su lugar en el pétalo correspondiente de la inmensa flor celeste y envía al lado del poeta a San Bernardo, el cual, en esos últimos momentos del gran poema se constituye en su guía y consejero. He aquí cómo describe el poeta al santo Abad de Claraval en el momento en que aparece a su lado ocupando el lugar de Beatriz:

*Credea veder Beatrice, e vidi un sene,
Vestito con le genti gloriose,
Diffuso era per gli occhi e per le gene
Di benigna letizia, in atto pio
Quale a tenero padre si conviene.*

San Bernardo, al cual Beatriz ha manifestado el alto deseo del poeta de contemplar siquiera un relámpago de la Luz Increada, San Bernardo, el gran apóstol del culto de la Virgen, es el que dirige su ferviente súplica a Esta para que se digne rogar a su Divino Hijo la concesión de la gracia pedida y vehementemente deseada por el poeta. Este, finalmente nos hace asistir a la misma plegaria de la Santísima Virgen; plegaria muda, dirigida a Dios solamente con la mirada. Los ojos de María, dice el poeta, queridos y venerados por Dios, *indi all'eterno si drizzaro*, se enderezaron a la Eterna Luz.

La súplica de Dante pasa, pues, a Beatriz, de Beatriz a San Bernardo, de San Bernardo a la Virgen María y de ésta a la Luz Increada. Dante obtiene la satisfacción de su sublime deseo. Por un instante contempla el abismo de luz en los arcanos de la Divinidad y súbitamente siente su mente como sacudida por un rayo; y despierta de su sueño.

Esta íntima asociación en la que Dante hace aparecer en la más excelsa altura del Paraíso a la Virgen María, San Bernardo y Beatriz, arroja la más viva luz sobre la tesis de este modesto trabajo. La progresiva idealización de que fué objeto durante el siglo XIII la *domna* de los trovadores llegó a su última y definitiva fase con la creación de la *Beata Beatrice* glorificada apoteósicamente por el gran poeta florentino en la más alta esfera del Paraíso. Y no puede ser más elocuente el hecho de presentarla allí acompañada precisamente por el gran propagador de la devoción a María, por aquel gran Santo que en su diálogo con el poeta se le presenta como el grande y ardiente amador de María:

*E la Regina del Ciel, ond'io ardo
Tutto d'amor, ne farà ogni grazia,
Perocch'io sono il suo fedel Bernardo.*

Con estas sublimes escenas finales, en las que él dialoga con Beatriz, la Virgen María y el más fiel devoto de ésta que haya jamás vivido en la tierra, viene a confesar implícitamente el genial poeta que en la plasmación de su glorificada Beatriz han contribuido por una parte el celestial modelo de la "Bendita entre todas las mujeres", y, por otra, el ejemplo y el impulso del Santo que propagó con su verbo inflamado un ardor y una ternura, antes desconocidos, en la devoción a la excelsa Virgen y Madre. Pero Dante había recibido este nuevo tesoro de la piedad cristiana, de una serie de poetas de las generaciones anteriores, los cuales fueron espiritualizando cada vez más, a impulsos de la devoción a María, difundida en el ambiente de Europa desde los tiempos de San Bernardo, la figura ideal de la mujer ensalzada por los cantores provenzales del "amor cortés".

Manuel de Montolíu

De la Academia de Buenas Letras

Oración de San Bernardo a la Santísima Virgen en la «Divina Comedia»

*"Vergine madre, figlia del tuo figlio,
umile e alta più che creatura,
termine fisso d'eterno consiglio,
tu se'colei che l'umana natura
nobilitasti sì, che'l suo fattore
non disdegnò di farsi sua fattura.
Nel ventre tuo si raccese l'amore,
per lo cui caldo ne l'eterna pace
così è germinato questo fiore.
Qui se'a noi meridiana face
di caritate, e giuso, intra i mortali,
se'di speranza fontana vivace.
Donna, se'tanto grande e tanto vali,
che qual vuol grazia, e a te non ricorre,
sua distanza vuol voler sanz'ali.
La tua benignità non pur soccorre
a chi domanda, ma molte fiata
liberamente al dimandar precorre.
In te misericordia, in te pietate,
in te magnificenza, in te s'aduna
quantunque in creatura è di bontate."*

TRADUCCION

DE CAYETANO ROSELL

Virgen madre, Hija de tu Hijo, humilde y gloriosa más que ninguna otra criatura, objeto inmutable de los designios del Eterno: tú eres la que dé tal manera ennobleciste la humana naturaleza, que no se desdénó su Hacedor de convertirse en hechura suya. En tu seno se encendió aquel amor cuya llama hizo florecer así esta rosa en la paz perpetua del Paraíso. Aquí eres para nosotros sol de caridad en su mediodía, y para los mortales en la tierra inagotable fuente de esperanza. Tan grande eres, Señora, y tan poderosa, que el que pretende una gracia y no acude a tí, desea el imposible de volar sin alas. Y tu bondad no sólo viene en auxilio del que la demanda, sino que muchas veces se anticipa generosamente a todo ruego. En ti la misericordia, la piedad, la magnificencia, en ti se junta cuanto de bueno hay en las criaturas.

SAN BERNARDO

Por Jacobo de VORAGINE

Traducimos para nuestros lectores la vida de San Bernardo contenida en la *Legenda Sanctorum* del monje italiano Jacobo de Voragine. Obra ésta de mediados del siglo XIII, influyó vivamente en la piedad popular a través de la literatura y la pintura posteriores a ella, de suerte que podríamos decir que no existe arte popular o semipopular, como lo es casi íntegramente el arte medieval en los siglos XIII, XIV y gran parte del XV, ya sea en forma de Misterios o Autos, retablos o tallas de santos, posteriores a la expansión de la *Legenda Sanctorum* o leyenda áurea, que no hayan bebido en sus fuentes.

El pueblo hallaba en las vidas de los santos, ejemplos concretos de la perfección cristiana, del vencimiento de las tentaciones, de las fuentes de la verdadera vida espiritual. Admirando e imitando los ejemplos que se les proponían, aumentaba el nivel de su civilización y, con ello, la sociedad, influida con aquellos modelos, tendía cada vez más hacia el ideal de una realización cristiana de la vida, lo cual no significa que sobre la luz de esta vida más cristiana no resaltase a veces la oscuridad de los restos de paganismo o barbarie de la que aquella sociedad acababa de salir.

Para la crisis profundísima de nuestra Sociedad cristiana sería útil volver a los ejemplos de vida espiritual encerrados en las vidas de los santos, y tanto más cuanto que éstos han florecido también en épocas recentísimas—baste recordar la inigualable Santa Teresita del Niño Jesús—y siguen floreciendo ocultos a la ceguera de nuestro materialismo para que la sociedad actual «conserve la memoria de lo que ha recibido, lo observe y se arrepienta.» (Ap. III, 3).

Bernardo viene de Ber, pozo o fuente, y de Nardo, planta—en sentir del Cantar de los Cantares—humilde y de una naturaleza cálida y fragante. En efecto, San Bernardo estuvo abrasado por un ferviente amor, fué humilde en su comportamiento, fuente en el fluir de su doctrina, pozo en la profundidad de su ciencia, y fragante en la suavidad de su reputación.

Guillermo, abad de San Teodorico, compañero de San Bernardo, y Bernaldo, abad de Bonneval, escribieron su vida.

Bernardo nació en el castillo de Fontana, en la Borgoña, de padres tan nobles como piadosos. Su padre, Celestino, era un caballero valerosísimo y no menos religioso; su madre se llamaba Aalath. De su matrimonio nacieron siete hijos, seis varones y una hembra; los siete, o sea todos sin excepción, debían abrazar el estado religioso, siendo ellos monjes y ella religiosa. Al punto de nacer cada uno de estos hijos, la madre los ofrecía al Señor con sus propias manos. Jamás consintió que sus hijos recibiesen su primer sustento de personas mercenarias, como si de alguna manera, con la leche materna, ella debiese infundir en su naturaleza lo de bueno que se pudiese encontrar en ella misma. Y, conforme sus hijos iban creciendo en edad, en tanto que ella les tuvo bajo su mano, bien se pudiera decir que los educaba más para el desierto que para la corte, sirviéndoles manjares comunes y de lo más basto, alimentándoles como si, de un momento a otro, hubiese de llegarles la hora de retirarse a la soledad. Ahora bien, mientras se hallaba en cinta de Bernardo, su tercer hijo, tuvo un sueño que encerraba un presagio del porvenir. Vió que tenía en su seno a un cachorrillo blanco con el pelo del dorso de color rubio suave que ladraba. Expuso el sueño a un varón de Dios, el cual le respondió con lenguaje profético: "Serás madre de un excelente cachorro que ha de ser magno guardián de la casa de Dios y no cesará de vocear contra sus enemigos. Pues será egregio predicador y con la gracia de su lengua virtuosa sanará a mu-

chos". Pues bien, estando todavía Bernardo en su más tierna infancia, y como le aquejase un fortísimo dolor de cabeza rechazó y arrojó lejos de sí, con grandes gritos, a una mujerzuela que, con prácticas supersticiosas, pretendía mitigar su dolor; sin embargo la misericordia divina no dejó de corresponder al celo del pequeñuelo, sino que, levantándose éste inmediatamente se sintió curado. En la santísima noche de Navidad, mientras el niño Bernardo esperaba en la iglesia el oficio matutino, como le entrasen deseos de conocer la hora en que nuestro Señor Jesucristo había nacido, se le apareció el Niño Jesús, cual si ante sus ojos acabase de nacer del seno de su madre. Por lo cual, dijo que siempre más pensó que aquella hora había sido la del Nacimiento del Señor. Y así pues, desde aquel instante, le fué otorgada una inteligencia más profunda y una elocuencia más rica por lo que a este misterio respecta. A consecuencia de ello dió a luz, más tarde, una obra insigne entre todas las suyas en loor de la Virgen María, en la que explanó el Evangelio *Missus est angelus Gabriel*. El antiguo enemigo, viendo en aquel niño disposiciones tan santas, sintió envidia de la resolución que había tomado de guardar la castidad, y le tendió infinidad de asechanzas para verle caer.

Reflexionando, pues, Bernardo, que no es seguro habitar con una serpiente, pensó en huir del mundo y resolvió en el mismo instante tomar el hábito del Cister. Cuando sus hermanos se entera-

ron, quisieron disuadirle de su empeño, por todos los modos imaginables; mas, el Señor le concedió una gracia tan grande que no sólo nada consiguió hacer mella en su determinación, sino que incluso convenció a todos sus hermanos y a muchos otros para que se entregasen al Señor.

Gerardo, uno de los hermanos, valeroso militar, miraba no obstante como vanas las palabras de Bernardo y rechazaba de todo punto sus consejos; entonces Bernardo, animado por una fe ardiente, y exasperado por el celo de su caridad fraterna, le dijo: "Sé, hermano mío, sé muy bien que solamente el azote de la desgracia podrá hacer entrar en razón tus oídos". Y, seguidamente, poniendo el dedo sobre su costado: "Día vendrá —le dice— y no tardará en venir, en que una lanza traspasando este costado hará llegar a tu corazón el consejo que hoy rechazas". Pocos días después, Gerardo, que acababa de recibir una lanzada del enemigo en el mismo punto donde su hermano había colocado el dedo, es hecho prisionero y cargado de cadenas. Bernardo va a visitarle y, no siéndole permitido hablar con él, le grita: "Ya sé, hermano mío Gerardo, que dentro de muy poco emprenderemos nuevo camino para entrar en un monasterio". Aquella misma noche cayeron las cadenas de los pies de Gerardo, se abrió la puerta de su prisión y huyó él lleno de alegría. Entonces dió a entender a su hermano que había mudado de resolución y que deseaba abrazar la regla monástica.

En el año de la Encarnación de 1112, a los quince del establecimiento de la casa de los Cistercienses, el servidor de Dios Bernardo, aproximadamente de unos 22 años de edad, entró en la Orden del Cister con más de 30 compañeros. Cuando salía con sus hermanos de la casa paterna, Guido, el primogénito, viendo jugar a Nivardo, el más pequeño de ellos, en la explanada del castillo, le dice: "Vamos, hermano mío Nivardo, desde ahora te pertenecen todas las tierras de nuestra patrimonio". A lo que el muchacho, con palabras no propiamente juveniles, respondió: "Con que, ¿os quedáis vosotros con el cielo y a mí me dejáis sólo la tierra? Esta participación no es equitativa". Nivardo se quedó, pues, algún tiempo con su padre; pero, más adelante, pasó a reunirse con sus hermanos.

El siervo de Dios Bernardo, una vez que hubo entrado en la Orden, se entregó tan por completo a la contemplación espiritual y estuvo tan absorbido en Dios, que ya no volvió a servirse de ninguno de sus sentidos corporales. Cuéntase que cuando hacía ya un año que estaba en la celda de los novicios, ignoraba aún si la construcción tenía bóveda, y que hacía mucho tiempo que entraba y salía de la iglesia y se imaginaba que sobre su presbiterio no había más que una ventana siendo así que había tres.

El abad del Cister envió a algunos hermanos para fundar la casa de Clavall proponiéndoles como abad a San Bernardo. Allí vivieron después con una pobreza excesiva, y a menudo no tenían más que hojas de haya para confeccionar el caldo. El siervo de Dios pasaba todas las noches en vela, más allá de lo que consienten las fuerzas del hombre: y solía decir que el tiempo que más le dolía perder era el empleado en dormir; encontraba que la comparación que se hace entre el sueño y la muerte era muy exacta, ya que los muertos parecen dormir a los ojos de los hombres como los que duermen parecen muertos a los ojos de Dios. Por cuya razón, si oía roncar muy fuerte a alguien, o si le veía acostado con menor compostura que la debida, le costaba trabajo soportarlo y sostenía que aquél dormía como hombre carnal, esto es, como un seglar. No comía por el gusto de dar satisfacción a su apetito; era el temor de desfallecer lo que le impulsaba a sentarse a la mesa, como en un lugar de suplicio. Después de la comida tenía siempre costumbre de pensar en la cantidad de alimentos que había ingerido, y si se apercibía de haber excedido, no más que un poco, su ración ordinaria, no lo dejaba pasar impunemente. Había dominado hasta tal punto la atracción de las golosinas que incluso había acabado por perder en gran parte el sentido del gus-

to como lo prueba el hecho de que, en cierta ocasión que le sirvieron aceite por agua lo bebió sin darse cuenta del trueque: y habría sido ignorado totalmente, si alguien no hubiese llamado la atención con extrañeza sobre el hecho de que tenía los labios sucios de aceite. Se sabe que por espacio de muchos días se aderezó los manjares con grasa cruda de tocino que le habían servido, por error, en lugar de manteca. No encontraba sabor en otra cosa que en el agua, pues decía que, al tomarla, le refrescaba la boca y garganta. Decía ingenuamente que todo cuanto había aprendido en las Sagradas Escrituras, lo había adquirido por la oración y meditación en los bosques y campos; y a menudo solía repetir que no había tenido otros maestros que las encinas y las hayas y finalmente confesó que era, a menudo, en la meditación y la plegaria cuando toda la Sagrada Escritura se había manifestado para él bajo su verdadero significado y con toda su claridad. En cierta época, nos refiere en el sermón 82 sobre el Cántico de los Cánticos, que deseaba retener alguna de las cosas que el Espíritu Santo le sugería mientras hablaba y reservársela para otra ocasión en que se viese obligado a tratar del mismo tema, le pareció oír una voz que le decía: "Mientras retengas estas cosas, no recibirás otras".

En sus vestidos amó siempre la pobreza, pero jamás la suciedad, de la cual decía era señal de un espíritu negligente, o lleno de necio orgullo, o deseoso de la gloria humana. A menudo citaba este proverbio, que siempre tenía en su corazón: "Quien quiere ser notado, obra de diferente manera que los demás". Es por ello que llevó cilicio por espacio de muchos años, mientras el hecho pudo permanecer secreto; mas, cuando se dió cuenta de que había sido descubierto, se despojó de él e hizo como la restante comunidad. Si reía, era siempre de suerte que más esfuerzos le costaba reír que reprimir su risa. Teniendo por costumbre decir que había tres clases de paciencia: 1.º, paciencia para soportar las palabras injuriosas; 2.º, paciencia para sobrellevar el perjuicio en los bienes; y 3.º, paciencia en las enfermedades corporales, probó que las poseía todas, con los siguientes ejemplos: Había escrito una carta dando avisos a un obispo en términos afectuosos. El obispo, fuera de sí de cólera, respondió en un tono de los más amargos, comenzando su carta con estas palabras: "Salud, mas no al espíritu de blasfemia", como si San Bernardo le hubiese escrito en el espíritu de blasfemia; mas éste le contestó, diciendo: "Yo no creo tener el espíritu de blasfemia, y no sé haber maldecido a nadie, ni tener ganas de hacerlo para con quien sea, y menos aún para con el

príncipe de mi pueblo". Un abad le envió 600 marcos de plata para construir un monasterio; pero la suma entera fué robada, en el camino, por los ladrones. A la noticia de este contratiempo, Bernardo se contentó con decir: "Bendito sea Dios, que nos ha librado de este peso; es preciso tener siempre piedad de los que lo han robado, pues, por una parte ha sido la codicia humana quien les ha movido a hacerlo; y, por otra parte, esta gran suma de dinero habrá sido para ellos ocasión de tentaciones".

Un canónigo seglar se llegó a rogarle con vivas instancias que le recibiese en el número de sus monjes. Como Bernardo no accediese a ello y le aconsejase volver a su iglesia: "¿Y por qué, pues, recomendáis la perfección en vuestros escritos, si no la ofrecéis a quienes la desean? ¡Ah, si tuviese a mano vuestros libros, para hacerlos pedazos!" Bernardo repuso: "No habéis leído en ninguno de ellos que no podáis ser perfecto en vuestro claustro: es la corrección de las costumbres y no el cambio de lugar lo que he recomendado en mis libros". Entonces este insensato se arrojó sobre él y le golpeó con tanta fuerza en la mejilla que el color rojo sucedió al golpe y la hinchazón al color rojo. Ya los presentes se levantaban contra el sacrilego, cuando el siervo de Dios les previno en voz alta, conjurándoles en nombre de Jesucristo para que no le tocaran ni le hicieran daño alguno. Tenía por costumbre decir a los novicios que deseaban entrar en religión: "Si queréis tener parte en todo cuanto se hace en el interior de esta casa, dejad a la puerta el cuerpo que habéis llevado con vosotros del siglo: sólo el espíritu entra aquí; la carne no es necesaria" Su padre, que había quedado solo en casa, se vino al monasterio y murió al cabo de un breve espacio de tiempo, en una hermosa vejez.

Su hermana, que se había casado, vivía expuesta al peligro en el seno de las riquezas y de los deleites del mundo. Pues bien, vino ella un día al monasterio a visitar a sus hermanos. Y como hubiese llegado con un séquito y aparato magníficos, Bernardo tuvo horror de todo aquello, como de una red de que se vale el diablo para apoderarse de las almas; y se negó en absoluto a salir a verla. Como ninguno de sus hermanos viniese a su encuentro, y no sólo esto sino que uno de ellos que por aquel entonces era portero, la llamase sepulcro adornado, ella rompió en amargo llanto. "Aunque no sea más que una pecadora, dijo ella, es por los seres como yopor los que murió Jesucristo; es porque veo que soy una pecadora, por lo que busco el consejo y conversación de las personas de bien; y si mi hermano menosprecia mi cuerpo, que el siervo

de Dios no desprecie mi alma. Que venga, que ordene, y todo cuanto ordene, lo seguiré". Sólo después de esta promesa salió Bernardo con sus hermanos a su encuentro; y ya que no podía separarla de su marido, le prohibió desde luego toda la vanagloria del mundo, y le propuso como modelo a quien imitar, la conducta de su madre; después de lo cual, se despidió de ella. A su vuelta se operó en ella un cambio tan súbito, que en medio de la gloria del mundo, llevó una vida eremítica y se hizo absolutamente extraña a cuanto participaba del siglo. Al fin, a fuerza de oraciones, ganó a su marido y después de obtener la autorización de su obispo, entró en un monasterio.

El hombre de Dios cayó enfermo y todos creían que expiraría, cuando fué arrebatado en espíritu y le pareció que comparecía ante el tribunal de Dios: Satán estaba también allí, a su lado, y lo colmaba de acusaciones injustas. Cuando lo hubo articulado por entero, y le llegó su vez al varón de Dios, éste dijo sin turbarse ni asustarse: "Sí, lo reconozco; soy un indigno, y no podría, por mis propios méritos, alcanzar el Reino de los Cielos. Por lo demás, mi Señor, que lo posee a doble título, es decir, por herencia de su padre, y por los méritos de su pasión, se contenta con uno, y me da a mí el otro; este don lo reivindicó para mí, y sé que no puedo quedar confundido". A estas palabras, el enemigo se quedó confuso, se disolvió la asamblea y el varón de Dios volvió en sí. Mortificaba su cuerpo por una abstinencia excesiva, por el trabajo, por los ayunos, hasta tal punto, que de continuo estaba enfermo y languidecente, le devoraba la fiebre e incluso los ejercicios del convento los seguía a duras penas. En cierta ocasión, estaba muy gravemente enfermo; sus hermanos hicieron rogativas por él y se sintió volver a la salud. Entonces convocó a la comunidad y dijo: "¿Por qué retenéis a este miserable? Sois más fuertes y lo habéis salvado. Por favor, os lo ruego, dejadme marchar". Muchas ciudades eligieron para obispo al varón de Dios: en particular lo hicieron Génova y Milán. A cuantos lo pedían, contestaba sin condescender, aunque también sin rehusar con dureza, que no era dueño de sí, sino que estaba consagrado al servicio de los otros. Por lo demás, los frailes siguiendo el consejo del varón de Dios, se habían provisto y pertrechado con la autoridad del soberano Pontífice para que nadie pudiese arrebatarles su felicidad.

La humildad de su corazón predominaba en él sobre la gloria de su nombre, y el mundo entero no acertaba a alabarlo cuanto él se rebajaba. Todos le miraban como un hombre extraordinario, y él se consideraba como el último

de todos: nadie le encontraba igual, y él no se prefería a nadie. En fin, de acuerdo con sus propios deseos, en medio de los mayores honores, y mientras recibía los homenajes universales, se creía ser un personaje insignificante, o pensaba estar soñando: pero donde encontraba hermanos más sencillos, se sentía feliz de advertir que gozaba de una humildad que le era querida, y de ser devuelto a sí mismo. Pues, siempre se le encontraba orando, leyendo, escribiendo o meditando, o bien edificando a sus frailes con la palabra. Una vez, mientras predicaba al pueblo y le escuchaban todos con atención y devoción, se insinuó en su espíritu la tentación siguiente: "¿En verdad, hablas hoy admirablemente; la gente te escucha con agrado y eres tenido generalmente por sabio!" Pero el varón de Dios, que se sentía oprimido por esta tentación, se detuvo un momento, y se puso a pensar si debía proseguir o dar fin a su discurso. Y, al punto, fortificado por Dios, respondió en voz baja al tentador: "No es por ti por quien he comenzado, ni será por ti por quien acabaré". Y, sin turbarse, prosiguió su sermón hasta el fin.

En la provincia de Aquitania, el santo varón desempeñaba las funciones de legado, para reconciliar con la Iglesia al duque que se negaba absolutamente a hacerlo. Entonces, el varón de Dios se aproximó al altar para celebrar los santos misterios, y el duque aguardó a la puerta de la iglesia, como excomulgado. Cuando San Bernardo hubo dicho *Pax Domini*, colocó el cuerpo de nuestro Señor sobre la patena y lo tomó consigo, y entonces con la figura recogida y los ojos llameantes, sale de la iglesia y dirige al duque las siguientes y terribles palabras: "Nos te hemos rogado dices, y tú nos has menospreciado. He aquí al Hijo de la Virgen que viene a ti; Él es el Señor de la Iglesia a quien persigues. Ahí está tu Juez a las manos del cual algún día irá a parar tu alma. ¿Le despreciarás también como has despreciado a sus siervos? ¡Resístele, si te atreves!" Y al punto el duque quedó helado, y como si todos sus miembros hubiesen sido dislocados, se dejó caer al instante a los pies del santo, que, dándole un suave golpecito con el tacón, le ordenó levantarse y oír la sentencia de Dios. El duque se levantó, temblando, y cumplió a renglón seguido lo que el santo le ordenaba.

Habiendo venido el siervo de Dios a Alemania para apaciguar una gran discordia, el arzobispo de Maguncia envió a su encuentro a un clérigo venerable. Este le decía que había sido enviado a su presencia por su señor, y el hombre de Dios repuso: "Otro es el Señor que os ha enviado". Pasmado aquél, le repetía que le había enviado el arzobispo,

su señor. Por su parte, el siervo de Jesucristo, decía: "Os equivocáis, hijo mío, os equivocáis; es más grande el Señor que os ha enviado: es Jesucristo". El clérigo, que comprendió: "¿Pensáis, dijo, que aspiro a hacerme monje? ¡Dios me libre! Jamás he pensado en ello; y, además, esto no es conciliable con mis gustos". Sin embargo, en el mismo viaje, se despidió del siglo y recibió el hábito de manos del varón de Dios.

En la proximidad de cuaresma, recibió la visita de gran número de estudiantes, a quienes rogó que se abstuvieran, al menos durante aquellos días santos, de sus vanidades y locuras. Como no accedieran a su ruego, les hizo servir vino diciendo: "Bebed la bebida de las almas". Cuando hubieron bebido se sintieron cambiados súbitamente; habían rehusado servir a Dios durante una corta temporada, y consagraron a Él toda su vida.

Por fin, San Bernardo sintiendo con felicidad su próxima muerte, dijo a sus hermanos: "Os dejo tres puntos para que los observéis, y estos son los que, en tanto que de mí ha dependido, he practicado durante toda mi vida: no he querido dar escándalo a nadie y si lo ha habido, lo he ocultado cuanto me ha sido posible. Siempre he creído menos en mi sentimiento que en el de otro. Cuando me han ofendido, jamás he buscado vengarme. He aquí que os dejo la caridad, la humildad y la paciencia". Finalmente, después de haber obrado gran número de milagros, de haber construido 160 monasterios, de haber compuesto muchos libros y tratados, y vivido alrededor de 63 años, se durmió en brazos de sus hermanos, en el año del Señor de 1153. Después de su muerte, manifestó su gloria a muchas personas. En efecto, se apareció al abad del monasterio y le suplicó que le siguiera. Como éste le siguiese, el varón de Dios le dijo: "He aquí que vamos a la montaña del Líbano. En cuanto a vos, debéis permanecer aquí y yo subiré a ella". El abad le preguntó por qué quería subir él. "Es que deseo aprender", contestó. "Y ¿qué es lo que deseáis aprender, Padre mío, insistió el abad asombrado, vos cuyo par en lo que concierne a la ciencia no conocemos hoy día en el mundo?" El santo respondió: "Acá abajo no hay ciencia, no hay conocimiento de lo verdadero. Es allá arriba donde hay la plenitud de la ciencia, es allá arriba donde existe el verdadero conocimiento de la verdad". Y, diciendo estas palabras, desapareció. El abad anotó el día, y halló que era el mismo en que había muerto San Bernardo. Dios obró por su servidor muchos otros milagros que es casi imposible referir.

(De la "Legenda Sanctorum")



SAN BERNARDO Y SU SIGLO

Por Jaime BALMES

Y Abelardo, el mismo Abelardo ¿puede acaso ponerse en parangón con su adversario católico, con San Bernardo? Ni como hombre, ni como escritor, ¿qué es Abelardo comparado con el insigne abad de Claraval? Abelardo se empapa en todas las sutilezas de la escuela, se disipa en disputas ruidosas, se desvanece con los aplausos de sus discípulos alucinados por el talento y osadía del maestro, y más todavía por la extravagancia científica dominante en aquel siglo; y, sin embargo, ¿qué se ha hecho de sus obras? ¿Quién las lee? ¿Quién recurre a ellas para encontrar una página bien razonada, la descripción de un grande suceso, algún cuadro de las costumbres de la época, es decir, nada de cuanto puede interesar a la ciencia o a la historia? ¿Y quién es el hombre instruido que no haya buscado varias veces todo esto en los inmortales escritos de San Bernardo?

No cabe más sublime personificación de la Iglesia combatiendo con los herejes de su tiempo, que el ilustre Abad de Claraval luchando con todos los novadores, y llevando, por decirlo así, la palabra en nombre de la fe católica. No cabe encontrar más digno representante de las ideas, de los sentimientos que la Iglesia procuraba inspirar y difundir, ni expresión más fiel del curso que el Catolicismo hubiera hecho seguir al espíritu humano. Parémonos un momento a la vista de esa columna gigantesca que se levanta a una inmensa altura sobre todos los monumentos de su siglo; de ese hombre extraordinario que llena el mundo con su nombre, que le levanta con su palabra, le domina con su ascendiente, que le alumbraba en la obscuridad, que sirve como de misterioso eslabón para unir dos épocas tan distantes como son la de San Jerónimo y San Agustín, y la de Bossuet y Bourdaloue. La relajación y la corrupción le rodean, y él se abroquela contra sus ataques con la observancia más rígida, con la más delicada pureza de costumbres; la ignorancia ha cundido en todas las clases, él estudia día y noche para ilustrar su entendimiento; un saber falso y postizo se empeña en ocupar el puesto de la verdadera sabiduría, él le conoce, le desdeña, le desprecia, y con su vista de águila descubre a la primera ojeada que el astro de la verdad marcha a una distancia inmensa de ese mentido resplandor, de ese fárrago informe de sutilezas e inepticias que los hombres de su tiempo

llamaban filosofía. Si en alguna parte podía a la sazón encontrarse una ciencia útil, era en la Biblia, en los escritos de los Santos Padres; y San Bernardo se abandona sin reserva a su estudio. Lejos de consultar a los frívolos habladores que cavilaban y declamaban en las escuelas, él pide sus inspiraciones al silencio del claustro y a la augusta majestad de los templos; y si quiere salirse de allí contempla en el gran libro de la naturaleza estudiando las verdades eternas en la soledad del desierto, o, como él mismo nos dice, en medio de los *bosques de hayas*.

Así este grande hombre, elevándose sobre las preocupaciones de su tiempo, logró evitar el daño producido en los demás por el método a la sazón dominante, cual era, apagar la imaginación y el sentimiento, falsear el juicio, aguzar excesivamente el ingenio y confundir y embrollar las doctrinas. Leed las obras del santo abad de Claraval y notaréis desde luego que todas las facultades marchan, por decirlo así, hermanadas y de frente. ¿Buscáis imaginación? Allí encontraréis hermosísimos cuadros, retratos fieles, magníficas pinturas. ¿Buscáis efectos? Oiréisle insinuándose sagazmente en el corazón, hechizarle, sojuzgarle, dirigirle; ora amedrenta con saludable terror al pecador obstinado trazando con enérgica pincelada lo formidable de la justicia de Dios y de su venganza perdurable; ora consuela y alienta al hombre abatido por las adversidades del mundo, por los ataques de sus pasiones, por los recuerdos de sus extravíos, por un temor inmoderado de la justicia divina. ¿Queréis ternura? Escuchadle en sus coloquios con Jesús, con María; escuchadle hablando de la Santísima Virgen con dulzura tan embelesante que parece agotar todo cuanto sugerir pueden de más hermoso y delicado la esperanza y el amor. ¿Queréis fuego, queréis vehemencia, queréis aquel ímpetu irresistible que allana cuanto se le opone, que exalta el ánimo, que le saca fuera de sí, que le inflama del entusiasmo más ardiente, que le arrebatara por los más difíciles senderos y le lleva a las empresas más heroicas? Vedle enardeciendo con su palabra de fuego a los pueblos, a los señores y a los reyes, sacarlos de sus habitaciones, armarlos, reunirlos en numerosos ejércitos y arrojarlos sobre el Asia para vengar el Santo Sepulcro. Este hombre extraordinario se halla en todos lugares, se le oye por todas partes: exento de ambi-

ción, tiene, sin embargo, la principal influencia en los grandes negocios de Europa; amante de la soledad y del retiro, se ve forzado a cada instante a salir de la obscuridad del claustro para asistir a los consejos de los príncipes y de los Papas; nunca adula, nunca lisonjea; jamás hace traición a la verdad, jamás disimula el sacro ardor que hierve en su corazón, y, no obstante es escuchado por doquiera con profundo respeto, y hace resonar su voz severa en la choza del pobre como en el palacio del monarca; amonesta con terrible austeridad al monje más obscuro como al soberano Pontífice.

A pesar de tanto calor, de tanto movimiento, nada pierde su espíritu en claridad ni precisión; si explica un punto de doctrina, se distingue por su desembarazo y lucidez; si demuestra, lo hace con vigoroso rigor; si arguye, es con una lógica que estrecha, que acusa a su adversario, sin dejarle salida, y si se defiende, lo ejecuta con suma agilidad y destreza. Sus respuestas son limpias y exactas, sus réplicas vivas y penetrantes; y sin que se haya formado con las sutilezas de la escuela, deslinda primorosamente la verdad del error, la razón sólida de la engañosa falacia. He aquí un hombre entera y exclusivamente formado por la influencia católica; he aquí un hombre que ni se apartó jamás del gremio de la Iglesia ni pensó en sacudir de su entendimiento el yugo de la autoridad; y que, sin embargo, se levanta como pirámide colosal sobre todos los hombres de su tiempo.

Para honor eterno de la Iglesia católica, para rechazar más y más el cargo que se ha hecho de *apocadora* del entendimiento humano, es menester observar que no fué sólo San Bernardo quien se elevó sobre su siglo e indicó el camino que debía seguirse para el verdadero adelanto. Puede asegurarse que los hombres más esclarecidos de aquella época, los que menos parte tuvieron en los lamentables extravíos que por tanto tiempo llevaron al entendimiento humano en pos de vanidades y de sombras, fueron cabalmente aquellos que más adictos se mostraron al Catolicismo. Ellos dieron el ejemplo de lo que debía hacerse si se quería progresar en las ciencias, ejemplo que, aunque poco imitado por mucho tiempo, hubo al fin de seguirse en los siglos posteriores; habiendo marchado las ciencias en la misma razón en que se le ha ido poniendo en planta: hablo del *estudio de la antigüedad*.

San Bernardo y la Virgen

Entre los sermones que se conservan de San Bernardo, tienen singular fama los que dedicó a ensalzar los atributos de la Santísima Virgen, recorriendo los principales misterios de su vida. De ellos entresacamos estos fragmentos, testimonio vivo de su acendrada devoción a la celestial Señora.

I.— «Y el nombre de la Virgen era María»

El nombre de la Virgen era María. Digamos algo también acerca de este nombre, que significa estrella de la mar, y se adopta a la Virgen Madre con la mayor proporción. Se compara María oportunísimamente a la estrella; porque así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma; así, sin lesión suya, dió a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye a la estrella su claridad, ni el Hijo a la Virgen su integridad. Ella, pues, es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y alumbrando también a la tierra y calentando más bien los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, repito, es la esclarecida y singular estrella, elevada por necesarias causas sobre este mar grande y espacioso, brillando en méritos, ilus-

trando en ejemplos. ¡Oh! cualquiera que seas, el que en la impetuosa corriente de este siglo, te miras más antes fluctuar entre borrascas y tempestades, que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones; mira a la estrella, llama a María. Si fueres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición, si de la emulación; mira a la estrella, llama a María. Si la ira, o la avaricia, o el deleite carnal impeliere violentamente la navecilla de tu alma; mira a María. Si turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en

el abismo de la desesperación; piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues; no desesperarás, si la ruegas; no te perderás, si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente al puerto, si ella te ampara; y así, en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo: *Y el nombre de la Virgen era María.* Pero ya debemos pausar un poco, no sea que miremos sólo de paso la claridad de tanta luz. Pues por usar de las palabras del Apóstol: *Bueno es que nos detengamos aquí;* y da gusto contemplar dulcemente en el silencio, lo que no basta a explicar la pluma laboriosa.

II.— «Hágase en mí según tu palabra»

Oísteis, oh Virgen, el hecho, oísteis el modo también: lo uno y lo otro es cosa maravillosa, lo uno y lo otro es cosa agradable. Gozaos, hija de Sión, alegraos, hija de Jerusalén. Y pues a vuestros oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de vuestra boca la respuesta de alegría que deseamos, para que con ella entre la alegría y gozo en nuestros huesos afligidos y humillados. Oísteis, vuelvo a decir, el hecho, y lo creísteis; creed lo que oísteis también acerca del modo. Oísteis, que concebiréis, y daréis luz a un hijo; oísteis, que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mirad que el Angel aguarda vuestra respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor, que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia: a los cuales tiene condenados a muerte la divina sen-

tencia, de que seremos librados por vuestras palabras. Ved que se pone entre vuestras manos el precio de nuestra salud; al punto seremos librados, si consentís. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y con todo eso morimos: mas por vuestra breve respuesta seremos ahora restablecidos, para no volver a morir. Esto os suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán desterrado del Paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David con todos los otros Santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte: esto mismo os pide el mundo todo postrado a vuestros pies. Y no sin motivo aguarda con ansia vuestra respuesta, porque de vuestra palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la liber-

tad de los condenados, la salud, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo vuestro linaje. Dad, oh Virgen, apriesa la respuesta. ¡Ah! Señora, responded aquella palabra, que espera la tierra, que espera el infierno, que esperan también los Ciudadanos del Cielo. *El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó vuestra hermosura, tanto desea ahora la respuesta de vuestro consentimiento; en la cual sin duda se ha propuesto salvar el mundo.* A quien agradasteis por vuestro silencio, agradeceréis ahora mucho más por vuestras palabras, pues Él os habla desde el Cielo, diciendo: ¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz! Si vos le hiciereis oír vuestra voz, Él os hará ver el misterio de nuestra salud. ¡Por ventura no es esto lo que buscabais, por lo que gemiais, por lo que

orando días y noches suspirabais? ¿Qué hacéis, pues? ¿Sois vos aquella, para quien se guardan estas promesas, o esperamos otra? No, no, vos misma sois, no es otra. Vos sois, vuelvo a decir, aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien vuestro Santo Padre Jacob, estando para morir, esperaba la vida eterna, diciendo: *Vuestra salud esperaré Señor*. Vos, en fin, sois aquella en quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra. ¿Por qué esperaréis de otra, lo que a vos misma os ofrecen? ¿Por

qué aguardaréis de otra, lo que al punto se hará por vos, como deis vuestro consentimiento y respondáis una palabra? Responded, pues, presto al Ángel, o por mejor decir, al Señor por el Ángel; responded una palabra y recibid otra Palabra; pronunciad la vuestra, concebid la divina; articulad la transitoria y admitid en vos la eterna. ¿Qué tardáis? ¿Qué receláis? Creed, decid que sí, y recibid. Cobre ahora aliento vuestra humildad, y vuestra vergüenza confianza. De ningún modo conviene, que vuestra sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En solo este ne-

gocio no temáis, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, pero más necesaria es ahora la piedad en las palabras. Abrid, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mirad, que el deseado de todas las gentes está llamando a vuestra puerta. ¡Ay! si deteniéndoos en abrirle, pasa adelante, y después volvéis con dolor a buscar al amado de vuestra alma. Levantaos, corred, abrid. Levantaos por la fe, corred por la devoción, abrid por el consentimiento.

III.—«*María, madre del Señor*»

Contempla, pues, cómo se elevó hasta los Ángeles por la plenitud de la gracia, y por encima de los Ángeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Hay en los Ángeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Cuál de estas cosas no respandeció en María? Pero de esto ya os hemos hablado antes, según la medida de nuestro flaco ingenio: prosigamos en ver su excelencia singular. ¿A quien de los Ángeles se dijo alguna vez: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y*

la virtud del Altísimo te hará sombra: y por eso el fruto Santo que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios? La verdad nació de la tierra, no de la criatura angélica; puesto que no tomó la naturaleza de los Ángeles para salvarlos, sino que tomó la semilla de Abraham para redimir a sus hijos. Cosa excelsa es para el ángel el ser ministro del Señor, pero otra cosa más sublime mereció María, que fué *la de ser Madre del Señor*. Así la fecundidad de la Virgen es una

gloria sobreeminente, y por este privilegio único fué sublimada sobre todos los Ángeles; tanto más cuanto supera el nombre de Madre de Dios, al de simples ministros suyos. A ella la encontró la Gracia llena de gracia, para que fervorosa en la caridad, en la virginidad íntegra, en humildad devota, concibiese sin conocer varón, y diera a luz igualmente, sin dolor ni menoscabo de su virginidad. Más aún: el fruto que nació de ella se llama Santo, y es Hijo de Dios.

IV.—«*María, acueducto de las divinas gracias*»

Descendió por un *Acueducto* aquella vena celestial, no bajo la forma de una fuente copiosa, sino infundiendo gota a gota la gracia en nuestros áridos corazones: en unos ciertamente más y en otros menos. El *Acueducto*, sin duda anda lleno, a fin de que todos puedan participar de su plenitud, aunque no pueden recibir la misma plenitud.

Ya habréis advertido, si no me engaño, a quién me refiero al hablaros de ese *Acueducto*, que ha recibido la plenitud de la gracia de la misma fuente de ella, que es el corazón del Padre, y nos la ha franqueado, no en su totalidad, sino sólo en la medida en que podíamos nosotros participarla. No ignoráis a quién fueron dirigidas estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia*. ¿Y acaso nos admiraremos de que haya podido hallarse, o de que se haya podido formar tal y tan gran *Acueducto*, cuya cumbre, al modo de aquella escala que vió el Patriarca Jacob, tocase en los Cielos; más aún, atravesando los mismos Cielos, pudiese llegar hasta aquella vivísima fuente de las divinas aguas que están sobre los Cielos? Se admiraba de ello Salomón, y como quien desconfía de verlo realizado decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?* A la verdad, por eso faltaron durante tanto tiempo al

género humano las corrientes de la gracia, porque todavía no estaba interpuesto este deseable *Acueducto*, de que hablamos ahora. Ni nos admiraremos de que fuese aguardado largo tiempo, si recordamos cuántos años trabajó Noé, varón justo, en la fábrica del arca, en la cual sólo unas pocas almas, esto es, ocho, se salvaron, y esto para un tiempo bastante corto.

Pero ¿cómo llegó este nuestro *Acueducto* a aquella fuente tan sublime? ¿Cómo? Con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción y con la pureza de la oración, según está escrito: *La oración del justo penetra los Cielos*. A la verdad, ¿quién será justo, si no lo es María, de quien nació para nosotros el Sol de justicia? ¿Y cómo hubiera podido llegar hasta tocar aquella majestad inaccesible, sino llamando, pidiendo y buscando? Si, halló lo que buscaba aquella a quien se dijo: *Has hallado gracia a los ojos de Dios*. ¿Qué? ¿Está llena de gracia, y todavía halla más gracia? Digna es por cierto de hallar lo que busca, pues no la satisface la propia plenitud, ni está contenta aún con el bien que posee, sino que, así como está escrito: *El que de mí bebe, tendrá sed todavía*; pide el poder rebozar para la salvación del universo. *El*

Espíritu Santo, la dice el Ángel, *descenderá sobre ti*, y en tanta copia, en tanta plenitud infundirá en ti aquel bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes. Así es, en efecto, como lo experimentamos todos los días; por lo cual se alegran nuestros corazones al sentirse como perfumados con este óleo suavísimo, y por esto clamamos: *Bálsamo derramado es tu nombre*, y tu memoria permanece de generación en generación. Y no se crea que esto resulta en vano, pues aunque este bálsamo se derrama, no por eso perece; por cuanto él es la causa por la cual las doncellitas, esto es, las almas sencillas y candorosas aman al divino Esposo y le aman tan ardientemente, que este amor las unge, consagra y perfuma todas sus obras, aun las más insignificantes.

Considera atentamente, oh hombre, los consejos de Dios, reconoce los designios de su sabiduría, los designios de su bondad. Antes de derramar sobre la tierra el rocío celestial, humedeció con él todo el velloco: antes de redimir todo el linaje humano, depositó todo el precio en María. ¿Y con qué fin hizo esto? Quizá para que Eva pudiera justificarse por medio de su Hija, y cesar ya la queja del hombre contra la mu-

jer. No digas ya en adelante, oh Adán: *La mujer que me disteis por compañera, me dió del fruto de aquel árbol, y lo comí: dí más bien: La mujer que me disteis, me ha alimentado con un fruto bendito.* Consejo piadosísimo fué éste, sin duda; pero en el fondo de este mismo consejo se nos oculta otro más íntimo y secreto. El que hemos indicado no carece de sólido fundamento, pero, a mi parecer, no satisface plenamente nuestras aspiraciones. Tal vez si ahondamos más en este misterio sacaremos de él más sabrosa y nutritiva leche de consuelos celestiales. Tomemos, pues, el agua de más arriba y contemplemos con cuánto afecto de devoción quiso fuese honrada María por nosotros, aquel Señor que depositó en ella la plenitud de todos los bienes, a fin de que entendiéramos que, cuanto hay en nosotros de esperanza, de gracia y de salud, nos viene por mediación de aquélla que subió al cielo rebotando en delicias. Huerto es ciertamente de delicias, aquélla a quien no sólo acarició de pasada, sino que la agitó dulcemente con sus soberanos soplos aquel Astro divino, sobreviniendo en ella, para que por todas partes fluyeran y se difundieran sus aromas, es decir, los carismas de las gracias. Quitad este cuerpo solar que

ilumina al mundo: ¿cómo podrá haber día? Quitad a María, estrella del mar, de ese mar vasto y proceloso: ¿qué quedará sino obscuridad que todo lo ofusque, sombras de muerte y densísimas tinieblas?

Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón, y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso QUE TODO LO RECIBIERAMOS POR MARÍA. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro. Puesto que, mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consueta nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad. Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con sólo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas: Él te dió a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de Padre tal? Será oído sin duda por su respeto: pues, el Padre ama al Hijo. Mas, recelas acaso llegarte también a Él. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Este Hermano te lo dió María. Pero por ventura en Él también miras con temblor su majestad divina, porque aunque

se hizo hombre, con todo esto permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con Él? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda: será ella oída también por su respeto. Oirá sin duda el Hijo a la Madre, y oirá el Padre al Hijo. Hijos amados, esta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, *ésta es toda la razón de la esperanza mía.* ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler, o padecer Él repulsa? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no: mil veces no. *Hallaste, dice el Ángel, gracia en los ojos de Dios.* Dichosamente. Siempre ella encontrará la gracia, y sola la gracia es de lo que necesitamos. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón, ni riquezas ni honores, ni poder, sino gracia. A la verdad, sola es la gracia por la que nos salvamos.

¿Para qué deseamos nosotros, hermanos, otras cosas? Busquemos la gracia, y busquémosla por María: porque ella encuentra lo que busca, y no puede verse frustrada.

Ni una sola distracción...

En cierta ocasión, viajaba San Bernardo montado en una yegua; en, contró a un labriego, y comenzó a hablar con él lamentando la ligereza del corazón en sus oraciones. Cuando aquel hombre le hubo escuchado al punto le menospreció, afirmando que él tenía el corazón firme y sólido, No obstante, San Bernardo, queriéndole convencer y reprimir su temeridad, le dijo: "Alejaos algún espacio de nosotros, y comenzad la oración dominical con toda la atención de que sois capaz. Si la terminais sin una distracción, prometo daros la yegua sobre la que cabalga. Pero, debeis prometerme, con toda lealtad también, que si sufrís en el mismo tiempo una sola distracción, os guardareis bien de ocultármela". El labriego complacido y creyendo haberse ganado ya la yegua, tuvo la suficiente temeridad para retirarse, y después de haberse recogido, comenzó a recitar la oración dominical. No había concluído la mitad del *Pater*, cuando le atormentó un pensamiento: a saber, si la yegua le sería dada con su silla incluso. Entonces, habiéndose apercebido de su distracción, volvió al punto a encontrar a San Bernardo declarándole lo que le había inquietado durante su oración, y en adelante fué ya menos presuntuoso de sí mismo.

(De la "Legenda Sanctorum" de Voragine)

San Bernardo contra Abelardo

Resulta interesante y oportuno incluir en un número como el presente alguna muestra del epistolario de San Bernardo, y más cuando se trata de aquellas cartas dirigidas al Papa en que ataca al que fué oponente suyo y enemigo acérrimo de la Iglesia: Abelardo, de cuya figura, en lo que tiene de antinomia con la del Abad de Claraval, trata uno de los artículos. (*)

Figura apasionada y cálida la de San Bernardo; personalidad llena de profunda humanidad. En esas cartas podemos apreciar la violencia y la indignación que su alma sentía ante los graves errores que propalaba el filósofo racionalista; también aquel su personal y pasajero descorazonamiento ante las iniquidades y la desvergüenza de Abelardo y Arnaldo de Brescia: «a mí me mueve el afán de escaparme de estos escándalos y pesadumbres.»

Sin embargo San Bernardo nunca se dió por vencido; combatió siempre, quizá por haber comprendido como pocos el alcance de las herejías difundidas por sus adversarios. Y el ejemplo son esas cartas de extraordinaria enjundia que nos ofrecen uno de los aspectos —el de polémica— de aquel siglo XII, tan rico en promesas y en realidades, y en el que San Bernardo ocupa lugar preeminente.

CARTA AL PAPA INOCENCIO SOBRE PEDRO ABELARDO - AÑO 1140

A su amadísimo Señor y Padre Inocencio, por la gracia de Dios Sumo Pontífice de la Iglesia, el Hermano Bernardo, Abad de Claraval, todo cuanto vale y puede.

1. Es necesario que haya escándalos, pero así y todo no dejan de causar grave pesadumbre. Por esto exclamaba el Profeta: ¡Oh! ¡Quién me diera alas como de paloma para volar al descanso! (1) y decía el apóstol: que tenía ansias de dejar este cuerpo para descansar con Cristo. Y otro santo añadía: Ya he vivido bastante, Señor; tomad mi alma. No valgo yo ciertamente más que mis padres (2). En estos momentos tengo un sentir concorde con estos santos, ya que no posea iguales merecimientos. Háceme parecer a ellos el deseo de abandonar este mundo, donde me abruman las tribulaciones y me veo vencido por mi pusilanimidad. Sólo tema partirme de esta vida porque no me siento semejante a los santos en los méritos como en los deseos, y no estoy tan preparado como ellos. Pésame de vivir y no sé si me valdría más morirme: y en esto veo también que disto mucho de su santidad porque a ellos les espoleaba el ansia de un mundo mejor, mientras que a mí me mueve el afán de escaparme de estos escándalos y pesadumbres. Ellos decían: *Deseo librarme del cuerpo para vivir con Cristo* (3); en las cuales palabras se contenía

lor las iniquidades. Apenas habíamos un deseo vivo, mientras que lo que yo siento es pena y lo que quiero es librarme de ella. ¡Ay! ¡Que ni ellos podían conseguir lo que deseaban, mientras duraba esta vida lastimosa y miserable, ni yo podré sacudirme de lo que me molesta y aflige! Por esto ellos y yo concordamos en una misma voluntad de salir de esta vida, pero no en una misma intención.

2. ¡Necio de mí que me prometía descanso porque había terminado ya la furia del León (4) y había tornado la paz a la Iglesia! Mas he aquí que ella sigue en reposo, pero yo no lo puedo alcanzar. Habíame olvidado de que estoy en un valle de lágrimas y no me acordaba ya de que esta tierra en que hábito sólo germina para mí abrojos, cuyos brotes, por más que use del escardillo, se van multiplicando y acrecentando incesantemente y no dejan su sitio sino para que salgan luego otros nuevos. Bien me lo habían avisado y advertido, pero mucho mejor me lo ha enseñado la experiencia propia. Creía dormido mi dolor, y hallo que se renueva, y que las lágrimas inundan mis ojos porque se redoblan los golpes de la tribulación. Sobre un corazón, que habían dejado temblando de frío las escarchas, vinieron luego las nieves. ¿Qué hombre podrá resistir un frío semejante? (5). Por él se hiela cada vez más la caridad mientras cobran ca-

escapado de la garras del León venimos a caer en las fauces de un dragón, que tal vez sea más temible acechando en las sombras, que el otro rugiendo desde su trono. Aunque ¿qué digo en las sombras? ¡Ojalá sus envenenadas hojas estuvieran escondidas en los rincones de las bibliotecas y no se leyeran como se leen en público! Vuelan sus libros, corren de mano en mano, y siendo así que odian y aborrecen la luz como malos que son y enemigos de ella, se atreven a desafiar su claridad y a robarle su nombre para dárselo a las tinieblas. Ved cómo en villas y ciudades van substituyendo las nebruras a la luz; ved cómo en ciudades y villas dan a gustar sus ponzoñas cual si fueran mieles y aun mezclándolas perversamente con la miel. En una palabra, difúndense sus escritos de pueblo en pueblo y pasan de una a otra nación. Un nuevo Evangelio se está elaborando para las gentes, una nueva fe se predica, a los hombres, pónese por fundamento de las nuevas creencias otro bien diferente del que hasta aquí se ha tenido. Ya no se trata de las virtudes y de los vicios según los principios de la moral, ni se habla de los Sacramentos de la Iglesia con la sumisión debida y según las normas de la fe, ni se expone el misterio de la Santísima Trinidad con la simplicidad y discreción y reverencia convenientes; sino que se revuelve todo con desmesurada libertad y se proponen todas las verdades de un modo inusitado.

3. Adelántase el nuevo Goliat, de

(*) Ved página 381 el artículo.

(1) Ps., 54, 7.

(2) Reg., 19, 4.

(3) Philip., I, 23.

(4) Es decir, el cisma de Pedro de León.

(5) Ps., 147, 17.

espantable corpulencia, con todo el aparato de sus armas, precedido de su escudero Arnaldo de Brescia. Su cuerpo está apiñado de escamas entre sí tan apretadas, que no queda ningún resquicio por donde pueda penetrar ni el aire. Lanzó un zumbido la avispa que volaba por Francia y al punto le contestó la de Italia (6); y juntáronse los dos y confabuláronse contra el Señor y su Ungido. Tendieron el arco y apercibieron las flechas de sus aljabas y emboscáronse y acecharon para herir a traición los corazones sencillos. Hanse vestido con hábito y apariencia de piedad, y de esta manera engañan a tanto mayor número de fieles, cuanto que siendo verdaderos satanases se transfiguran en ángeles de luz. En efecto, adelantase este nuevo Goliat, de horrenda catadura, en compañía de su escudero, y, poniéndose entre los dos ejércitos, vocifera contra los escuadrones de Israel e insulta a las compañías de los santos, con tanta mayor audacia cuanto que sabe no hay ningún David para oponérsele. Ensalza a los filósofos con grandes loas, amenguando y mermando el prestigio de los Santos Padres; pone las peregrinas invenciones de aquéllos y sus novedades propias por encima de la fe y doctrina de los doctores católicos; y viendo que todos huyen medrosos de su fiero continente, señálame a mí, que soy el más pequeño, y me reta a combate singular.

En otras palabras: por habérselo él pedido, me escribió el arzobispo de Sens, señalándome día para la discusión, en la cual, delante de aquel prelado y de todos los sufragáneos y compañeros, debía Abelardo defender los perversos dogmas que propala y contra los que he tenido yo la osadía de protestar. De momento rehusé la invitación, ya porque no estoy avezado a esa clase de luchas, siendo así que él es hombre fogueado y guerreador por naturaleza, ya porque juzgo cosa indigna el tratar de justificar con flacas razones humanas los misterios de una fe, cuya certeza se apoya firmemente sobre la misma verdad. Añadí además que bastan sus mismos escritos para acusarle; y que de todos modos no era a mí, sino a los Obispos de la Iglesia, a quienes atañe el juzgar sobre los dogmas. ¿Esto dijiste? Levantó más la voz y gritó más desafortadamente que antes; llamó a cuantos pudo y convocó a sus cómplices. Lo que de mí les dijo a sus secuaces no lo voy a repetir aquí. Encargóse de hacer correr la voz de que en el día prefijado me daría en Sens una respuesta adecuada. Cundió la nueva y no pudo menos de llegar a

(6) Alude al versículo 18 del capítulo 7 de Isaías; la abeja de Francia es Abelardo, y la de Italia Arnaldo de Brescia.

mis oídos. Disimulé en un principio, porque no soy tal que me deje llevar y traer del rumor popular; pero tuve que ceder al fin, bien a mi pesar, y hasta derramando amargas lágrimas, a los ruegos e instancias de mis amigos que veían que se preparaban las gentes a este acto, como a un espectáculo, y temían que de mi retraimiento resultase escándalo para el pueblo y preponderancia para el enemigo. Para que el error, pues, no fuese en auge y recibiese confirmación por no haber quien lo contradijese, acudí al lugar señalado, en el día convenido, completamente desprovisto de armas y sin preparación alguna, con sola aquella sentencia del Evangelio, fija en mi mente: *No os preocupéis de lo que hayáis de responder, que en aquel mismo punto y hora ya se os dará lo que hayáis de decir* (7); y aquel otro pensamiento de la Escritura: *El Señor es mi ayuda, y nada temeré de lo que me puedan hacer los hombres* (8). Concurrieron al lance, no sólo los obispos y abades, sino una gran muchedumbre de religiosos y de maestros venidos de diferentes sitios, un buen número de clérigos señalados en erudición y ciencia, y el mismo Rey en persona. En medio de tan imponente concurrencia levantóse el adversario frente a mí, y entonces me puse a leer y comentar algunos capítulos escogidos de entre sus obras. Apenas había comenzado, cuando, no queriendo oírme un punto más, salióse afuera de la asamblea diciendo que apelaba a Roma contra cualquiera sentencia que pronunciaran aquellos jueces, que él mismo se había buscado. ¡Ilícito comportamiento, creo yo! Por esto resolvimos pasar adelante, y examinados sus temas por todos, hallóse que son contrarios a la fe y están en pugna con la verdad. Esto os digo para mi descargo, porque no me vayan a tachar ahora delante de vos de haber obrado con mucha ligereza y poca prudencia en un asunto de tanta gravedad.

4. Yo dejo a vuestro juicio ¡oh soberano sucesor de Pedro!, resolver si está bien que la sede del príncipe de los Apóstoles ampare a quien osó impugnarles en la fe que predicaron. Vos que sois el amigo del Esposo veréis si debéis defender a la Esposa contra las palabras calumniosas de los impíos y los dichos falaces de los pecadores. Y si me permitís que me tome alguna libertad para hablar a mi Señor, yo os preguntaré, amadísimo Padre, si no será bueno que me miréis por vos mismo y por lo que debéis a la gracia de Dios que mora en vuestra persona. ¿No es

(7) Matt., 10, 29.

(8) Ps. 117, 6.

verdad que cuando más poquita cosa os considerabais, según vuestro propio juicio, vino el Señor y os encumbró sobre todos los reinos y razas? ¿Y para qué lo dispuso así sino para que arrancarais y destruyérais, edificarais y plantarais? Parad atención a lo que hizo por vos el que se dignó llamaros de la casa de vuestro padre y ungiros con el óleo de su misericordia. ¡Cómo desde entonces os colmó el alma de bienes y prosperó a la Iglesia por vuestro medio! ¡Cuántas malas plantas se arrancaron del campo del Señor y fueron destruidas ante la faz de los cielos y la tierra, con tanto poder y fuerza como provecho! ¡Cuántas buenas obras se edificaron y cuántas buenas semillas se plantaron, cultivaron y propagaron! En vuestro tiempo permitió Dios que resucitara el furor de los cismáticos para que os cupiera la gloria de vencerlos y rendirlos. Vimos al necio, que presumía sentarse sobre firme base, hundirse con todas sus gallardías en el abismo de la maldición. Vimos al impío, ensorbido hasta los cielos, que se adelantaba, alta la cabeza como los cedros del Líbano; y apenas hubo pasado quedó desvanecido como nada. Conviene que haya herejías y cismas para que sean las gentes probadas y manifiesten lo que dan de sí. Y por esto, como ya he dicho, quiso el Señor probaros con el cisma; y os halló fiel. Mas para que ningún mérito falte a vuestra corona, he aquí que ahora levantan también las herejías su cabeza. Llegad, pues, vos a la consumación de vuestras virtudes y para poner el colmo a vuestros merecimientos y no ser menos que vuestros gloriosos antecesores, cazad ahora, amadísimo Padre, todas las zorras que hacen riza y estrago en la viña del Señor, y hoy que son pequeñas acabad con ellas, antes que crezcan y se multipliquen y hagan imposible, para los que vengan, el remedio que ahora tenéis tan a mano. Aunque tampoco son ya tan pequeñas como eso; algunas hay bien talluditas y que se harán muy pronto grandes del todo, si con mano fuerte no las extermináis. Jacinto (9) ha mostrado bastante animosidad contra mi persona, pero no ha hecho todo el mal que quería, ni aun el que pudo hacer. Me parece que debo soportarle con paciencia, aunque la misma animosidad que demuestra contra mí la extiende contra vuestra Santidad y la Curia Romana. Pero ya os lo diré todo de viva voz este mi Nicolás (10), tan devoto vuestro como mío.

(9) Ignoramos quién sea este Jacinto.

(10) Este Nicolás era monje de Claraval. Más tarde fué secretario de San Bernardo, aunque después le hizo traición y abandonó la Orden.

CARTA AL PAPA INOCENCIO

EN NOMBRE DEL ARZOBISPO DE REIMS Y DE OTROS PRELADOS, SOBRE ABELARDO

A su reverendísimo Señor y Padre Santísimo, Inocencio, por la gracia de Dios Pontífice soberano de la Iglesia, SANSON arzobispo de Reims, JOSE-LIN obispo de Soissons, GODOFREDO obispo de Charlons-sur-Marne y ALVISO obispo de Arrás, le ofrecen todo el voluntario homenaje de sumisión que le deben.

1. Los muchos negocios que ocupan vuestra atención nos obligan a ser breves en la exposición de un asunto prolijo de suyo y enojoso, sobre el cual tenemos noticia que ya os escribió con más detenimiento y pormenores, el señor arzobispo de Sens. Pedro Abelardo se esfuerza por destruir la verdad de la fe, propalando que la razón humana, por sí sola, puede comprender a Dios y abarcarlo en toda su grandeza. Levántase a escudriñar los cielos y descendiendo a sondear los abismos. Nada hay que se oculte a su mirada, así se esconda en lo más profundo de los infiernos como se refugie en lo más recóndito de la gloria. Siéntese mi hombre grande a sus propios ojos, y disputa de la fe contra la misma fe. Anda tan hinchado y pagado de sí mismo que no le impone ni la misma majestad de Dios, y es un pobre inventor de here-

jías. Había ya acabado un libro sobre una Trinidad, a su manera, pero el Legado de la Iglesia Romana lo halló tan plagado de herejías que lo condenó al fuego. ¡Maldito quien reedifique sobre las ruinas de Jericó! Mas a pesar de esto resucitó el librejo aquel de entre las cenizas, y con él, muchas herejías que dormían se levantaron y aparecieron a muchos. Su doctrina se extendió como los sarmientos de la vid hasta los litorales del mar y llevó sus retoños hasta la misma Roma. Y de aquí su jactancia y vanagloria; porque dice que en la Curia es donde halló cojín el monstruo para reclinar su cabeza. Por eso cobra coraje y llamea con nuevos incentivos su furor.

2. Y por eso mismo, cuando el abad de Claraval, armado de celo por la fe y la justicia, le apretó con sus argumentos, delante de toda la asamblea de obispos, ni se atrevió a negar ni quiso confesar nada; sino que se escapó de allí rechazando a los jueces que él mismo se había buscado; y sin que hubiese razón alguna para ello, pues ni se le había hecho entuerto ni se le había ofendido, apeló a la Sede Apostólica, para dar tiempo a que se prolongara su iniquidad. Los obispos que se habían congregado para juzgar

en este asunto, deferentes por su parte y rendidos en todo a vuestra Santidad, os dejaron a vos el determinar lo que mejor os pareciese respecto de la persona de Abelardo, y se contentaron con poner censuras a los pasajes de sus libros que contenían doctrina condenada por los Santos Padres; y esto para que la ponzoña no se extendiera y sólo por vía de medicina que atajase el mal. Ahora bien, como nuestro hombre llevase tras sí la gente menuda del pueblo, que da fe a sus palabras, es necesario que acudáis prestamente a cortar el contagio con un remedio eficaz y rápido. Porque tarde llega la medicina cuando por las demoras se hizo el mal incurable (1). Hemos ido en este asunto tan adelante como nos ha permitido nuestro atrevimiento; lo que resta vos lo habéis de hacer, Beatísimo Padre, para que el limpio esplendor de la Iglesia no se manche durante vuestro pontificado con ninguna herejía. A vuestro cuidado ha sido encomendada la Esposa de Cristo, como amigo que sois del Esposo; deber vuestro es devolvérsela a Cristo pura y virginal, como corresponde a tal Esposo.

(1) Ovidio, *Remed. amor.* vers. 1.

Una participación de la ganancia

Un monje que, en el siglo, había sido bergante y jugador, se vió tentado por el maligno espíritu a volver al mundo. Pues bien, no pudiéndole Bernardo retener, le preguntó de qué viviría. Aquél le respondió: «Sé jugar, y con ello soy capaz de mantenerme». Bernardo le dijo: «Si te confío mi capital, ¿querrás volver todos los años y partir los beneficios?» Cuando el monje oyó esta proposición, se alegró en gran manera, y prometió que volvería de buena gana. Bernardo ordenó, pues, que le fuesen entregadas veinte monedas de oro y el hombre marchó con aquel dinero. Pues bien, el santo varón obraba así con objeto de hacerle volver una segunda vez, como efectivamente ello ocurrió más tarde. El desgraciado se fué, pues, y lo perdió todo: entonces retornó muy confuso a la puerta del monasterio. Cuando el varón de Dios tuvo conocimiento de su llegada, lleno de alegría se dirigió hacia él y extendió su manto para participar de la ganancia. Y el otro dijo: «Nada, padre mío, no he ganado nada absolutamente; por lo contrario, he perdido el capital: si quereis, recibidme a mí a cambio de vuestro capital». Bernardo le replicó bondadosamente: «Si así es, digo, más vale recibir esto, a perderlo todo».

(De la «Legenda Sanctorum» de Vorágine)

LIBRO DE LAS ALABANZAS Y EXHORTACIONES A LOS CABALLEROS DEL TEMPLE

Acababa de pasar San Bernardo por una agudísima crisis de su salud, crisis que estuvo a punto de ocasionarle la muerte. Vióse milagrosamente curado por la intervención de la Santísima Virgen, a la que él vió acercarse a su lecho y acariciarle suavemente la cabeza y el rostro. Entonces, todavía convaleciente, fué requerido para asistir al Concilio de Troyes donde había de tratarse de la aprobación de la Orden del Temple y de la Regla que hubieran de adoptar.

A pesar de sus achaques, el Santo Abad de Claraval, con su entusiasmo y su capacidad inagotable de trabajo, vino a ser el fautor principal de la Regla. Después, una vez que hubo regresado a Claraval, y a instancias de Hugo de Paganis, Gran Maestro de los Templarios, escribió su libro *De laude novae militiae*.

Constituye esta obra, como ya indica su título, una alabanza de la milicia recientemente formada, con la intención y el propósito de justificar para el cristiano el «uso de la espada y el oficio de soldado», y a continuación glorificar la novedad que representaba dicha organización que, por otra parte, tuvo un fin harto desgraciado y cuya trágica disolución fué uno de los sucesos más célebres del siglo XIV.

No dudamos que nuestros lectores leerán con interés algunos fragmentos de tan famosa obra que reflejan admirablemente el entusiasmo de un hombre—San Bernardo—, y el de una época—el siglo en que vivió—.

ELOGIO DE LA NUEVA MILICIA

Un nuevo género de milicia óyese decir que ha nacido sobre la tierra, y precisamente en aquella región donde en otro tiempo vino a visitarnos en carne mortal el Sol Naciente que bajó a la tierra desde lo más alto de los cielos; de suerte que allí mismo donde El dispersó con el poder de su robusto brazo a los príncipes de las tinieblas, acabe ahora con los satélites de aquellos, hijos de la infidelidad y de la confusión, por medio de esta milicia de soldados fuertes y valerosos. Ella rescatará de nuevo al pueblo de Dios y otra vez suscitará un poderoso salvador en la casa de David su siervo. Sí, un nuevo género de milicia ha nacido, desconocido en los pasados siglos, destinado a pelear sin descanso un doble combate, contra la carne y sangre y contra los espíritus malignos que pueblan los aires. Cierta que cuando veo combatir con solas las fuerzas corporales a un enemigo también corporal, no sólo no lo tengo por caso maravilloso, pero ni siquiera lo juzgo raro. Cuando observo igualmente cómo las fuerzas del alma traban pelea contra los demonios, tampoco me parece esto asombroso, aunque sí muy digno de alabanza, pues lleno está el mundo de monjes, y todos suelen sostener esta clase de luchas. Mas cuando se ve que un solo hombre cuelga al cinto con ardimiento y coraje su doble espada y ciñe sus lomos con un doble cingulo ¿quién no lo juzgará caso insólito y digno de grandísima admiración? Intrépido y bravo soldado aquél que al mismo tiempo que reviste su cuerpo con una coraza de acero guarece su alma bajo la loriga de la fe; puede gozar de completa seguridad porque, apercebido con estas dobles armas defensivas, ni ha de temer a los hombres ni a los demonios. Es más, ni siquiera tiene miedo a la muerte, antes la desea. ¿Qué podría espantarle ni vivo ni muerto, cuando Cristo es su vida y el morir lo considera como su mejor ganancia? Permanece armas al hombro confiadamente y sin la menor zozobra por el amor de Cristo, pero desearía más bien acabar de soltarse del cuerpo para estar junto con Cristo; pues esto último es lo mejor. Marchad, pues, al combate con firme y recio paso, soldados, y cargad con ánimo valeroso contra los enemigos de Cristo, bien seguros de que ni la muerte ni la vida podrán separaros de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús. En el fragor del combate proclamad: *sea que vivamos, sea que muramos,*

pertenecemos al Señor. ¡Cuán gloriosos vuelven cuando tornan triunfantes de la batalla! ¡Por cuán bienaventurados se tienen cuando mueren como mártires en el campo de la pelea! Alégrate, fortísimo atleta, si vives y vences en el Señor: pero regocíjate más, y alborózate, y cólmate de júbilo, si mueres y te unes al Señor. La vida te es ciertamente provechosa y de gran utilidad, y el triunfo te trae consigo verdadera gloria, pero no sin gran razón se antepone a todo eso una santa muerte. Porque si son bienaventurados los que mueren en el Señor ¡cuánto más lo serán los que sucumben por El!

Verdad ciertísima es que ya les visite en el lecho, ya les sorprenda en el fragor del combate, siempre será preciosa en el acatamiento del Señor la muerte de sus Santos. Pero en lo encendido de la batalla será tanto más preciosa cuanto más gloriosa. ¡Oh vida segura cuando va acompañada de la buena conciencia! ¡Oh, vida segurísima, repito, cuando ni siquiera la muerte es esperada con recelo, antes se la desea con amorosas ansias, y se la recibe con dulce devoción! ¡Oh verdaderamente santa y segura milicia, libre de aquel doble peligro que suele espantar a los hombres con frecuencia, cuando no es Cristo el que les pone en la pelea! ¡Cuántas veces al trabar combate con tu enemigo, tú que militas en los ejércitos del siglo, has de temer que matándole a él en el cuerpo, al mismo tiempo das muerte a tu alma, o que siendo tú muerto por el acero de tu rival, pierdas juntamente la vida del alma y la del cuerpo! Porque no es por el resultado material de la lucha, sino por los sentimientos del corazón por lo que juzgamos los cristianos acerca del peligro que se ha corrido en una guerra o de la victoria que se ha reportado; porque si la causa que se defiende es buena, no podrá ser nunca malo el resultado, sea cual fuere el éxito: del mismo modo que no podrá tenerse por buena la victoria al final de la campaña, cuando la causa por la que se empezó no lo fué y los que la provocaron no tuvieron recta intención. Si con voluntad de dar muerte a otro sucedi que eres tú el muerto, no obstante esto, mueres ya homicida. Y si prevaleces sobre tu contrario y llevado del deseo de vencerle le matas; aunque vivas, eres homicida también. ¡Malaventurada victoria en la cual, triunfando del hombre, sucumbes al pecado!

DE LA MILICIA SEGLAR

¿Cuál será, pues, el fruto y resultado final de lo que no quiero decir milicia, sino malicia seglar? ¿cuál será, pregunto, si el que mata peca mortalmente y el que cae muerto perece para toda la eternidad? *Porque si la esperanza hace arar al que ara*, como dice el Apóstol, y *el que trilla lo hace con la esperanza de percibir el fruto*; ¿qué estúpido error es ese en que vivís, oh soldados del siglo? ¿qué furia frenética os arrebató para que de tal modo guerreéis pasando enormes trabajos y gastando toda vuestra hacienda, sin más resultado que venir a parar en el pecado o en la muerte? Vestís vuestras caballos con gualdrapas rozagantes de finas sedas; colgáis de vuestras corazas y lorigas no sé qué aironcillos volanderos y colgantes de diversas telas; pintáis las astas de las adargas, las fundas de los escudos y rodela, las sillas de montar; mandáis haceros de oro y plata los frenos y espuelas, que esmaltáis de pedrería, y así, con toda pompa, llenos de vergonzoso furor e imprudente necedad cabalgáis a buen paso hacia la muerte. ¿Son éstos acaso adornos propios de caballeros y soldados o más bien melindrosos atavíos femeniles? ¿Acaso la daga del adversario retrocederá ante el brillo del oro? ¿respetará las ricas piedras? ¿no se atreverá a tajar y desgarrar las sederías? En fin, ¿no os ha enseñado a vosotros mismos la experiencia de cada día que para un soldado en campaña lo más necesario son tres cosas, conviene a saber: valor, sagacidad y cautela para parar los golpes del enemigo, expedición y agilidad de movimiento que le permita ir ligero en su seguimiento y persecución, y por último, que esté siempre pronto y expedito para herirle y derribarle? A vosotros os vemos, por el contrario, que cultiváis con esmero vuestra cabellera a usanza mujeril, lo cual redundará en perjuicio de vuestra vista en el alboroto de la pelea, os envolvéis con luengos camisones que os llegan hasta los pies y os traban, y en fin, sepultáis en holgados y sobrados manguitos vuestras manos delicadas y tiernas. Sobre todas estas cosas añadid lo que más puede amedrentar la conciencia de un soldado que sale a campaña, quiero decir, el motivo liviano y frívolo por el cual tuvo la imprudencia de meterse en una milicia tan llena de peligros. Porque es bien cierto que todas vuestras diferencias y guerras no nacen más que de ciertos movimientos de cólera, o de vanos deseos de gloria, o de ambición por conquistar alguna ventaja terrena. Y por semejantes causas, claro está, que no se puede con segura conciencia ni matar ni morir.

DE LOS SOLDADOS DE CRISTO

No sucede así con los soldados de Cristo; ellos sí que pueden con absoluta seguridad de conciencia pelear las batallas del Señor, sin temor de cometer pecado por la muerte del enemigo ni desconfianza de su salvación, en caso de sucumbir. Porque dar o recibir la muerte por Cristo no sólo no implica ofensa de Dios ni suerte alguna de culpa, sino por el contrario, merece mucha gloria; puesto que en el primer caso el hombre lucha por su Señor y en el segundo el Señor se da al hombre por premio; ya que Cristo mira con agrado la venganza que se le hace de su enemigo, y todavía con agrado mayor se ofrece El mismo por consuelo al que cae en la pelea. Así, pues, digamos una y otra vez que el caballero de Cristo mata con seguridad de conciencia y muere con mayor confianza y seguridad todavía. Ganancia saca para sí, si sucumbe; y triunfo para Cristo, si sale vencedor. No lleva sin motivo la espada al cinto. Ministro de Dios es para castigar severamente a los que se profesan sus enemigos; de su Divina Majestad ha recibido el acero, para castigo de los que obran mal y exaltación de los que practican el bien. Cuando quita la vida a un malhechor no se le ha de llamar homicida, sino *malicida*, si es que puedo expresarme así; ejecuta a la letra las venganzas de Cristo sobre aquellos que obran la iniquidad, y con razón adquiere el título de defensor de los cristianos. Si le matan a él, no decimos que se ha perdido, sino que se ha salvado. La muerte que da es para gloria de Cristo; y la que recibe, para la suya propia. En la muerte de un gentil puede gloriarse un cristiano porque sale glorifi-

cado Cristo; en morir valerosamente por Cristo se pone de manifiesto la liberalidad del gran Rey, puesto que saca a su caballero de la tierra para darle la recompensa. Así, pues, el justo se alegrará cuando el primero de ellos sucumba, pues ve aparecer la divina venganza. Empero si cae el guerrero del Señor, dirá: *¿Acaso no habrá recompensa para el justo? Indudablemente que sí; puesto que hay un Dios que juzga a los hombres sobre la tierra*. Claro está que no se habría de dar muerte a los gentiles, si se los pudiese refrenar por otro cualquier medio, a fin de que no acometiesen y apretasen a los fieles y les oprimiesen. Pero por el momento, mejor es que se acabe con ellos que no dejar en sus manos la vara con que han de esclavizar a los justos, no sea cosa que éstos se pasen con armas y bagajes al partido de la iniquidad.

Pues ¿qué? Si no fuera lícito en absoluto al cristiano herir con la espada, ¿cómo es que el precursor y heraldo de Cristo, San Juan, predicando a los militares les exhortaba a contentarse con la soldada y no les prohibía en absoluto que continuasen en su profesión? Ahora bien, si por particular providencia de Dios se permite herir con la espada a los que han tomado el oficio de soldado, sin aspirar a otro género de vida más perfecto, ¿a quién, pregunto yo, le será más permitido que a los valientes, por cuyo brazo esforzado retenemos todavía la fortaleza de la ciudad de Sión, como baluarte protector adonde pueda acogerse el pueblo santo, guardián de la verdad, después que hayan sido expulsados los violadores de la ley divina? Disipad, pues, y deshaced sin temor a esas gentes que no respiran más que guerra, haced tajos a los que siembran entre vuestras filas el miedo y la duda, acuchillad lejos de la ciudad del Señor a los que obran la iniquidad y arden en deseos de saquear todos los tesoros del pueblo cristiano que encierran los muros de Jerusalén, que no codician más que apoderarse del santuario de Dios y profanar todos nuestros santos misterios. Desenváinense la doble espada espiritual y material de los cristianos y descargue con fuerza sobre las cervices de los enemigos, para destruir así todo lo que se yergue contra la ciencia de Dios, es decir, contra la fe de los seguidores de Cristo; no digan nunca los infieles: *¿Dónde está su Dios?*

Cuando ellos anden huídos y derrotados entonces volverá el Señor a tomar de nuevo posesión de su herencia y tornará a su mansión de la cual dijo irritado en el Evangelio: *He aquí que vuestra casa va a quedar desierta y arruinada*, y mucho antes se había lamentado de esto mismo por uno de sus Profetas, diciendo: *He tenido que desamparar mi Casa y Templo, y dejar abandonada mi heredad*. Sí, entonces se cumplirá aquel anuncio profético que dice: *El Señor ha redimido a su pueblo y le ha librado de las manos del prepotente; y así vendrán y cantarán himnos a Dios en el monte Sión, y correrán en tropa a gozar de los bienes del Señor*. Alborózate, Jerusalén, que ha llegado el tiempo en que te visita tu Dios. Llenaos también de júbilo, desiertos de Jerusalén, y prorrumpid en alabanzas, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido su ciudad santa y ha levantado poderosamente su brazo ante los ojos de todas las naciones. Virgen de Israel, habías caído sin que hubiera quien te diese la mano para levantarte. Yérguete ya, sacúdete el polvo de las vestiduras ¡oh, virgen, cautiva hija de Sión! Levántate, repito, súbete a lo más cimero de tus torres, y atalaya desde allí los ríos caudalosos de gozo y alegría que el Señor hace correr hacia ti. Ya no te llamarán en adelante la abandonada; ni tu tierra se verá por más tiempo desolada, porque el Señor se ha complacido en ti, y tornarás a ver repoblados tus campos. Vuelve tus ojos alrededor y mira: todos estos se congregaron para venir a ti. He ahí el socorro que te ha sido enviado de lo alto. Por ellos, te será cumplida la antigua promesa que dice: *Yo haré que seas la gloria más excelsa de los siglos y el gozo más puro de todas las generaciones venideras; te alimentarás con la leche de las naciones y te criarán pechos regios*. Y en otra parte añade: *Como una madre acaricia a sus hijitos, así os consolaré y acariciaré a vosotros, y hallaréis vuestra paz y consolación en Jerusalén*. Ya veis con cuán numerosos testimonios antiguos queda aprobada vuestra nueva milicia y cómo se cumplen ante vuestros ojos los oráculos, relativos a la ciudad del Señor de las virtudes. Con tal, empero, que el sentido literal no sea obstáculo para que entendamos y creamos en el espiritual, de manera que la interpre-

tación que damos ahora en la tierra a las palabras de los Profetas no nos impida ni estorbe el esperar verlas cumplidas en la eternidad gloriosa; no sea que por lo que vemos se nos desvanezca lo que nos dice la fe; y por lo poco que tenemos, perdamos la esperanza en las riquezas más abundantes, y en fin, por la certeza de lo presente nos olvidemos de lo futuro. Por lo demás, la gloria temporal de la Jerusalén terrena no sólo no destruye o disminuye los goces que tendremos en la celestial, pero antes los aumenta, si tenemos bastante fe y no dudamos que esta de aquí abajo sólo es figura de la de los cielos que es nuestra madre.

SOBRE LA VIDA QUE HAN DE LLEVAR LOS SOLDADOS DE CRISTO

Mas para ejemplo, o mejor, para confusión de nuestros soldados, que sirven al diablo más que al Señor, digamos en pocas palabras cuál ha de ser la vida y los hechos de los Caballeros de Cristo y cómo se han de haber en tiempo de paz y en días de guerra, para que se vea claramente cuánta es la diferencia entre la milicia del siglo y la de Dios. Y ante todas cosas, lo mismo en la una que en la otra se da grandísima importancia a la obediencia y se tiene a mucha gala la disciplina, porque todos saben cuánta verdad se encierra en aquello que dice la Escritura: *El hijo indisciplinado perecerá*. Y en aquello otro: *El desobedecer al Señor es como un pecado de magia y como un crimen de idolatría el no querer someterse a lo que se le manda*. Van, pues, y vienen estos buenos soldados a una señal del que les manda, se ponen los vestidos que ordena el capitán, no comen alimento ni visten uniforme fuera de los señalados por él. Y lo mismo en el comer que en el vestir evitan todo lo superfluo y sólo se contentan con lo necesario. Hacen vida en común dentro de una alegre pero modesta y sobria camaradería, sin esposas y sin hijos. Para que nada falte a la perfección evangélica, no poseen nada propio y no piensan más que en conservar entre sí la unión y la paz. Dijerais que toda aquella muchedumbre de hombres tiene un solo corazón y una sola alma, hasta tal punto ninguno de ellos quiere regirse por su propia voluntad, sino seguir en todo la de aquel que manda. Jamás están ociosos ni vagan de aquí para allá en busca de curiosidades, sino que en todo tiempo, cuando no están en campaña, lo que ocurre raras veces, a fin de no comer el pan de balde se ocupan en limpiar, remendar, desenmohecer, componer y reparar tanto las armas como los vestidos, para defenderlos y conservarlos contra los ultrajes del tiempo y del uso, y cuando esto no, obedecen a lo que les ordena el capitán y trabajan en lo que es necesario para todos. No veréis que hagan acepción de personas; respetan y obedecen siempre al que hace las veces de Dios, sin tener cuenta de si es o no el más noble. Anticipanse unos a otros en las muestras de honor y de deferencia, comportan las cargas unos de otros, y con esto cumplen la ley de Cristo. No se estilan entre ellos palabras arrogantes, ni ocupaciones inútiles, ni risas descompuestas, ni las más leves murmuraciones, de suerte que si alguno se desmandase en esto no quedaría sin la debida co-

rrección. Aborrecen los juegos de manos y los de azar: tampoco se dedican a la caza, ni se permiten la de cetrería, aunque tan generalizada. Abominan de juglares, de mágicos y de bufones, cuyo trato evitan con cuidado: detestan las tonadillas jocosas, las comedias y toda clase de espectáculos, como que son puras vanidades y necedades engañosas. Córtaanse el pelo, sabiendo por las enseñanzas del Apóstol que es una vergüenza para los hombres el peinar largas guedejas. Nunca se acicalan el cabello, rara vez se bañan, andan con la barba hirsuta, generalmente cubiertos de polvo y ennegrecidos por las cotas de malla y tostados por el sol.

Cuando se acerca la hora del combate, ármense de fe en su alma y cúbrese por de fuera de hierro, no de oro, a fin de que así, bien apercebidos de armas, no adornados con joyas, infundan miedo y pavor a sus enemigos sin excitar su codicia. Buscan caballos fuertes y veloces, no hermosos y bien enjaezados, pues piensan más en vencer que en lozanear, y lo que desean no es precisamente causar admiración y pasmo sino turbación y miedo. Y llegado el momento de comenzar la pelea, no se lanzan a ella impetuosos y turbulentemente, como llevados en alas de la precipitación, sino con toda prudencia y exquisita cautela ordenándose todos en columna cerrada para presentar batalla, según leemos que solía hacerlo el pueblo de Israel. Mostrándose en todo verdaderos Israelitas, se adelantan al combate pacífica y sosegadamente. Pero apenas el clarín da la señal de ataque dejando súbitamente su natural benignidad parecen gritar con el salmista: *¿No hemos odiado, Señor, a los que te aborrecían? ¿no nos hemos consumido de pena al ver la conducta de tus enemigos?* Y así cargan como un torbellino sobre sus adversarios como si se metiesen entre un rebaño de corderos, sin que, apesar de lo exiguo del número, se intimiden ante la cruelísima barbarie y muchedumbre casi infinita de las huestes contrarias. Aprendieron ya a poner toda su confianza, no en las propias fuerzas, sino en el poder del Señor Dios de los ejércitos, en quien está la victoria; el cual, como sabemos por los Macabeos, puede fácilmente por medio de un puñado de valientes acabar con multitudes numerosas, y sabe librar a sus soldados con igual arte de las manos de pocos como de muchos enemigos; porque no está el triunfo en la muchedumbre de guerreros, sino que la fortaleza para vencer descende de lo alto. Experiencia grande tienen ellos de esta verdad, porque más de una vez les ha ocurrido derrotar y poner en fuga al enemigo, peleando en la proporción de uno contra mil y de dos contra diez mil. En fin, estos soldados de Cristo, por modo maravilloso y singular, se muestran tan mansos como corderos y tan fieros como leones, de suerte que no se sabe si llamarlos monjes o guerreros, o darles otro nombre más propio que comprenda estos dos, puesto que saben juntar la mansedumbre de los unos con el valor y fortaleza de los otros. Acerca de todo lo cual ¿qué decir, sino que esto todo es obra de Dios, y obra admirable a nuestros ojos? He aquí a los hombres fuertes que el Señor ha ido eligiendo desde un confín del mundo al otro, entre los más bravos de Israel, para hacerlos soldados de su escolta, a fin de que guardaran el lecho del verdadero Salomón, es decir, el Santo Sepulcro, en cuyo derredor los ha puesto para que estén alerta como centinelas fieles, armados de espada y habilísimos en el arte de la pelea.

EL VERANEIO Y EL CINE

Hace calor, mucho calor. Esta frase —lugar común, en pleno verano— viene a los puntos de mi pluma con fuerza irresistible, bajo el imperativo de una realidad insoslayable. Demasiado insoslayable. Y en mi imaginación cansada, sumergida en los vapores de una temperatura sofocante, se perfila, con risueñas apariencias, una perspectiva halagadora.

Esta perspectiva tiene un nombre, pueril si queréis, pero casi mágico: vacaciones. Para otros seres más afortunados —o menos, quién lo sabe—, tiene una significación de mayor densidad en el tiempo: veraneo. Es decir, no unos días ni unas semanas, sino toda una estación del año, consagrada al descanso, al cambio de aires, de aguas o, siquiera, de ambiente. Y en tantos —demasiados— casos, a otras muchas cosas no tan saludables y sí funestas para la finalidad auténtica del veraneo y para la salud espiritual de los que a él se entregan.

Hace calor, sí. Y la perspectiva de unas semanas de asueto en el campo, me ayuda a apurar con más decidido ánimo mis tareas. Entre ellas, ocupa no escaso lugar mi contacto con los lectores de la prensa diaria —y de otras publicaciones periódicas—, donde, entre otras cosas, me incumbe la no siempre placentera misión de enjuiciar los estrenos cinematográficos. Y después de diez meses de ver cine y hablar de cine casi todos los días, parece lógico el deseo de orear el espíritu y los pulmones, y olvidar, siquiera por unas semanas, que existe el llamado séptimo arte.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Y con un pie, casi, en el estribo del tren que ha de llevarme a mi grato remanso veraniego, una llamada telefónica me impone un nuevo deber. Dispone de mí, en este caso, por designio de la Providencia, el Jefe de Redacción de CRISTIANDAD.

—Escríbeme algo para el próximo número —me dice una voz cordial y amiga, desde el otro extremo del hilo telefónico—. Algo de lo tuyo —y aquí añade unas frases amables y unos elogios que, por inmerecidos, yo rechazo—. Cuento —insiste— con un artículo tuyo... sobre cine. No dejes de enviármelo...

¡Sobre cine! Dios sea loado. ¡Adiós mi afán de evasión, de huida temporal de mi obligado tema cotidiano! Durante mis vacaciones —simulacro de veraneo—, yo pensaba escribir, es cierto. Pero no sobre cine. Un venerable hombre de leyes que, hace algún tiempo, recalaba todos los veranos en el risueño pueblo donde redacto estas líneas, solía entretener sus ocios cultivando, por su propia mano, un pedazo de huerto flanqueado de viñedos y de olivos. Y a la curiosidad y extrañeza de quienes sorprendíanle ocupado en tales menesteres campesinos, ponía él, con una inefable, campechana sonrisa, un breve y sencillo comentario: el de esta conocida definición, expresada por el buen anciano con sentenciosa cordialidad:

—El descanso consiste, únicamente, en cambiar de trabajo.

A mí no me queda ni este recurso. ¿Veraneo? ¿Vacaciones?... He de escribir. Y escribir ¡sobre cine! Aquí, a la sombra acogedora de unos pinos añosos, poblados, llegado el mediodía, de cigarras monótonas, ébrias de sol y de luz; aquí, frente a un vasto, ondulante paisaje, limitado, en su horizonte, por la mole ciclópea del Montserrat, erguido bajo un denso océano de nubes; aquí, en fin, sumido en la sedante paz campestre, arpeggiada de risas infantiles y bullicio de pájaros, he de escribir, una vez más, un artículo de cine. Vacaciones... y cine. Cine y vacaciones...

He dirigido la mirada a la Montaña Santa, trono sin par de la Maternidad divina; sede de una Comunidad ilustre;

acervo de virtudes y de saber; hogar de ciencia cristiana y de cultura erudita, al amparo dulcísimo de la Virgen Morena. ¡Montserrat! ¿No es, acaso, un ejemplo perfecto de perfecta Cristiandad?

Y este nombre sacude mi espíritu y me hace enrojecer ante mi sorda rebeldía. ¿Cómo he podido dudar, revolverme un solo instante ante mi deber?

Voy, pues, alegremente, decididamente, a pergeñar mi artículo. Y de pronto, vagando aún en mi mente, pertinaz, obsesionante, aquella palabra o palabras de mágico atractivo —vacaciones, veraneo—, doy con el título y con la concreción del tema: "El veraneo y el cine". ¿Por qué no? El cine, que tanto ha influenciado, por desdicha, nuestra vida social, nuestras costumbres, ¿no ha influenciado, acaso, el veraneo —una de ellas— de la moderna sociedad, aun la de aquella que se precia de cristiana?

Tema interesante, sin duda, cuya innegable trascendencia requeriría pluma mejor cortada que la mía para su análisis y desarrollo, y cuya completa explanación exigiría un espacio de que aquí no dispongo. Trataré, con todo, de esbozarlo, siquiera en sus líneas generales y de más clara significación.

* * *

La costumbre de abandonar, en verano, la ciudad para ir en busca de más apacible temperatura, ya sea al campo, a la montaña o junto al mar, era, en otros tiempos, motivada por dos causas respetables y legítimas: el deseo de descanso, merecido tras la laboriosa invernada, o la necesidad de reponer, de medicar una salud precaria o quebrantada por reciente dolencia. De esas dos causas nacieron los balnearios junto a las fuentes de aguas medicinales, y las villas de recreo en aquellos parajes cuyas condiciones climatológicas los hacían especialmente adecuados y apetecibles para el reposo estival.

Reposo: he aquí la palabra que traduce fielmente la finalidad primordial de esas temporadas veraniegas, con aquel otro objetivo que cifra su meta en la restauración de las fuerzas físicas o, simplemente, en hacer acopio de reservas saludables para el próximo invierno. Añadiendo otra poderosa razón: huir del calor de los núcleos urbanos y de la general estrechez de las modernas viviendas ciudadanas.

Muy pronto, la multitudinaria asistencia de clientes a dichos balnearios o estaciones estivales, y también el capricho de las clases pudientes por este o aquel lugar —al que la presencia de determinados personajes o familias de alcurnia, puso "de moda"—, originaron la fama de ciertos parajes montañosos o costeros, convirtiéndolos en puntos, más que de reposo o de tratamiento curativo, de mundana reunión y de "rendez-vous" de los círculos más brillantes del llamado gran mundo.

Y, naturalmente, la conducta de esa concurrencia *selecta* en tales lugares de *descanso*, siguió la pauta de las costumbres de cada época, corregidas y aumentadas, en su frivolidad y livianos placeres, por el ocio obligado de los días veraniegos, en que diríase que no hay horas bastantes para saciar la fiebre de diversión y de goce que acomete a los fatigados o convalecientes (¡!) miembros de aquellas colonias...

De ahí la absurda transformación operada en tantos de los citados establecimientos, donde lo que más escasea son los enfermos auténticos, abundando, por el contrario, los pacientes ficticios. ¡Oh si el mordaz Molière hubiera conocido estos lujosos hoteles con máscara de balneario y con enfermos de... tedio, de millones y de hastío, cuando no de vicios

inconfesables y de neurosis e histerismos producidos por una vida estéril e inútil, en un mundo vacío de espiritualidad y de disciplina moral!

En muchos de esos elegantes hoteles cosmopolitas —léase, una vez más, balnearios—, los *pacientes*, salvo excepciones que confirman el hecho, comen y beben sin sometimiento a régimen alguno; ingieren a todas horas “combinados” —medicina ideal, ciertamente, para el hígado, para el corazón o para los pulmones—; fuman, bailan y trasnochán. Y lo que es peor y, en cierto modo, casi inevitable corolario de esa vida: escandalizan y pervierten, prodigando los malos ejemplos entre los naturales del lugar, comarca o país. ¡Oh si pudiera confeccionarse una estadística de los estragos que, en el alma de los habitantes de los pueblos convertidos en estaciones veraniegas, han producido los escándalos, el libertinaje, la frivolidad de quienes, llegados de la ciudad *civilizada*, llevan a las poblaciones sencillas, sanas, patriarcales, el virus de su inmoralidad y de su grosero y delirante materialismo! Punto es éste que, por sí solo, daría tema no a uno, sino a muchos artículos, llenando páginas y páginas de consideraciones impresionantes.

Y cuanto queda dicho acerca de esos seudobalnearios, puede hoy extenderse a todas esas colonias veraniegas que, en nuestros días, constituyen una de las preocupaciones más serias de las familias *conscientemente* cristianas. No se trata aquí de desorbitar las cosas, de exagerar los hechos. No. Por desgracia, puede sentarse este principio: lo más exagerado es la realidad. El ambiente “veraniego” de nuestros pueblos de montaña o marinos, es, para la juventud especialmente, un foco constante de peligros morales, de relajación de costumbres, de desunión familiar, de desdén por la contemplación y noble goce de la Naturaleza, y de afán de entregarse únicamente a mundanas y exóticas diversiones, continuación y exacerbación de las practicadas, durante el invierno, en la ciudad.

Con una agravante: la *todavía más amplia* libertad de movimientos que los inefables papás conceden a sus retoños, por aquella serie de vulgares e insensatas razones que todos hemos oído mil veces de labios de *comprensivos* padres y madres: “Han de divertirse”. “Es la edad”. “Bastante han estudiado durante todo el año”. “¡Ya les llegará la hora de los quebraderos de cabeza!”

Y no echemos en olvido otro factor, que no es grano de anís: las modernísimas y cosmopolitas modas veraniegas en cuanto a indumentaria de playa... y de no playa.

Y aquí llegamos al meollo del tema. ¿Qué factores han contribuido a esa frivolidad creciente de los veraneantes, sobre todo de los de pujos aristocráticos? Sencillamente, los mismos que han influido en la vida general de nuestra sociedad. Y uno de ellos —casi obvia afirmarlo— es el cine. Reflejos suyos son la impúdica indumentaria en las playas; los “shorts” femeninos para el deporte y el excursionismo; las salidas a todas horas, de chicas y chicos, juntos, solos, sin vigilancia alguna, etc., etc., etc. En este pueblo donde escribo, el buen Párroco hubo de comentar y, naturalmente, execrar, desde el púlpito, la inaudita afición de ciertos jóvenes de la “colonia”, que gustan de realizar paseos por el bosque, después de cenar, con el complacido e insensato beneplácito de sus progenitores. “Difícilmente puedo creer —se lamentó el celoso sacerdote— que a esas horas vayáis al bosque a rezar el Rosario...”

¡Qué terrible responsabilidad la de esos padres inconscientes!

Para muchos, los hijos son siempre chiquillos, sin malicia, sin picardía, sin pasiones que, la razón no siempre será capaz de dominar. ¡Huír! ¡apartarse de esas ocasiones es medida tan elemental como poner fuera del alcance de una mano infantil un pomo de veneno!

Pero si esos papás rien —y llevan a reír a sus hijos— las gracias de todos los Mickey Rooneys y Shirley Temples que

en el cine han sido, y celebran sus aventuras, y sus precoces amoríos, y la imprudente libertad de que gozan en unos hogares cinematográficos que se nos quiere ofrecer poco menos que como modelos; si ese espectáculo de frivolidad —corregido y aumentado por cosas de mayor monta, de que son *héroes* tantas *estrellas* y *astros* favoritos del cine— es el pan nuestro de cada día para esas juventudes y adolescencias sin “control” familiar, ¿cómo sujetarlas luego, en la alegre franquichela veraniega?

Y aunque vuestros hijos estén educados cristianamente y sepáis inculcarles la noción de sus deberes y de los riesgos que acechan a su virtud, tendréis que luchar contra el influjo poderoso del medio ambiente, del “todos lo hacen”, “todas van”, etc.

Ardua labor, ciertamente. Pero debéis consagraros a ella como a un *trabajo para descansar* del vuestro en la ciudad. Que vuestros hijos, si tenéis la dicha de poder regalarles con un veraneo o unas vacaciones fuera de la capital, sepan gozar noblemente de los encantos de la Naturaleza. Sí... Ya sé que a muchos mozalbetes modernos esa sola frase se les antojará un “cursilada” —como se dice ahora—. No importa. Enseñadles a admirar la obra del Creador en sus magnificencias y en sus delicadezas, que pasan desapercibidas para los espíritus groseros o vulgares. Salid con ellos de excursión; participad de su alegría y *fomentadla* con vuestra jovialidad y vuestro optimismo. Sed un compañero de sus juegos y de sus risas; mostradles bellos parajes y curiosidades del país en donde paséis vuestros días de asueto; hacedles amar los bosques y el campo, los ríos y el mar, con amor limpio, puro, franciscano. Y si vuestra edad o vuestros achaques no os permiten acompañarles en sus paseos y jiras campestres o en sus excursiones por playas y mar adentro, confiadlos a algún amigo prudente y sensato, que comparta con sus hijos los honestos solaces de los vuestros.

Pero si sois aún relativamente jóvenes, si gozáis de buena salud, sacrificaos un poco sacudid la perezosa indolencia que os lleva a prolongar vuestras siestas o a permanecer comodamente ociosos a la sombra de vuestros jardines o de vuestro toldo playero. Grato y legítimo es, ciertamente, ese descanso, merecido sin duda por vuestra laboriosidad y desvelo en vuestras ocupaciones. Pero... los hijos, la integridad moral de vuestros hijos, su educación —que no termina en las aulas del colegio al concluir el curso—, es decir, su formación cristiana —porque, como dice un ilustre pensador católico francés, la educación, sin moral, es, a lo sumo, “domesticación”—, bien valen ese sacrificio. Sacrificio que, una vez iniciado, será para vosotros —no lo dudéis— el mejor pasatiempo de vuestras vacaciones, la mayor alegría de vuestro veraneo.

¡Al diablo el veraneo de película! Nada más lamentable, más grotesco incluso, que esos veraneantes que, para descansar de sus discutibles fatigas invernales, se pasan los días y las noches metidos en un casino; los viejos, jugando y murmurando del prójimo; los jóvenes y los adolescentes, bailando, fumando y bebiendo “cock-tails”. Y cuando se acuerdan de la Naturaleza que les rodea —playa, campo o monte— es para profanarla con sus excesos de sabor paganizante, con sus escándalos y sus frivolidades.

No seamos nosotros de esa grey absurda. Si durante el resto del año procuramos inmunizarnos contra la influencia nefasta de cierta clase de cine, redoblemos nuestra vigilancia y nuestro celo en los días veraniegos, cuando el mundo parece y pretende ser un más fiel remedo de la vida “de película” —de película insubstancial, picante y corrosiva—; es decir, de una vida vacía de valores morales, aparentemente feliz y saturada de fáciles placeres, pero cuya ruidosa alegría encubre tantas veces un fondo de pesimismo, de tedio y de tristeza, íntimamente reñido con el equilibrio y serenidad del espíritu cristiano.

Ernesto Foyé

Los católico-liberales y el Cesarismo

Por Gabino TEJADO

Pasma la cortedad de vuestra vista. Mientras en vuestros conciliábulos electorales, y en las verbosas lucubraciones de vuestros periódicos, y en los pasillos de vuestros Congresos, imagináis ¡ah cándidos! defender la libertad, no veis que, cabalmente a favor de toda esa agitación de ardillas, y de ese charlatanismo hueco, va la lógica de vuestros mismos principios abriendo una sima cada vez más profunda entre la legítima autoridad y la libre obediencia; y que a fuerza de anegar toda verdad en el piélago de discusiones sin fondo y sin orillas, estáis matando toda noción de derecho, y levantando un trono de hierro a la fuerza bruta.

No veis que, abierto así el acceso al sofisma y al orgullo, acuden en tropel manadas de sofistas y de soberbios, que haciendo imposible todo género de orden material, vienen a hacer necesario un despotismo nivelador, que la sociedad misma pida o acepte para no morir sin alguna especie de defensa.

No veis que vuestro liberalismo moderado, y vuestra anarquía sistematizada, engendran necesariamente a la democracia moderna, la cual engendra necesariamente al cesarismo.

No veis que vuestras usurpaciones del derecho de Dios llaman, como un abismo a otro abismo, las usurpaciones del derecho del Príncipe, y de los derechos del padre de familia, y del derecho del propietario.

No veis que la supresión de todos estos derechos es cabalmente el credo socialista, y que tras el socialismo inorgánico e informe como todo feto, está necesariamente el César que le dé forma y organismo.

No veis que ese César, levantado por el pretorio de los barrios bajos, sin otra obligación que darle a todo pasto *panem et circenses*, tiene que ser un tirano tanto más irresistible cuanto su tiranía no pesa ya, como en otro tiempo, sobre masas que por no haber recibido todavía luz, andaban a tientas, sino sobre hordas de locos que se han sacado los ojos adrede para no ver la luz que tienen delante.

No veis repartidos en talleres infectos y en templos suntuosos dedicados al placer, miles y miles de ánimos obtusos y de corazones abyectos, *ad servitutem parati*.

No veis la tremenda red de dominación que a ese tirano gigantesco le ofrecen el rayo llevando sus órdenes, el vapor llevando sus ejércitos, la policía llevando sus ojos y sus oídos, el centralismo administrativo llevando sus brazos, y la atmósfera toda entera impregnada de servidumbre, llevando a todas las extremidades de la tierra *quod Principi placuit* para que tenga *legis vigorem*.

Y como niños jugando a las cañas, ante ese enemigo tan terriblemente armado, creéis haberlo hecho todo cuando, envueltos en un ridículo manto catoniano, habéis depositado una boleta en la urna, o habéis embadurnado un pedazo de papel en cuatro vaciedades retóricamente dichas, o habéis hecho reír con un discurso florido al abonado a la tribuna pública, que os aguarda, aquel día u otro, para robaros el reloj.

El tirano, entretanto, aprovechando el tiempo mejor que vosotros, sirviéndose de vuestras propias pasiones y de las que vosotros mismos explotáis en los demás, va suprimiendo toda jerarquía, y por consiguiente toda resistencia.

Bajo el nombre de *sufragio univertsal*, convoca en el Foro a toda la plebe que se había retirado al Monte Aventino, y a cada desarrapado entrega una cédula con bonos de pan y aguardiente, escrito encima para que lo lleve a la urna, el nombre de un advenedizo con quien no había contado vuestro oligárquico desdén.

Bajo el título de *libertad de enseñanza*, pone de hecho el magisterio público en manos de pedantes ateos que acaban de derribar en los corazones de sus alumnos el trono del mismo Dios a quien vuestros doctores eclécticos han robado ya el cetro en las inteligencias, y de cuyas escuelas salgan ejércitos de proletarios con la ciencia precisa para saber que en el mundo hay muchas gentes saturadas de goces negados a ellos.

Bajo el nombre de *libertad de imprenta*, abre un concurso público al hambre y a la vanidad de Sénecas de bohardilla y de Pindaros de taberna, que diariamente y casi de balde lleven a todas las tabernas y a todas las bohardillas una estadística minuciosa de los banquetes a que ellos no asisten, y

de los medios expeditos con que les es fácil asistir.

Bajo el nombre de *libertad de asociación*, recuerda incesantemente a los menesterosos que ellos son los más, y a los ultrarricos que si bien son los menos, pueden juntándose monopolizar las llaves de todas las gavetas; y de aquí la guerra entre codicias que nada poseen, y codicias que lo quieren todo; y de aquí la lucha entre el capital y el trabajo, entre el empresario y el jornalero; y de aquí el odio mutuo entre clases a quienes el tirano acecha desde su alcázar para sorprenderlas en el momento del combate, y pacificarlas echando sobre todas el nivel de la esclavitud.

En fin, bajo los nombres de *libertad de conciencia* y de *libertad de cultos*, protege la ruina de todas las conciencias, y tiende a la abolición de todos los cultos (por supuesto, y en primer lugar, del único verdadero) para erigir con los despojos de todos un solo templo al Dios-Estado; *numen imperatorum*.

Es decir, el cesarismo, engendrado de la democracia por obra del liberalismo, es el paganismo antiguo, menos el desprecio brutal del verdadero Dios a quien él no conocía; mas el buque de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, los cañones rayados, la imprenta, y la centralización administrativa. O de otro modo, el cesarismo moderno, expresión política del moderno paganismo social, es tanto más absorbente y despótico, cuanto la sociedad moderna le ofrece más medios materiales de acción y menos obstáculos morales de resistencia, porque evidentemente la sociedad apóstata es mucho más abyecta que la gentilica: *corruptio optimi pessima*.

Sí, tenéis razón; el cesarismo es hoy, en unas partes azote, en otras peligro del universo. Pero por lo mismo ¿cuál es el problema que se presenta ante los hombres perspicaces y de buena voluntad? Primero, inquirir la genealogía de ese monstruo para ver de exterminar la raíz de su estirpe; segundo, estudiar los medios de que se sirve, para destruir los que puedan o deban ser destruidos, y para convertir los demás en servicio de su contrario; tercero, descubrir el objeto final a que aspira, para ver de encaminar al mundo en la

dirección opuesta. ¿Cómo resolvéis vosotros este problema?

Progenitores del cesarismo son el liberalismo y la democracia, y vosotros, en vez de atacar la raíz de esa estirpe, os obstináis en mantener los sistemas que le prestan base y jugo. Medios del cesarismo son principalmente la supresión de toda jerarquía, y el estímulo de toda sensualidad; y vosotros habéis construido toda una filosofía y toda una historia para suscitar adoradores a la sensual edad contemporánea, y para suprimir o debilitar en todas partes el principio de autoridad, que es cabalmente la raíz de toda jerarquía. Objeto final del cesarismo es que las sociedades nieguen y desconozcan de todo punto los derechos de Dios para monopolizar él todos los del hombre; y vosotros empezáis cabalmente negando o disminuyendo los que tiene el Vicario de Dios en la tierra.

Así resolvéis vosotros el problema. Todo vuestro procedimiento consiste, si bien se mira, en dividir lo que debe estar unido: con vuestros sistemas políticos de desconfianza, dividís al pueblo y al gobierno; —con vuestros sistemas filosóficos e históricos, dividís la edad pasada y la presente, rompiendo aquella continuidad de tradiciones que forma una de las primeras condiciones de la unidad social;— con vuestros sistemas político-religiosos, dividís la Iglesia y el Estado.

Pues bien, el cesarismo, aprovechándose de todas estas divisiones, recoge, para confundirlo en sí, todo lo que vosotros habéis dividido, y se levanta sobre los escombros de toda jerarquía y de toda historia, diciendo: “Yo soy pueblo y gobierno; yo soy todo lo pasado y todo lo presente; yo soy Iglesia y Estado: *Summus Imperator Pontifex-Rex*”.

Esta tremenda potestad existe hoy efectivamente, repito, como un azote o como un peligro en todas partes. Y no es extraño, porque en todas partes existen las causas, más o menos manifiestas, de ese fenómeno universal. Los pueblos no han querido Gobiernos por la gracia de Dios y tienen tiranos por la obra del hombre.

Y aun esto es poco: *videbitis majora*. Porque todas esas tiranías parciales se han de ir fundiendo y refundiendo en una sola. El cosmopolitismo revolucionario de hoy día, no es sino preparación de un gran cesarismo cosmopolita, que no puede coger de nuevas a quien haya estudiado la índole y los procedimientos de esta unidad babélica, es decir, de esta unidad, no de orden, sino de confusión, que tiende a echar el rasero nivelador sobre todas las religiones, sobre todas las clases de la sociedad, y sobre todas las nacionalidades. En pos de la desordenada variedad de la anarquía, que ha despedazado la unidad del orden católico en todo el universo culto durante los tres últimos siglos, va viniendo ya la horrible unidad del despotismo, que triunfador se asiente sobre el mundo esclavo. Quien no lo vea, está ciego. Esa unidad es la que se ha tragado ya a Polonia; y poco perspicaz ha de ser quien no la vea formada ya en el nuevo Imperio germánico, y en el flamante *reino de Italia*, y quien no la haya sentido inspirar a Monroe su célebre aforismo: “América para los americanos”.

La Iglesia sabe de esto, como de todo hartó más que vosotros, señores católico-liberales. Está prevenida por el Espíritu Santo del advenimiento de un tirano que, levantándose *supra omne quod dicitur Deus*, disputará a Jesucristo la posesión del género humano, y dictará leyes contra la ley de Dios a toda la tierra.

Pero por eso cabalmente, señores, por eso cabalmente, si hubierais conservado alguna centella de instinto católico, habríais debido regocijaros con la idea de que la Iglesia, perpetuamente asistida por el Espíritu de Dios, y atenta, no sólo a curar las llagas del mal pasado o presente, sino a prevenir el remedio de las del futuro, prepare sus huestes, y las adune, y perfeccione su organismo, de modo que puedan siempre estar en comunicación con su centro fijo, y recibir a la hora oportuna el aviso conveniente...

Por eso no debería, ciertamente, asustaros y afligiros, sino antes bien alen-

taros y alegraros que también el reino de la verdad tenga su soberano absoluto como ha de tenerle el de la mentira; y lejos de temer que con este *absolutismo* pierda nada la *libertad*, creer por el contrario que si alguna esperanza resta de salvar la libertad en el mundo, es cabalmente este *absolutismo*.

Nosotros, los católicos sin apellido, sabemos, señores católico-liberales, que vosotros, por salvar eso que llamáis *libertad*, no vacilaríais en aceptar, o proclamar acaso, una dictadura que temporalmente concentrara en su mano todos los poderes públicos; y de hecho, este es un remedio heroico previsto en todas las Constituciones formadas por la escuela que os cuenta entre sus más útiles adeptos. Pues bien, dejad al Espíritu Santo el derecho de ser tan previsor, cuando menos, como vosotros; y pues hoy veis en el mundo tan amenazada la libertad por el cesarismo, permitid que la sociedad cristiana tome también precauciones para salvar su libertad, y esto, no improvisando una dictadura humana, que, por lo común, cede en tiranía, sino pura y simplemente consignando la existencia tradicional y la realidad histórica, y acatando sin reservas mentales el ejercicio de una soberanía instituida por Dios, precisamente, entre otras razones, para defender la libertad en todo tiempo y en todas partes.

Sí, señores, sí, para defender la libertad; no ciertamente esa libertad que adoran con vosotros vuestros amigos, y que consiste sobre todo en un sistema de oposición a todo género de autoridad concreta y bien definida, sino aquella otra libertad de los hijos de Dios, que jamás sirve de *velamen malitiae*, y que sabe conservarse íntegra siempre sin dejar de someterse *omni humanae creaturae propter Deum*.

Esta libertad, única verdadera, creedlo, ni ha estado nunca, ni estará jamás bien defendida sino por esta Iglesia a quien hoy aflige tan deplorablemente vuestro libero-catolicismo.

(De “*El Catolicismo Liberal*”, págs. 125 hasta 130).

MOMENTOS DECISIVOS

II (1)

EL PORVENIR DEL PUEBLO ALEMAN

En la alocución a que hacíamos referencia en el artículo anterior, Su Santidad el Pontífice felizmente reinante hablaba igualmente del futuro de la nación alemana, y decía: "Las víctimas generosas que en Alemania durante doce años, desde 1933, han hecho a Jesucristo y a su Iglesia el sacrificio de sus propios bienes, de la propia libertad y de la propia vida, alzan sus manos a Dios en oblación expiatoria. Dignese el justo Juez aceptarla como reparación de tantos delitos cometidos contra la humanidad, no menos que en daño del presente y del porvenir del propio pueblo, especialmente de la desgraciada juventud y desarmar finalmente el brazo de su ángel exterminador".

La Iglesia, como es natural y comprensible, no es indiferente al futuro de Alemania, como no es indiferente a la organización que se intente dar al mundo de la postguerra. Antes al contrario, su preocupación es que todas las naciones sepan hallar y seguir los caminos de la verdadera grandeza y de la justa paz. Por ello el Papa no deja de subrayar: "El nacionalsocialismo, con insistencia cada vez mayor, ha querido denunciar a la Iglesia como enemiga del pueblo germánico. La evidente injusticia de la acusación, habría herido en lo más vivo los sentimientos católicos alemanes y los mismos nuestros, si hubiera salido de otros labios, pero en los de tales acusadores, lejos de ser un agravio, es el testimonio más brillante y más honroso de la oposición firme y constante mantenida por la Iglesia contra doctrinas y métodos deletéreos por el bien de la verdadera civilización y del mismo pueblo alemán, al que deseamos que, libre de los errores que lo han precipitado al abismo, pueda volver a encontrar su salvación en los puros manantiales de la verdadera paz y de la verdadera felicidad, en los manantiales de la verdad, humildad y caridad, que junto con la Iglesia, brotaron del Corazón de Jesucristo".

Désde estas mismas páginas nos preguntábamos últimamente, que misión tenía reservada Alemania en los planes de Dios.

Tal vez la respuesta a aquella pregunta nos la daba ya anticipadamente Su Santidad Pío XI cuando refiriéndose a la persecución que sufrían los católicos alemanes, afirmaba que aquella época sería "precursora de nuevos progresos y de purificación interior". Y añadía las siguientes palabras muy dignas de una meditación profunda: "Entonces los enemigos de Cristo —estamos seguros de ello—, que se vanaglorian de la desaparición de la Iglesia, reconocerán que se han alegrado demasiado pronto y que han querido sepultarla demasiado aprisa. Entonces vendrá el día en que, en vez de prematuros himnos de triunfo de los enemigos de Cristo, se elevará al Cielo, de los corazones y de los labios de los fieles, el Te Deum de la liberación; un Te Deum de acción de gracias al Altísimo; un Te Deum de júbilo; porque el pueblo alemán hasta en sus miembros descarriados, habrá encontrado el camino del retorno a la religión, con una fe purificada por el dolor; doblará nuevamente su rodilla en presencia del Rey del tiempo y de la eternidad, Jesucristo, y se dispondrá a luchar contra los renegados y destructores del occidente cristiano, en armonía con todos los hombres bien intenciona-

dos de las otras naciones, CUMPLIENDO LA MISIÓN QUE LE HAN ASIGNADO LOS PLANES DEL ETERNO". (Enc. *Mit brennender Sorge*).

Dios quiera que este día de indecible dicha para el mundo cristiano, no tarde en ser una venturosa y feliz realidad.

LA INCOGNITA DEL FUTURO

Terminada la guerra en Extremo Oriente, van a cobrar mayor empuje y realce, los trabajos encaminados a estructurar las relaciones entre las diversas naciones del globo. Su fin primordial ha de ser la instauración y reglamentación de la paz. "Toda la Humanidad sigue con ansia el desarrollo de tan noble empresa. ¡Qué amarga sería la desilusión si llegara a fallar, si resultasen vanos tantos años de sufrimiento y renunciadas, dejando triunfar nuevamente aquel espíritu de opresión del que el mundo esperaba finalmente verse libre para siempre!"

Estas últimas palabras del Pontífice, han de poner en guardia a muchos incautos que con más o menos sinceridad, creen que con la desaparición del racismo y de los elementos perseguidores de la Iglesia en Alemania, el mundo entra de lleno en una era de paz octaviana, en la que ha de triunfar la auténtica hermandad universal, mediante el que todos desechemos prácticamente las "pequeñas" diferencias que aún parece ser, nos separan. He ahí un peligro inmenso.

La Iglesia, como no puede ser de otra manera, no se ha reconciliado con los errores que un día calificó de tales. Ni las doctrinas y prácticas masónicas, ni el liberalismo, ni el comunismo, pueden ser aceptados, y la condena que sobre los mismos pesa, es tan rotunda y tan definitiva como la que se dió contra el nacionalsocialismo.

Si satánico es el espectro mostrado por el nacionalsocialismo, ha escrito el P. Ismael Torres, C. M. F., "satánico es no menos el mostrado por el comunismo y por la democracia, hija de la Revolución, y por la masonería" (2).

Ciertamente que una cosa son los errores y otra las personas que los sostienen. También es verdad que es siempre preferible una suerte de colaboración entre los hombres de "buena voluntad", que la misma guerra; pero deducir de ahí, que todo es ya indiferente, y que hemos de renunciar a puntos de doctrina fundamentales, en aras de la fraternidad y de la amistad entre todos los pueblos, indica en quién lo sostenga, una mentalidad absurda, o lo que es más presumible una perversidad sin límites.

La verdadera paz, habrá necesariamente de apoyarse, para responder a aquel nombre, en los principios eternos e inmutables. Toda solución encaminada a establecerla, que prescindiera de tal fundamento, podrá ser más o menos aceptable por sus valores negativos, pero no será nunca duradera. "No se debe olvidar —recordaba al iniciarse esta última guerra, Su Santidad Pío XII— la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descansa sobre fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de autoridad únicamente externa". (Enc. *Summi Pontificatus*).

(1) Véase: CRISTIANDAD, núm. 32-33, pág. 342.

(2) *Ilustración del Clero*, núm 778, pág. 260.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA PAZ

Una de las características de la paz, ha de ser el respeto absoluto hacia la célula básica de la sociedad: la familia. "La humanidad víctima de un despiadado agotamiento y un cínico desprecio de la vida y de los derechos del hombre, solamente tiene un deseo, aspira a una sola cosa: vivir tranquila y pacíficamente en dignidad y en honesto trabajo. Y por eso ansía que se acabe de una vez con aquel descaro con que la familia y el hogar doméstico, durante los años de la guerra, han sido maltratados y profanados... Culpa que ha creado principalmente —añade el Pontífice— esas multitudes de desconcertados, desilusionados, desesperados, que van a engrosar las masas de la revolución y del desorden, asalarizadas por una tiranía no menos despotica que aquellas que se han querido abatir".

Tales afirmaciones son un eco indudable de aquellas severas y solemnes palabras con las que el propio Pontífice, en el comienzo de su Pontificado, se dirigía al mundo, al advertir los peligros que podrían derivarse "del desconocimiento, de la disminución y de la progresiva abolición de los derechos propios de la familia. Por eso —afirmaba el Papa— nos levantamos como firmes defensores de tales derechos, con la plena convicción del deber que nos impone nuestro apostólico ministerio". (Enc. citada).

Esencial es, por consiguiente, que la familia sea restaurada en el lugar que le corresponde, y que sus derechos sean reconocidos y eficazmente defendidos. Para ello es indispensable, y Su Santidad lo recuerda especialmente, que los millones de hombres dispersos aun por causa de la guerra, o que gimen todavía en los campos de prisioneros o en el destierro, puedan reintegrarse a su patria y a su hogar. "¡Cuánto anhelamos —exclama el Pontífice— ver el fin de sus sufrimientos y de sus angustias, la realización de sus deseos!".

Otro punto esencial que hay que tener presente si verdaderamente se quiere lograr la paz, es el respeto que todas las naciones se deben entre sí; respeto no de simple formulismo y de pomposas y fulgurantes declaraciones, sino positivo, y eficaz y verdaderamente practicado. Es necesario que las grandes potencias se den cuenta de cual es su verdadera misión, que en ningún caso puede consistir en atacar, declarada o solapadamente, la libertad y la independencia de las demás naciones. Lo recordaba explícitamente Pío XII, en su primera encíclica: "Es indispensable para la existencia de contactos armónicos y durables y de relaciones fructuosas, que los pueblos reconozcan y observen aquellos principios de derecho natural internacional que regulan su desenvolvimiento y funcionamiento normal. Tales principios exigen el respeto de los derechos que se refieren a la independencia, a la vida y a la posibilidad de un desenvolvimiento progresivo en el camino de la civilización". Ciertamente, afirma ahora el Pontífice, que a las naciones que no se cuentan entre las primeras potencias, "se les puede inducir a que con plena aquiescencia y en interés del progreso común, contraigan vínculos que modifiquen su derecho soberano, pero... tienen derecho a no admitir que se les imponga un nuevo sistema político o cultural, que la gran mayoría de sus ciudadanos resueltamente rechazan".

Y no crean las naciones que se encuentran hoy en la cumbre de su grandeza, que pueden permitirse la libertad de poder disponer de los restantes pueblos a su arbitrio, y si a tal extremo llegase su temeridad, no olviden sus gobernantes que Jesucristo "tiene en su mano omnipotente el destino de los Estados, de los pueblos y de las naciones. En su mano está disminuir o prolongar la vida, el crecimiento, la prosperidad y la grandeza. De todo lo que existe en la tierra, solo el alma es inmortal". (Enc. *Summi Pontificatus*).

El final de la guerra ha coincidido con el comienzo en algunas regiones, de persecuciones sangrientas, asesinatos en masa, persecuciones terribles. "Desgraciadamente hemos tenido que deplorar en más de una región, muertes de sacerdotes, deportaciones civiles, matanzas de ciudadanos sin proceso o por venganza privada, ni son menos tristes las noticias que nos han llegado de Eslovaquia y Croacia". Los enemigos de la Iglesia de Dios son en el fondo todos iguales; podrán externamente presentarse incluso con opuestas y antagónicas ideas, pero esencialmente pertenecen al mismo "reino de Satanás".

No hemos por ello de desalentarnos, como nos advierte el Papa, pero si ha de servirnos de saludable y provechosa advertencia.

¿En que ha de consistir, por lo tanto, la paz. "la verdadera paz digna de tal nombre"?

El Soberano Pontífice la define con las siguientes palabras: "Una paz fundada y confirmada sobre la sinceridad y la lealtad, sobre la justicia y la realidad; una paz que entrañe un esfuerzo real y decidido por vencer o precaver las condiciones económicas y sociales que, como en el pasado, podrían fácilmente también en el futuro llevar a nuevos conflictos armados; una paz que pueda recibir la aprobación de todos los ánimos rectos de cualquier pueblo y cualquier nación; una paz que las generaciones venideras puedan considerar con gratitud, como fruto feliz de un tiempo infeliz; una paz que registre en el transcurso de los siglos un cambio de dirección definitivo en la afirmación de la dignidad humana y del orden en la libertad. Una paz que sea como la magna carta que ha clausurado una era oscura de violencia; una paz que bajo la guía misericordiosa de Dios nos haga pasar a través de la prosperidad temporal de manera que no perdamos la felicidad eterna".

Temamos en cuenta, además, que es necesaria una transformación substancial del mundo, necesitado en grado sumo de aquella unidad de vida y de pensamiento, que solo puede encontrar en el seno de la Iglesia.

Oigamos las enseñanzas del Papa, sobre este aspecto esencialísimo del problema de la paz. Ellas nos mostrarán la verdadera naturaleza de tan espinosa cuestión y la solución única de la misma, que no se apoya, ciertamente, en el poder de las armas, ni en la presencia de grandes ejércitos:

"Si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres como medios de sustento y de progreso, no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales... La reeducación de la humanidad si se quiere que sea efectiva, tiene que ser, ante todo, espiritual y religiosa por tanto debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como su ejecutora y por corona la caridad". Y continúa el Papa: "Llevar a cabo esta obra de regeneración, adaptando sus medios a las nuevas condiciones de los tiempos y a las nuevas necesidades del género humano, es el oficio esencial y materno de la Iglesia. La predicación del Evangelio que le confiara su divino Fundador, en el que se inculca a los hombres la verdad, la justicia y la caridad, y el esfuerzo para arraigar sólidamente sus preceptos en los ánimos y en las conciencias, ES EL MÁS NOBLE Y EL MÁS FRUCTUOSO TRABAJO EN FAVOR DE LA PAZ". (Enc. *Summi Pontificatus*).

¿Comprenderán los dirigentes responsables la voz de la Iglesia?

José-Oriol Cuffi Canadell

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

SAN AGUSTÍN O EL AMOR A LA BELLEZA

«SI PULCHRA SUNT QUAE FECIT, QUANTO PULCHRIOR EST QUI FECIT»

La festividad de San Agustín trae a nuestra redacción la obra de nuestro colaborador don Luis Rey Altuna, titulada: "Qué es lo bello. Introducción a la Estética de San Agustín".

El mismo título de este opúsculo ya muestra que no pretende el autor hacer resaltar la maravillosa belleza que impregna en todas partes la obra agustiniana, sino entresacar de la misma los pasajes en que el Santo Doctor habla sobre la belleza, y mirar si entre todos ellos forman una doctrina estética propiamente tal.

Trabajo por lo demás interesante, desde el momento que sobre San Agustín ha podido escribirse:

"Los otros Padres han exaltado la majestad o el poder del Criador. Agustín, el primero, fué seducido por su belleza. "Rapiebar ad te decore tuo", tu belleza me arrebató, escribe.

Nadie ha escrito sobre este tema páginas más encendidas. Esta belleza tan antigua y tan nueva inspira las graciosas elevaciones de los *Soliloquios*, como los gritos apasionados de las *Confesiones*. "Vi entonces en Espíritu, Oh Dios mío, vuestras invisibles bellezas en las cosas visibles que habéis sacado de la nada". A otros espíritus el espectáculo del Universo revela la existencia de Dios; pero él, en una sublime llamada a todas las criaturas, les interroga sobre su belleza, y la respuesta de ellas es una invitación a amarle por ella: "Sed et caelum et terra et omnia quae in eis sunt, ecce undique mihi dicunt ut te amem". (E. Portalié. Dicc. de Theol. Cath.).

Con razón puede dedicar Luis Rey su obra "A la respuesta mejor", recordando el pasaje de las *Confesiones*: "La pregunta era mi contemplación de las criaturas; la respuesta, su belleza".

J. B.

HOMBRES QUE VUELVEN A LA IGLESIA

(Madrid, 1945).

En 1935, un franciscano alemán dirigió una llamada a los convertidos más famosos de la tierra para que contestaran a estas preguntas: ¿Cómo se operó su conversión? ¿Fue rápida o lenta? ¿Qué motivos le indujeron a hacerse católico? El P. Severin Lamping recibió las contestaciones de cincuenta altos personajes convertidos (1).

(1) Como observaba un crítico literario, no sería difícil encontrar otros hombres tan insignes como éstos. Recuérdese, por ejemplo, al gran José Görres, cuya fundación tan ligada está a los estudios eclesiásticos y a los de nuestra Corona de Aragón; a la escritora Sigrid Unsed, premio Nobel, y la poetisa Gertrud Von le Fort; el filósofo Haecker, el novelista Soloviev, el Arzobispo indio Mar Ivaniev, a aquel jefe del Gobierno chino y delegado de su país en la conferencia de Versalles, que en la actualidad es el benedictino P. Celestino Lou. Pero bastan las cincuenta confesiones del libro para meditar sobre el fenómeno del nacimiento de la fe y del recobramiento católico en las esferas más selectas del mundo contemporáneo.

Por Alemania, contestan seis (cinco hombres y una mujer), todos hombres de letras, algunos ministros protestantes. Por Austria, el Dr. Benno Karpeles. Por Suiza, Irma di Lema. Por Hungría, Emma Desseuffi. Por Holanda, la esposa comunista Francisca Van Leer. Por Noruega, el cónsul Einar Berrum, jefe de la masonería noruega, y la profesora Antonia Tiberg. Por Suecia, el escultor Nils Santesson y la profesora Sigrid Swanbem. Por Dinamarca, el párroco Jacobo Obrik y la baronesa Erika Rosenör-Lehn. Por Inglaterra, tres, entre ellos el gran escritor Chesterton. Por Escocia, uno, y por Irlanda, otro. Por Francia, el embajador y poeta Paul Claudel y el poeta Francis Jammes. Por España, Ramiro de Maeztu y Enrique Matorras, secretario del Comité Central de las Juventudes Comunistas de España en 1932. De la Iglesia ortodoxa vienen a la Católica el famoso profesor Ivan Puzyna y el príncipe Dimitri Galitzin, descendiente de una vieja dinastía eslava. Desde los Estados Unidos, responden a la encuesta un protestante de la Iglesia episcopaliana, una judía, un japonés, un negro y un futbolista. Por el Canadá, el Dr. Sam Atkinson, y por el Brasil, el profesor Everardo Backheuser. Por la India, contesta un adepto de la religión hindú, que hoy es jesuita, y un teísta procedente de una casta guerrera. Por Ceylán, el hijo de un brahmán que primero se hizo clérigo anglicano y por fin entró en la religión católica. Por el Japón, el profesor Takaro Tanaka y el contraalmirante Shinjiro Yamamoto. Por la China, el coronel Chang-P'ei-Fu. Y, por el Africa negra, relata su conversión un periodista zulú.

El P. Severin Lamping recogió en un libro los relatos de todos estos convertidos y lo tituló *HOMBRES QUE VUELVEN A LA IGLESIA*. El título sería más exacto si dijera "Hombres que vienen a la Iglesia", porque, si se exceptúan los españoles y los franceses, todos vienen a la Iglesia Católica desde otras religiones. El libro ha sido traducido al castellano y publicado por E. P. E. S. A. en su colección "Pax Romana", dirigida por el Presidente internacional de la asociación del mismo nombre, Profesor Joaquín Ruiz Giménez.

Son cincuenta relatos de almas, a cual más aleccionador. En estos momentos, en que arrecian vendavales de pesimismo, la lectura de este libro proporciona una reacción optimista. Vemos claramente que sobre las almas no iluminadas aún por la luz de la religión verdadera pesa un silencio expectante, una soledad anhelosa que espera la llegada de un gran huésped: Dios.

Todos estos convertidos nos dicen que estamos tal vez en vísperas de una religiosidad mundial, porque cuanto más despojados se ven los hombres de asideros para el espíritu, más necesitan y más buscan a Dios. Y el que busca a Dios de corazón, lo encuentra siempre. Ahí queda la demostración, en el libro *HOMBRES QUE VUELVEN A LA IGLESIA* (2).

V. M.

(2) Otras demostraciones encontrará el lector en:

Pieter van der Meer de Wolcheren *Nostalgia de Dios* (Introducción de León Bloy): Dedebec. Ediciones Desclée, de Brouwer.
Henri Massis, *Ernesto Psichari*. E. P. E. S. A., Madrid.
Henri Bremond, *Cardenal Newman*. E. P. E. S. A., Madrid.
Jacques Rivière, *A la busca de Dios*. E. P. E. S. A., Madrid.

OBRAS RECIBIDAS EN LA REDACCIÓN (1)

F. CAMBA MASSAGUER, A. C. I.—"Epifanía" (La fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús). Publicaciones A. C. I. Barcelona, 1944.

P. LEÓN VILLUENDAS POLA, O. F. M.—"Proyecciones Evangélicas". Edit. Librería Religiosa, Barcelona.

(1) En esta sección se anunciarán las obras que recibamos, sin comprometernos, no obstante, a publicar, por falta de espacio, crítica bibliográfica alguna, a no ser en los casos en que la obra se adapte de modo especial a la índole de nuestra Revista.

Monseñor JOSÉ CIOTTI.—"Flores Eucarísticas" (Narraciones de Primera Comunión), traducción de la 4.ª edición italiana por Fr. Francisco Juanmiguel, O. P. Edit. Librería Religiosa, Barcelona.

LUIS REY ALTUNA.—"Qué es lo bello". Introducción a la estética de San Agustín. Instituto "Luis Vives" de Filosofía, Madrid, 1945.

PLINIO SALGADO.—"O conceito cristão da democracia". Edições estudos, Coimbra, 1945.

Barata Hnos. Sucesor

TEJIDOS DE LANA



Plaza Maragall, 2

TARRASA

Cuevas de Artá

MALLORCA



●
Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Puntimalla, S. A.

Tarrasa

A. y R.

BLASI CANELA
GENEROS DE PUNTO

Tarrasa